



El Club de la Comedia contraataca

Comentario [LT1]:

Prólogo

De repente les abren las puertas del camerino y entre muecas que disimulan su estado de excitación, y grandes aspavientos con los que tratan de rebajar su tensión, atraviesan el estrecho pasillo, bajan unas poco iluminadas escaleras, y de repente, se olvidan de sí mismos, entran en el teatro y una banda de música y un ruidoso público les reciben con la sonrisa dibujada, dispuestos a disfrutar de una nueva narración, acerca de algo cotidiano, sobre lo que durante quince delirantes minutos ironizarán, sentados en un taburete, circundados por una emblemática luz de cabaret y delante de un micrófono: es El Club de la Comedia en su estado más puro.

El día que nos propusieron escribir un libro que recopilara los mejores (siempre según la opinión del editor) monólogos, no sabíamos si cometeríamos un error, ya que parecía que dichos pasajes estaban escritos para ser interpretados. Sin embargo, al leer el primer libro aprendimos que tenían vida propia más allá de la interpretación teatral o su realización televisiva. Cada uno podría imaginarse las situaciones y construir en los espacios sin definir su propia exageración de la realidad, y así, casi sin quererlo, miles y miles y algunos millones (bueno, de esto último no estoy seguro) de personas sin ninguna tara reconocida (dato sin confirmar) se acercaron a las librerías y también a alguna frutería y ¡venga!: como si no hubiera cosas más interesantes que leer arrasaron las estanterías, y sin ningún pudor por la estética las dejaron vacías. Y claro la típica cadena que hace que todo se mueva, se movilizó: los libreros llamaron a los editores y éstos a los creadores y éstos a los escritores y éstos, bueno, éstos realmente llamaron a sus madres, que, por supuesto, dijeron que se pusieran a trabajar sin descanso aunque se quedaran sin vacaciones. Y ya ven, aquí está la segunda entrega de El Club de la Comedia, humor en letras, sin comas, humor sostenido y sin estridencias, humor para divertirse leyendo.

Opino que la irreverencia con que este libro se escribe será captada por los lectores, a los que imagino gesticulando sin darse cuenta mientras se adentran en las diferentes situaciones que se proponen.

El Club de la Comedia es un programa emblemático de la televisión moderna, es una obra de teatro que goza de una entusiasta legión de seguidores, es un contenido diferente en Internet y es un pequeño gran libro. Ninguno de los que lo empezamos suponíamos que nos iba a divertir tanto y que nos permitiría hacer tantas cosas, y si ha sido así es por que aunque nosotros creyéramos que estábamos locos, la realidad nos dice que los locos de verdad son ustedes, nuestros lectores: locos en busca de humor.

Gracias y que lo disfruten

José Manuel Lorenzo

Esos locos bajitos suicidas.

Mi hijo de doce meses por fin ha empezado a dar sus primeros pasitos. Qué cosa más... jodida. Sí, porque, de repente, se ha convertido en un auténtico suicida.

Lo primero que uno descubre cuando su hijo empieza a andar es su afición por los deportes de riesgo: concretamente, a mi hijo los que más le gustan son el «esquining», que consiste en lanzarse de cabeza contra todas las esquinas. El «tresilling», consistente en subirse al tresillo y tirarse de morros contra la mesa... Y el más peligroso: el «telerunking», que básicamente consiste en correr hacia el televisor... y empotrarse contra la pantalla. Sin ir más lejos, mi hijo el otro día se lanzó contra Los desayunos de Antena 3 y le comió tres churros a Isabel San Sebastián.

Bueno, con deciros que para que no se haga daño hemos tenido que acolchar las mesas, las puertas y las esquinas de toda la casa... Ahora más que en una casa parece que vivo en un psiquiátrico. Que, como yo le dije a mi mujer:

—¿Por qué no acolchamos directamente al crío...?

Y ella me contestó:

—¡Y una leche, yo he parido a un niño, no al muñeco de Michelín!

Pero seamos justos, ¿eh?: a esa edad la vida es muy difícil. Tiene que ser muy humillante llorar porque tienes sed y que tus padres lo primero que piensen es que te has cagado. Es como si tú entraras en un bar, pidieras una caña, y el camarero en vez de ponerte una cerveza te oliera el culo.

Claro, por eso luego quieren vengarse de nosotros y se convierten en kamikazes con pañales: ¿se han fijado que los niños intentan suicidarse atacando nuestros puntos vitales? Tú entras en casa, le llamas, «¡Alvarito!», y ves que coge carrerilla y viene lanzado hacia tu línea de flotación.

En ese momento sólo tienes dos opciones: o bien te apartas y dejas que se estrelle contra el mueble bar y te descojonas de él... o te quedas quieto y dejas que te haga impacto y entonces es él el que te descojona a ti. Yo, como le quiero mucho, siempre elijo la segunda opción... aunque reconozco que a veces me cuesta un huevo... o los dos.

Pero volviendo a las manías suicidas, también le ha dado por abrirlo todo: los cajones, las ventanas, la cabeza... Es tal el miedo que me da, que he acabado como Javier Clemente: jugando al cerrojazo... Por toda la casa tengo cerrojos: es más difícil salir de mi casa que salir de Cuba.

¿Y la comida, qué? Otro peligro. Tú les intentas dar la papilla y él que <<pa' tu padre». Y, sin embargo, como dejes el jabón a su alcance estás perdido... Que digo yo que los fabricantes deberían tener esto en cuenta y hacer potitos con sabor a lavavajillas: «Compota de Fairy». Me imagino el eslogan... «Dos en uno: les alimenta... y les lava el estómago.» ¿Y lo de meterse cosas en la nariz? Otro peligro. Me pregunto: ¿cómo puede nadie encontrar placer en meterse algo por la nariz...? Quitando a Maradona, claro... Me estoy refiriendo a meterse canicas, monedas... Bueno, es que lo de comerse monedas es una obsesión. Sólo falta que en los ojos les aparezcan las cerezas para ser una máquina tragaperras. Y luego lo llevas a urgencias, lo miran por los rayos X, y el médico te dice: «Usted no tiene un bebé, usted tiene el BBV».

Al final siempre te mandan que le des un laxante y que esperes a que lo expulse. Y tú todo el día persiguiéndolo con el orinal. Vamos, que estás más pendiente de la devolución del niño que de la de Hacienda. Es en esa época cuando descubres que el dinero es una mierda.

Y es que no puedes perderles un segundo de vista. Yo estoy tan obsesionado, que el otro día llegué al trabajo y le limpié las manos a mi jefe con una toallita.

Aunque esto ha sido siempre igual, mi padre dice que, de pequeño, yo también me tragaba monedas, y aquí estoy. Y eso que las de mi época eran mucho más peligrosas: ¡salía Franco!

Los cuentos

¿Alguna vez se han parado a pensar en el tipo de cuentos que les contamos a nuestros hijos? Lo más curioso es que se los contamos para que se duerman... ¿Cómo se van a dormir con la cantidad de barbaridades que suceden en los cuentos? Espejos que hablan, asesinos en serie, ranas que se convierten en tíos buenos, ¡sexo duro!... Lo que me extraña es que los niños no se pasen toda la noche con los ojos como platos.

Analicemos un cuento cualquiera: Caperucita Roja.

El cuento empieza diciendo que a Caperucita la llamaban así porque siempre iba con la misma caperuza puesta... ¡Que hay que ser guarra! Desde luego, hay que ver lo guarros que eran en los cuentos, no se cambiaban nunca, pero en ninguno! Ahí tienen a Heidi, cuatrocientos capítulos con el mismo vestidito... O a Pedro, que estaba todo el día con las cabras. Que menos mal que los cuentos no huelen...

Pero sigamos, que se me va. La abuela de Caperucita estaba en medio del bosque, enferma y sola. ¿Y qué piensa la madre de Caperucita? «¡Pues que se joda!» En vez de mandarle un médico, le manda un pastel... ¡Quiere matarla! Con el colesterol que se tiene a esas edades... La madre de Caperucita era una psicópata. Porque, sabiendo que hay un lobo en el bosque, le dice a su hija:

—Caperucita, llévale tú el pastel a la abuelita que a mí me dala risa...

Y manda a la criatura. ¡Vestida de rojo! Para que se la vea bien de lejos... Eso sí, para disimular, le dice que si se encuentra con el lobo, no le hable. Pues eso le falta al lobo, que encima le caiga antipática la niña...

¡Y es que los padres de los cuentos eran unos bestias! ¿Se acuerdan de los de Pulgarcito, que abandonan a sus hijos en el bosque? ¡Pobres criaturas! Menos mal que Pulgarcito fue dejando piedras y encontró el camino de vuelta. Claro, por eso los niños llevan siempre piedras en los bolsillos y no paran de coger cosas del suelo...

—Nene, ¿quieres dejar de meterte porquerías en los bolsillos?

Y el niño pensará: «Sí, hombre, luego tú te piras y a ver cómo vuelvo a casa...».

Pero sigamos con Caperucita, que, además de ser muy guarra, estaba más colgada que un jamón... Va por el bosque, se encuentra con un lobo y se queda tan pancha... Y es que la gente en los cuentos no se inmutaba por nada. A Cenicienta se le aparece un hada con un cucurucho en la cabeza, le convierte la calabaza en carroza, los ratones en pajes, y ella dice:

—¡Ah, pues vale!

Y, luego, el hada la manda a la fiesta pero le suelta:

—A las doce en casa.

Pero, ¿qué clase de encantamiento es éste? «A las doce en casa.» Parece un encantamiento de madre. Seguro que Cenicienta le dijo:

—¡Pues a mis amigas les dejan hasta la una, jo!

Eso porque era una niña de antes... Díselo a una niña de ahora y verás lo que te contesta:

—¿A que vengo a las doce menos cinco y se jode el cuento?

Pero sigo con Caperucita ¡Y hagan el favor de no despistarme que a este paso no termino el cuento...! Habíamos dejado a Caperucita con el lobo... Que vaya nume-rito monta el lobo para comérsela, cuando se la pudo zampar en el bosque nada más verla; pues no: la manda por el camino más largo, se come a la abuela, se pone su ropa... Yo creo que lo que quería era vestirse de abuelita. Para mí que el lobo no era tan feroz como lo pintan. .. porque en el cuento de las siete cabritillas también se maquilla las patas de blanco para parecer una cabra... ¡loca! Pero, bueno, ¿era el lobo, o la Veneno?

El caso es que cuando Caperucita llega a la casa se encuentra al lobo en la cama. ¿Cómo pudo confundir al lobo con su abuelita? ¿Tanto pelo tenía la abuela?

El caso es que el lobo se come a Caperucita. Pero no pasa nada, porque llega un leñador, lo mata y le abre la tripa. Y allí salen las dos. Veamos a reflexionar un momento sobre esto,

porque hay un detalle sobre el que siempre se ha pasado sutilmente: de la barriga salen las dos, la nieta con la caperuza, pero... ¡la abuela está en pelotas! Claro, en pelotas, porque la ropa la llevaba el lobo... Y los niños ven esto. La escenita es fuerte, ¿verdad? Pues esto no es nada al lado del de La Ratita Presumida, que eso ya más que un cuento parece un artículo del Cosmopolitan. Resulta que la Ratita empieza a ligar como una descosida en cuanto se compra un lazo y se lo pone en el rabo... Pero que liga con cualquiera... Pasa un burro y le dice:
—Ratita, Ratita, qué bonita estás. ¿Te quieres casar conmigo?
Y ella le dice:
—¿Y por la noche qué harás?
¿Por la noche qué harás? No me quiero imaginar lo que pueden hacer un burro y una rata en la cama. Vamos, ni Emmanuelle Negra... Ahora, el burro lo tenía claro:
—¿Que qué te haré por las noches? laaa, iaaa...
En fin, amigos. Estos cuentos son la base de nuestra educación, y todos nos hemos criado escuchándolos... No me extraña que estemos como estamos.

Profesores Cuando me preguntaban de pequeñito:

—¿Y tú qué quieres ser de mayor?
Yo siempre contestaba:
—Médico, abogado, policía, periodista...
Vamos, que lo que yo quería era salir en una serie de televisión.
Lo que nunca dije fue «profesor». Sí, porque en el colé mola todo menos los profesores: hay columpios, plastilina, niñas para tirarles de las coletas... Pero tú llegas allí y te tienes que poner a escuchar a un señor, sin coletas, al que pagan para que te enseñe cosas que a ti no te interesan. Es como si tus amigos te organizan una despedida de soltero y contratan a Kar mele Marchante para que haga el strip-tease.
Cuando los padres nos mandan al colegio no saben en lo que se meten. Porque antes de ir al colé, tú creías que tu padre era Dios: «Mi padre sabe hacer aritos con el humo del cigarro... Y le da cinco toques al balón sin que se le caiga... y vuela». Pero luego te das cuenta de que no. De que Dios... es la seño. Y llegas a casa:
—Pues ha dicho la seño que fumar es malo... Y que el fútbol embrutece a las sociedades, alienándolas de los verdaderos problemas que la acucian... Y que no vuelas. Lo ha dicho la seño.
Para ti, decir «Lo ha dicho la seño» es como decir «Lo ha dicho el Papa en la CNN».
Y es que para un niño la seño tiene superpoderes. Está escribiendo en la pizarra, y de repente dice:
—Juanito, cállate.
¡Sin darse la vuelta! ¡Vamos, hacía unos milagros que ni Jesús! Porque Jesús convertiría el agua en vino, pero es que la seño... la seño coge azul y amarillo... ¡y hace verde!
Y, claro, te enamoras de ella. ¡¿Qué vas a hacer?! ¡Si no para de darte esperanzas! ¡Te manda a por tiza! ¡Te ata los cordones! ¡Te cura las pupas soplando! Pues eso: que en cuanto tienes dos años más lo único que quieres es verle las bragas.
Yo me pasaba el día tirando el lápiz al suelo y recogéndolo. ¿Por qué se creen que los niños están todo el rato sacándole punta al lápiz? No es porque escriban mucho, es porque se les despunta de tanto tirarlo.
Bueno, si hacía falta, tirábamos hasta la pluma de la comunión, lo que fuera. Pero siempre sabíamos de qué color llevaba las bragas: «¡Hoy azules!, ¡hoy blancas!, ¡hoy las mismas de ayer...!»». Yo creo que la seño debería aprovechar esto y ponerse publicidad en las bragas... Por supuesto, publicidad institucional: «A tope sin drogas».

Pero llega un día en el que te cambian a la seño por un profesor para cada asignatura, cada uno con su mote: El Conejo, que tiene unos dientes gigantes; El Bombilla, que tiene una cabeza gigante, El Lequio, que tiene... acento italiano.

Había uno al que llamábamos El Enrollao. Yo creo que en todos los colegios hay un enrollao. Es ese que llega el primer día y dice:

—A mí llamadme Carlos.

Es el que os lleva a ver la fábrica de chocolates Elgorriaga... el que te llama «colega, tronco, campeón»... Pero a mitad de curso aquello es un desmadre y la clase parece Tómbola. Y entonces se pone serio y empieza a hablarte de usted. Y le haces el mismo caso que le hacen a Ximo Revira: ninguno. Es normal, después de haber sido colegas y compartido chocolate... Teníamos otro que era El Amargao. Todo el día poniendo ceros. Éste entraba en clase, y en vez de buenos días decía:

—Fernández, un cero. Y van dos esta semana. Ya tiene la bicicleta.

Y le encantaba ausentarse y dejar a uno apuntando a los que hablaban.

—Javi, ¡una cruz por hablar!

—Pero si yo no estaba hablando.

—¡Uh! ¡Otra!

¡Qué obsesión con que los niños no hablen! Los amargados son como las hemorroides: hay que sufrirlos en silencio. Y, además, ¿qué pretenden al poner a un niño apuntando a sus compañeros? ¿Formar chivatos? Así empezó Judas: ¡poniendo cruces!

Pero, para compensar, en todos los colegios hay una profesora «tía buena». Aunque no nos entusiasmemos, ¿eh? Para ser profesora «tía buena» no hace falta ni ser tía ni estar buena. Sólo hay que llevar vaqueros y dar inglés. Vamos, que si Loli Álvarez hubiera sido profesora de inglés, no le hubiera hecho falta operarse.

Y a la profesora-tía-buena siempre se le inventa un rollo. En mi colegio se decía que estaba liada con Galván, el cabrón de gimnasia. Que era un tío que estaba todo el día con el pito en la boca...

—A hacer flexiones, ¡pi, pi, pi! ¡Venga, Fernández, una más! Es que no le pone voluntad... Y tú pensabas: «A éste me gustaría a mí verlo con la profesora de inglés en la cama... Ella, con el pito en la boca: ¡pi, pi, pi! ¡Venga, Galván, uno más...! ¡Es que no le pones voluntad!». Pero esta época ha pasado. Los profesores ya no pueden hacer lo que les dé la gana. Ahora los que hacen lo que les da la gana son los niños. Sí, porque conocen sus derechos y si el profesor les pregunta:

—A ver, Adrián, el sistema Penibético.

—¿El sistema qué...? No hablaré si no es en presencia de mi abogado.

Y que no se le ocurra al profesor abrirle expediente... Porque el niño lo espera en la calle y le abre la cabeza.

Y por eso el tipo de profesor que más abunda es... el acojonado:

—¿Os parece que pongamos un control de literatura el martes?

Y todos: —¡¡¡No!!!

—¡Vale, vale! Pero leéis La colmena, ¿eh? Y todos:

—¡Nooooo!

—Bueno, pues... por lo menos veis la película...

—¡Noooo!

—Pues, pues comed miel.

—Nooo!

—Pues ved Gran Hermano, ¡que está lleno de zánganos

Querido diario.

¿Se han preguntado alguna vez por qué a la gente le da por escribir un diario? Se supone que es para guardar nuestros secretos más inconfesables. Muy bien, ¡y por eso los escribimos en un cuaderno! ¡Eso es como tirarse un pedo a escondidas en misa, y grabarlo en un casete! Quién sabe, a lo mejor un día te dan ganas de volver a oírlo...

Tu primer diario te lo regala tu madre en plena edad del pavo: «Cariño, como vas a empezar a tener secretos... Esto es para que escribas todo lo que te pasa...». Pero en realidad tu madre está pensando: «Esto es para que escribas todo lo que no te atreves a contarme y luego yo lo lea... y me entere de cuándo dejas de ser virgen».

Pero tú, en tu inocencia, en la primera página, escribes: «Está terminantemente prohibido leer este diario». ¡Como si esto parara a una madre! A una madre no la para ni un misil Tomahawk.

¡Si es que los diarios deberían ser de camuflaje, para que tu madre no los encontrara! Pues no: son rosa chillón, con rebordes dorados y, por si tu madre tiene alguna duda, pone bien claro en la tapa Mi diario. Vamos, la mía, cada mañana, en vez de leer el periódico, leía mi diario. ¡Que sólo le faltó escribir una carta al director! Hasta me corregía las faltas de ortografía...

Así que empecé a utilizar claves secretas. Por ejemplo, al chico que me gustaba, que era de Ibiza, yo le llamaba «Seat», y escribía:

Estoy muy nerviosa, ayer el Seat me rozó con su alerón.

Y claro, mi madre al día siguiente me suelta como por casualidad:

—Anabel, ten cuidado con los coches, no cruces sin mirar que cualquier día vamos a tener un disgusto...

Es curioso, porque aunque a nadie le enseñan a escribir un diario, todo el mundo sigue las mismas reglas. Primero haces la presentación:

Este es el diario secreto de Anabel, tengo doce años, soy castaña y todo el mundo dice que soy altísima. Color preferido: azul. Animal favorito: perro. Mejor amiga: Marisa.

Y luego ponemos «Querido diario...». ¿Que por qué ponemos «querido diario»? Pues para hacerle la pelota, porque la chapa que le vamos a dar no la aguanta nadie:

Querido diario —dos puntos—: esta tarde va Marisa y dice: «Mari Carmen, siéntate al lado de Anabel» y, claro, antes a mi lado se sentaba ella, pues muy bien, si prefiere sentarse con Bea en vez de conmigo, vale, pero que se vaya a la porra, o sea, que si Marisa me pregunta quién es mi mejor amiga le diré: «Tú no, por supuesto».

Y cuando te pasa algo muy importante, haces dos cosas: pones la hora y lo subrayas tres veces.

Cuatro de la mañana. Querido diario: hoy Marisa y yo hemos visto a Tony el Heavy en el quiosco. Y cuando nos ha preguntado si íbamos a ir a la piscina, me ha mirado a mí.

Subrayado «a mí» tres veces... A mí, a mí, a mí.

Y es que hay que decir que toda chica, en la adolescencia, necesita escribir un diario porque está más llena de sentimientos que un Christmas de Pedro Ruiz:

2 de marzo. Me gusta Aurelio. 3 de marzo. Me gusta Luis. 4 de marzo. Estoy saliendo con Aurelio y con Luis, aunque me gusta Dani, pero no para salir.

Sin embargo, los chicos, como no son tan profundos, no suelen escribir un diario. Total ¿pa' qué? ¿Qué iban a escribir ellos durante la adolescencia? «Hoy me he hecho dos...» «Hoy me he hecho diez...» Si hubiera diarios para chicos adolescentes deberían llevar la palabra «paja» ya de imprenta en cada hoja, y el chico sólo tendría que poner el número delante.

Encontrar algo de sensibilidad en el diario de un chico adolescente es más difícil que encontrar una aguja en un... pajar.

Después de la adolescencia, no vuelves a tocar un diario hasta la siguiente crisis: los treinta años. No sabes por qué, pero un buen día te ves poniendo otra vez «Querido diario...». Lo que pasa es que ahora tienes conflictos más profundos:

Querido diario: hoy Loli y yo hemos visto a Fernando en la máquina de café. Y cuando ha preguntado si nos íbamos a coger el puente... me ha mirado a mí.

Subrayado «a mí» tres veces... A mí, a mí, a mí...

Y al día siguiente escribes:

Cuatro de la mañana. Querido diario: el cerdo de Fernando lo que quería es que le sustituyera para irse el puente con una zorra de metro ochenta...

Subrayado «zorra».

Y te sientes tan patética que empiezas a hacer balance de tu vida, y recuperas tus antiguos diarios. Y lees: «Querido diario, cuando sea mayor quiero ser modelo, como dicen que soy tan alta...». ¡Pues ya verás, guapa, ya, en cuanto te venga la regla te vas a quedar como estás...! «Me gusta Dani, pero no para salir.» ¡Mírala a ella, qué exquisita! Si yo pillaba al Dani este ahora, me gustaría pa' salir, pa' entrar... pa' salir, pa' entrar, pa' salir, pa' entrar... Pero ya cuando te acabas de hundir es cuando lees: «Jo, en el año 2000 tendré treinta años... ¡Qué vieja!». ¡Pero será asquerosa esta niña! Vale, vieja, pero mira, ¡ni un grano! ¡Y deja de comer Tigretones, que mira cómo me has puesto!

Cosas inútiles que nos enseñan en la escuela

El otro día tuve que ir a recoger a mi sobrino al colegio. Y me quedé alucinado. ¿Se han fijado en cómo salen los niños de la escuela? Es algo espeluznante. Salen despavoridos, corriendo en cualquier dirección, como endemoniados, empujándose y gritando... como huyendo de algo, que piensas: ¿qué les harán ahí dentro?

Yo recuerdo que de pequeño no salía del colegio de esa forma tan violenta. Francamente, yo la mayoría de las veces... ni entraba. A mí me decían:

—Enriquito: si quieres ser un hombre de provecho, vas a tener que estudiar un poco más.

Y yo les decía:

j

—Vale, pero si no quiero serlo, ¿puedo seguir como hasta ahora?

Pero a ellos les da igual, te cargan con un mochilón... ¡así de grande!, y te dicen que todo eso te lo tienes que meter en la cabeza... ¡Pero qué empeño en meterme cosas en la cabeza! ¿No se dan cuenta de que no cabe?

Además, en el colegio se aprenden muchas cosas inútiles. Por ejemplo: ¿para qué se tiran tres meses enseñándote a diseccionar una rana? Coño, ¡que te enseñen a pelar una gamba! ¿Y las matemáticas? Para empezar, te enseñan los conjuntos: estaban los conjuntos conjuntos y los conjuntos disjuntos. Muy bien, me ha sido muy útil en mi vida saber esto. Ahora, el que cambió mi vida fue el conjunto vacío: le enseñaba las notas a mi madre y ella me decía:

—Enriquito, ¿y este cero en matemáticas...?

—Mamá, no seas antigua, esto no es un cero, es un conjunto vacío.

Luego te enseñan a sumar, restar, multiplicar, dividir... Y dices: «Ahora me enseñarán a pedir un crédito en el banco...». Pero no. Lo que te enseñan es la raíz cuadrada... ¡Ay, amigos! ¡Qué gran tema la raíz cuadrada! ¡Lo bien que me ha venido a mí saber calcular la raíz cuadrada...! Sin ir más lejos la he usado... nunca. Francamente, ¿a ustedes no les parece que ha llegado el momento de plantear este asunto al Gobierno? La raíz cuadrada tendría que ser voluntaria, como la mili.

Y luego llegaba el profesor y decía:

—Chicos, os voy a poner unos problemas.

Pues... cojonudo: Llevo una mochila de ocho kilos, me llaman Carabesugo, me roban el bocadillo... ¡Y encima viene este tío a ponerme más problemas!

Y dictaba:

—Si Pedrito tiene seis manzanas, viene su hermana y le quita dos, viene su primo y le quita otras dos y luego el perro se come una... ¿Cuántas manzanas tiene Pedrito?

Pues no lo sé, pero, francamente, si quiere mi opinión... Pedrito es gilipollas.

Otra cosa que te enseñaban era el latín y el griego, las lenguas muertas... ¿A ustedes les parece bien que les enseñen lenguas muertas a los niños? ¡Con razón por la noche no pueden dormir!

¿Y la sinalefa? ¡Eso tiene que ser una guarrada! Yo me negué a estudiarla... Y hablando de cochinadas: también te enseñaban los gases nobles... Mire usted, a mí me parece muy bien que los nobles se tiren sus gases como todo el mundo, ¿pero es necesario estudiarlos?

La clase de música... Muy bien, en casa no te dejan gritar ni jugar al balón en el pasillo, pero puedes soplar la flauta hasta que se te salgan los higadillos. Y tu madre ni mu... Total para aprender a tocar «Debajo un botón, ton, ton...».

Por no hablar de la clase de gimnasia... ¿De qué te va a servir en la vida saber dar la voltereta? ¿Y saltar el potro? ¿Se imaginan que en un debate entre Aznar y Zapatero Aznar

dijese: «Señor Zapatero, usted va a subir las pensiones y va a bajar la gasolina, pero, ¿sabe saltar el potro...? Déjese de demagogias... Salte el potro señor Zapatero, salte el potro?» La única vez en la que yo estuve atento en el colegio fue cuando explicaron la reproducción humana. Aunque tampoco me sirvió de mucho: primero te hablaban de un guisante... después de unas abejas que salían de su colmena y llevaban el polen por ahí... Y luego te enseñaban unos di-bujitos de una pareja en pelotas... Que yo pensaba: «¿Y aquí quién de los dos tiene el guisante...?». Pero ahí no se acababa el follón, porque yo sabía que había una cosa que se metía en algún sitio... Y además estaba la cigüeña... Con lo que me fui a mi casa pensando que la reproducción humana consistía en que una cigüeña metía un guisante en una colmena y una abeja lo esparcía... Muy bien... Yo no quiero molestar, pero entonces, ¿para qué me sirve a mí la polla?

En fin, amigos, que según lo que nos enseñaban en la escuela, un hombre de provecho es un tío que habla lenguas muertas, come guisantes, da volteretas y toca la flauta... ¡Coño, este tío es Kung Fu!

Dominados por el cuerpo

¿Alguna vez han pensado para qué sirve ponerse colorado? Porque un camaleón, cuando está en peligro, cambia de color para esconderse... Sin embargo, nosotros, cuando estamos incómodos y tratamos de pasar inadvertidos, va nuestro cuerpo y nos pone la cara como un tomate... ¡Muy bien! ¡Sólo falta que nos suene una alarma! Y como alguien te diga: —Tío, te estás poniendo colorado...

Entonces ya... se te pone la cabeza que parece la bombilla de un puticlub.

Y es que el cuerpo va por su cuenta y toma sus propias decisiones... Dicen los científicos que eso es el sistema parasimpático. ¿Parasimpático? Más bien parece el sistema «para-joderte». El sistema parasimpático éste es el culpable de que la noche antes de una entrevista de trabajo te salga un grano en la nariz. Y allá que te vas con tu grano... Y encima, cuando le vas a dar la mano al selector de personal, tu cuerpo dice: «¡A sudar!...». Y lo que le das es una lengua de vaca: «Prrrrzzz...». Tú estás jodido, pero tu cuerpo se lo está pasando de puta madre... Y dice: «Esto me está quedando bastante parasimpático, pero ahora le voy a poner un tic en el ojo...». Y tú, que querías ser José

Coronado el de Periodistas, te conviertes en Millán el de Martes y Trece.

Entonces el cuerpo piensa: «Pero aún puede mejorar. Ahora, que le suden los sobacos». Y te salen dos rodales que parecen dos CD de U2... ¡¿Quién no va a querer trabajar con un tío así...?!

Pero tu cuerpo no ha acabado todavía contigo... Cuando termina la entrevista y te vas a levantar resulta que se te ha dormido una pierna: la tienes como de goma, se te dobla al andar y sales de allí andando como Lina Morgan mientras el selector de personal te dice:

—No nos llame usted, si eso... ya le llamaremos nosotros...

Otra cosa que hace el cuerpo para fastidiarte es fabricar... pedos. ¿Qué es esto? ¿Es música? ¿Es energía? ¿Es propulsión? No. ¡Es un chiste! El cuerpo es tan... cachondo, que crea un gas que huele fatal... ¡Y que sale por el culo! No había otro sitio... y, no contento con eso, dice: «Bueno, esto ya es bastante cómico, pero vamos a incorporarle un sonido de trompetilla». ¡Qué gran invento...! Tiene olor, tiene sonido... ¡Sólo le falta luz! ¿Se lo imaginan? ¡Por la noche iríamos todos como luciérnagas!

Otra genialidad que se le ha ocurrido al cuerpo es bostezar. Y ya puedes hacer fuerza, ya, que no lo puedes evitar. Un amigo te está contando:

—Se me soltó mi perro pequinés y en ese momento pasaba una apisonadora...

Y tú:

—Uuuuuuuah... quééé putaaadaaaa, ¿nooooo?

¡Menudo corte! Menos mal que como el bostezo se contagia, el otro acaba diciendo:

—Pueeees tengoooo una peenaaaaaa...

¿Y cuando la... «cosa» se pone dura sin venir a cuento? En un tren, por ejemplo: tú vas por Albacete y de repente, ¡zas!; que dices: «Pero, ¿por qué? ¿Qué has visto tú que no he visto yo? ¿Qué pasa, que te gusta el revisor? ¿O es un saludo ajóse Bono?».

Y es que el cuerpo no respeta ninguna situación. Acabas de ligar con la chica que te gusta y, ¿qué hace tu cuerpo para fomentar el romanticismo? ¡Que te rujan las tripas!

«Grrrrrouuug...». ¡De puta madre! Ahora resulta que soy ventrílocuo y no lo sabía... Pero el cuerpo no se para ahí, porque cuando estás en pleno kamasutra piensa: «¿Qué puedo hacer yo para fastidiar a este tío?». Y va y te da un calambre en el gemelo, se te sube la bola y te tienes que poner a dar brincos en pelotas por toda la habitación. ¡Con todas las bolas saltando! ¡Que aquello parece un bingo!

Y cuando por fin te quedas dormido con ella, el cuerpo dice... «Ahora lo tengo a huevo. Voy a hacerle roncar. Y que eche un poco de babilla... un hilito... Y ahora le voy a montar una pajarraca con una pesadilla para que hable...» Y ahí estás tú: roncando, echando baba y soñando con los sanfermines: «¡Que viene el toro... Que viene el toro...!». Y en medio de todo esto, un pedo... Que ella dice:

—¡Mira, el chupinazo!

Aunque... ahora que lo pienso, a lo mejor los que estamos equivocados somos nosotros... Porque todo lo que hace el cuerpo por su cuenta o está mal visto, o nos parece una guarrada. A lo mejor deberíamos crear un mundo en el que el sudor, el eructo, el bostezo, el pedo y las erecciones espontáneas... fuesen cosas elegantes... Porque todos los cuerpos del mundo no pueden estar equivocados.

Cuándo nos sentimos culpables

¿Saben ustedes de qué viven las joyerías? Del sentimiento de culpa. Porque hay tíos que ponen los cuernos... Y como luego se sienten mal, acaban comprándole una joya a su pareja. Y es que eso de que el amor es el sentimiento que mueve el mundo no es verdad... Lo que mueve el mundo es el sentimiento de culpa.

Cuando uno nace, no sabe lo que es sentirse culpable... De pequeños, somos como Pinochet: tú puedes pasarte toda una tarde quemando hormigas con una lupa y te quedas tan tranquilo... no se te ocurre comprarles ninguna joya.

Pero esto dura poco. Porque el sentimiento de culpa es como los pelos del sobaco: naces sin ellos pero te van saliendo con el tiempo. Un día, alguien te pregunta:

—¿Tú a quién quieres más: a tu papá o a tu mamá?

Y como todavía no te han crecido pelos en el sobaco no piensas «¡Qué cabrón...!». Y sueltas:

—A mi mamá.

Y se monta una...

—O sea, que no quieres a tu papá... ¿No te da pena?

Y te pasas toda la noche angustiado, imaginando que tu padre se suicida dándose cabezazos contra el televisor. Y tú te pones a rezar: «Por favor: que no se suicide mi papá, que no se suicide mi papá... que mañana ponen los Pokémon».

Y lo peor es que a medida que vas creciendo, el sentimiento de culpa crece contigo.

Un día coges una cogorza, le vomitas el coche a un amigo... ¡Y aunque tú no quieras te sientes culpable!

—Manolo, no me encuentro bien... ¿Tienes una bols...? ¡Boooooarjjj! Joder, tío, perdona, me siento fatal.

—Coño, Josema, que el coche no es mío, es de mi padre.

—Deja, Manolo, no intentes animarme, me jode igual...

Pero el sentimiento de culpabilidad no para de crecer. Llega una edad en la que te sientes culpable por todo. Estás sentado en el autobús, ves que sube una ancianita temblorosa. ¡Y se acabó lo de ir cómodamente sentado! Tienes que hacer todo el viaje con la cabeza retorcida, mirando por la ventanilla, haciendo como que no la ves... Que cuando llevas un rato piensas... «¡Hay que ver qué mal lo pasaban los egipcios! ¡Y qué poco respeto tenían por las abuelas!».

¿Y cuando sales del ascensor y ves que tu portera está fregando el portal? ¡Te sientes un cabrón por no ser capaz de levitar! E intentas atravesar aquello de puntillas... que pareces la lagartija de National Geographic.

Menos mal que un día te das cuenta de que el sentimiento de culpa también es un arma... y decides utilizarla. Por ejemplo, para pedir un aumento de sueldo. Porque lo tuyo, más que un sueldo, parece un premio Nescafé: «Cien mil pesetas al mes para toda la vida». Así que te metes en el despacho del jefe y le dices...

—Don Amalio, nunca me he pedido una baja. Cuando se murió mi padre, lo enterré en domingo para no faltar. Y gano tan poco que tengo la nevera vacía...

Pero tu jefe, que te ve venir, contraataca:

—Hombre, Gutiérrez, parece mentira: ha tenido diez años para pedirme el aumento y elige justo un momento en que la empresa está en crisis, estamos en medio de una fusión y mi hijo ha suspendido cinco... Y, además, no se queje, que yo a mi padre lo tengo sin enterrar desde hace dos meses esperando a que la empresa se recupere.

En ese momento te sientes tan culpable que te dan ganas de decirle:

—Perdone, don Amalio, si quiere me llevo a su padre y lo meto en mi nevera... Así la lleno.

De todos modos, donde más se utiliza como un arma el sentimiento de culpa... es en la pareja. Los tíos, cuando queremos algo de ellas, nos ponemos malos...

—Chata, baja tú la basura que tengo acidez.

¿Qué tendrá que ver? Es como decir: «Chata, toca tú la guitarra que yo tengo caspa».

Esto es lo que hacemos los tíos, pero lo de ellas es terrorismo emocional. Cuando quieren conseguir algo de un hombre... ¡lloran! Porque saben que eso nos desarma. Si ella quiere ir a ver la última de Russell Crowe, nunca dirá: «¿Vamos a ver la última de Russell Crowe?».

No... eso no es femenino. Ella espera a que te sientes en el sofá con la cervecita y las zapatillas... Y cada vez que la miras pone cara de José Luis Perales. Hasta que le dices:

—¿Te pasa algo, cariño?

—Nada...

—Mujer, como tienes esa cara...

—¿Y qué cara quieres que tenga, si ya no me quieres?

—Oye, pero ¿por qué dices eso?

—Pues porque ya no salimos nunca, ni al cine, ni a ver películas de Russell Crowe ni nada.

En ese momento sientes como el gusanito de la culpa crece y crece hasta convertirse en Godzilla... Y te sientes el miserable más grande del mundo mientras ella llora hecha un ovillo en el sofá... Así que le dices:

—Venga, cariño, que le den al fútbol, vamos ahora mismo al cine. Sólo te pido un favor: ¿nos podemos llevar al padre de mi jefe que lo tengo en la nevera y me da cosa dejarlo solo?

Fantasías sexuales

El otro día leí en una revista que una de las fantasías sexuales más comunes entre las mujeres es hacer el amor de forma salvaje. Llegar a casa... que esté tu marido preparando la cena... —bueno, esto por sí solo ya sería una fantasía—, acercarte por detrás, arrancarle el delantal y hacerlo en la mesa de la cocina. Como en \apeli esa de El cañero siempre llama dos veces... Que, por cierto, con la que tenían allí montada, no me extraña que el tío tuviera que llamar dos veces, ¡y quince!

¿Pero ustedes se imaginan esto en la vida real? Con las piernas colgando, clavándote un tenedor en la nuca, y desollándote la rabadilla con el rallador de pan, y encima, el cartero, venga a llamar:

—¡Pííí, correos! ¡Pííí, correos!

Que es para decirle:

—¡En eso estamos, pero no nos dejas!

Estas cosas nos pasan por intentar copiar lo que vemos en las películas.

Por ejemplo, la típica fantasía de mezclar sexo y comida, como en Nueve semanas y media, con las fresas, el melocotón en almíbar... Vamos a ver: ¿qué es lo que tiene de sexy hacer macedonia encima de tu pareja? Porque el almíbar tiene una característica muy poco erótica: a los tres minutos se seca... y se queda como el Loctite. Claro, en la película cortan, pero a ti te toca irte a la ducha con la cabeza pegada a sus pelillos del pecho, con el culo en pompa y caminando hacia atrás... que parecéis dos siameses. Y él:

—¡Aaaah, aaaaah, aaaah, aaaah...!

Y tú:

—Pero, Paco, ¿cómo te puede excitar esto, tío?

Otra fantasía muy típica es grabarse en vídeo. A mí me comentó una amiga que lo había hecho, y que daba mucho morbo. Así que lo probé: es supererótico... hasta que te ves...

Él te pone la cinta todo emocionado, y cuando ves dos cuerpos abrazados... ¡gordos!, dices:

—Paco, te has equivocado de cinta, eso es un combate de sumo.

—No, cariño, somos nosotros, es que la cámara engorda.

—¿Que engorda? ¿Y la mesilla de noche por qué no engorda?

Otro clásico de las fantasías es hacer el amor en un sitio público. Por ejemplo, en un ascensor. ¿Lo han probado? Aquello se mueve más que la madre de Marco. Y para colmo los vecinos no cooperan nada; tú todavía estás en los preliminares y ellos ya superexcitados:

—¡ ¡ ¡ Ascensoooooor!!!

Y luego está la fantasía favorita de los tíos: montar un trío con dos tías. Aquí lo que más gracia me hace es cómo intentan proponértelo... Te van dejando pistas, con esa sutileza que ellos tienen:

—Oye, ¿a ti te gustan los tres tenores?

—Sí.

—¿Y los tres cerditos?

—Sííí...

—¿Y las tres carabelas?

—Paco, ya está bien. ¿Qué quieres?

—Yo nada... Oye... Esta cama es muy grande. ¿No? Y tu amiga Loli, muy liberal...

Y aquí ya le dices:

—Paco, yo me conformo con cualquier cosa, pero a mi amiga Loli le gustan los hombres.

¡Es que es verdad! Si con una sola no pueden, ¿para qué querrán a dos? Como no sea para fumarse después dos cigarros...

Pero la muestra más clara de que las fantasías nunca deberían llevarse a cabo es cuando intentas hacer el amor en la bañera: aquí la fantasía es conseguir hacerlo sin romperte nada. Para empezar... erótico no es. Él se mete, y se queda encajado en la bañera, con las rodillas en las orejas, y el periscopio intentando asomarse. Y va el cachondo y te dice:

—¡Venga, métete!

Y claro, como él ha cogido el mejor sitio, a ti te toca poner el culo encima del tapón y que te dé el grifo en la nuca. Y entonces empieza a moverse todo apasionado. ¡Y se monta allí una marejada...! ¡Chaf, chaf, chaf...! Aquello parece La tormenta perfecta... Lo malo es que el que está en la bañera no es George Clooney, es el capitán Pescan ova.

Entonces te dice:

—Vamos a probar otra postura; ponte tú encima.

En ese momento se sale el tapón y el desagüe te hace ventosa... Y piensas... «Este tío ha organizado un trío sin avisarme.» Y cuando te das cuenta de que es el tapón le dices:

—¡Que se sale el agua, que se sale el agua!

Y él:

—No te muevas, busca el tapón...

Tú, tanteando, agarras lo primero que encuentras... Y él te grita:

—¡Eso no es el tapón! ¿No ves que hay dos?

En ese momento, ya sólo se te ocurre una solución:

—Cariño, ¿por qué no nos vamos a la cama?... Pero a dormir, ¿eh? ¡Que estoy agotada!

Sabes que eres gay cuando...

El otro día estaba con una amiga y de repente me dice:

—Me encanta estar contigo, no sé... Eres tan sensible, tan profundo, me entiendes tan bien...

Esto sólo me pasa con vosotros los gays...

¿Gay yo? ¡Pero bueno! ¿En qué se basará esta tía? Claro, me dejó tan alucinado que al día siguiente se lo conté a un amigo mío que es gay de verdad y me suelta:

—Pues sí, a lo mejor eres gay, pero al fin y al cabo, ¿qué más da acostarse con Ramón o con Ramona?... ¡La diferencia es sólo de una letra...!

—¡Sí, claro... sólo una letra! ¡Como si fuera lo mismo Ana que ano...!

Yo le dije:

—Mira, tío, a mí no me fastidies, tiene que haber más diferencias...

Y me dijo:

—Bueno, si tanto te preocupa, hay diez características que no dejan lugar a dudas. Nosotros le llamamos el test del Patapán... Porque si las cumples todas... ¡Patapán!

Y me hizo el test. Por cierto, yo les aconsejo a todos ustedes que lo sigan con atención porque a lo mejor alguno se lleva una sorpresa:

El tío me dijo:

—Primera característica. Sabes que eres gay si cuando te anudas los zapatos te haces doble lazada... Tanto lazo, tanto lazo... Cuando menos te lo esperes... ¡Patapán...!

Yo pensé: «Empezamos bien... Pero es que yo tengo los cordones muy largos...».

—Segunda. Sabes que eres gay si te gustaría que el príncipe Felipe se casase por amor...

Aquí ya salté:

—Oye, tío, que somos una monarquía moderna.

—Tercera. Si te emocionaste en el funeral de Lady Di... Está claro. Bueno, y si en vez de Lady Di la llamas Lady Day... entonces eres gay...

Y siguió mi amigo:

—Cuarta característica. Si te gusta cuando tu peluquero te lava la cabeza...

Aquí ya le dije:

—Un momento, un momento... Eso es por el masaje...

Y él me dijo:

—Sí, pero el que te da gustito... ¿es Ramón o Ramona?
—Ramón.
—¡Pues patapán!
—Bueno, sigue, sigue...
—Quinta. Sabes que eres gay si has visto más de dos veces Sonrisas y lágrimas... Bueno y si te sabes más de dos canciones de Jesucristo Superstar...
Y aquí tuve que saltar otra vez:
—Oye, que yo hice de Heredes.
—Pues te jodes...
Y siguió el tío:
—La sexta. Sabes que eres gay si alguna vez te has disfrazado de romano.
Y yo le dije:
—Oye, perdona... Todos nos hemos disfrazado alguna vez de romano.
Y me suelta:
—Pues haberte disfrazado de tetra brik, o de huevo frito... Pero tú, no... tú, de romano, con la sabanita, las sandalias y debajo sólo los calzoncillos... ¡Patapán, patapán y patapán...!
Cuando llegué aquí pensé: «Voy jodido... Seis de seis».
Y siguió mi amigo:
—Séptima. También sabes que eres gay si te gustan las películas de gladiadores..
—¿Eso también? No me jodas... A este paso, hasta ser del Real Madrid...
Y dice:
—Ahora hablaremos del fútbol... Pero las películas de gladiadores son una pista fetén: esos tíos musculosos, con faldita, ese laurel en la cabeza, ese tío enorme dándole al tambor...
¡Patapán! ¡Patapán! Está claro... ¡Patapán!
—Hombre, yo tengo Gladiator en DVD...
—¡Patapán!
—Pero porque me la regalaron...
—¡Patapán!
Yo aquí ya estaba agobiado, y le solté:
—Vamos a veeeer, vamos a veeeer... Aclárame lo del fútbol que me estoy mosqueando...
Y me contesta:
—Precisamente en el fútbol está la octava pista. De entrada, todo son tíos, igual que en un club de ambiente; los liniers vestidos de rosa y negro moviendo el banderín... que parecen majorettes... ¿Y qué pasa en la segunda parte? Que se van a la acera de enfrente... ¿Y cómo se ponen los jugadores cuando forman la barrera?
Claro que, yo no caía, pero lo pensé y se ponen... Mano derecha en la cara, mano izquierda en la entrepierna, y cuando disparan el balón ¡se giran levantando la entrepierna!
Y Damián siguió:
—Por no hablar de las camas redondas que se forman cuando uno mete un gol... Ahí el que más y el que menos pilla cacho... Y luego está lo de los vestuarios... ¡Todos sabemos lo que pasa en los vestuarios! Tú, cuando vas al gimnasio y te duchas con otros tíos... ¿les miras ahí?
—Bueno...
—¿Miras o no?
—Bueno, alguna vez... para comparar... Pero muy poquito.
—¿Miras o no miras?
—¡Pues patapán!
Pero lo más desconcertante fue la novena pista, porque se me queda mirando fijamente a los ojos y me dice:
—¿A ti te gusta el ciclismo?

—¡No, hombre, nooooo! ¡El ciclismo no! Bahamontes, Perico Delgado, ¡Indurain! ¡Coño, tío, Indurain!

—Nada, nada. ¿Tú ves la vuelta a España?

—Otra cosa no veré...

—Verás la etapa reina...

—Hombre, la subida a los lagos de Enol no me la pierdo...

—¿Y qué hacen los ciclistas para subir? Se ponen de pie... Sacan el culo... Y dale que te dale... Así tres horas... Y si no, ¿por qué crees que se llama la serpiente multicolor?

Aquí ya me mató, y le dije:

—Desde luego el test Patapán éste... ¡no deja títere con cabeza! Vamos, yo creo que se lo pasas a King Kong y también le sale...

Y me dice:

—Es que King Kong era gay... Y si no, ¿qué te crees que hacía con la rubia? ¡Jugar a la Barbie!

Y el tío siguió:

—Y la décima. La prueba definitiva para saber si eres un gay gay es... Si continuamente vas presumiendo de que eres un macho Camacho y no paras de hacer chistes de mariquitas.

Entonces, amigo mío, tira el teléfono de Ramona y llama a Ramón, porque eres un

Superpatapán...

¡Buf! Menos mal que en ésta me libré, porque las demás las cumplía todas. ¿Y vosotros?

Ventajas de ser gordo

Hoy todo el mundo busca tener un cuerpo perfecto. Y yo, como pueden ver, lo he conseguido. Alguno dirá: «¡Pero si está gordo!». Pues sí, claro. Es que para mí eso es un cuerpo perfecto. La gente está tan obsesionada con perder kilos que no se da cuenta de que estar gordo tiene muchas ventajas.

Para empezar, si eres gordo, nada más nacer ya eres la envidia de todas las madres:

—¡Pero qué niño! ¡Pero qué gordo! ¡Qué bien se cría! ¡Da envidia verlo!

—Sí, fíjate: con tres meses está haciendo todos los anuncios de potitos de la televisión.

¡Y a partir de entonces eres una estrella!

Y no acaba ahí la cosa, porque cuando te haces mayor, sigues siendo una estrella de la tele, de la Teletienda... Porque cuando anuncian el Ab-flex, alguien tiene que hacer lo del antes. Porque hay un antes y un después. En el después meten a un tío cachas al que obligan a hacer abdominales para poder salir un ratito y le pringan de grasa para que esté reluciente. Para el antes no tienes que hacer ningún esfuerzo. Si eres gordo no te piden nada, sólo tienes que ser gordo.

Como decía, el bebé gordo es el preferido de mamá... que levanta la sabanita del cochecito para presumir:

—¡Mira qué muslos, mira qué muslos!

¡A los delgados sus madres los ocultan! Los llevan tapados, porque parece que en el cochecito, más que un niño, llevan una rana con patucos.

¿Y qué consecuencias tiene todo esto? Pues que los delgados se convierten en unos frustrados y organizan un complot mundial contra los gordos y montan una conspiración a lo bestia para tratar de acomplexarnos el resto de nuestra vida...

Por eso los médicos —que están en el ajo...— se empeñan en decirte constantemente:

—Debería poner un poquito de su parte, debería usted adelgazar.

—¿Por qué? Si soy muy feliz, y me encuentro perfectamente...

¿Por qué va a ser? ¡Por envidia! Este médico seguro que fue otra rana con patucos y se está vengando.

Todos los delgados están en el complot, no hay ni uno que se salve; vas a una tienda y te dicen:

—¿Qué talla usa usted?

—La sesenta y dos.

—¡Ah!, no, no, no, de eso no tenemos aquí... Mire en las tiendas de jubilados, ahí es posible que encuentre su talla, ¡es que está usted muy gordo!

¡Otro que tenía piernas de rana!

Otra ventaja de los gordos es que somos felices y tranquilos; claro, hemos recibido tanto amor en la infancia... No como otros... Los delgados, siempre atacados, mirándote como diciendo: «¿Qué piensas? ¿Que parezco una rana?». Sin embargo, es muy raro ver a un gordo violento. A nosotros nos gusta la buena vida: los colores alegres, la ropa suelta, los helados, el aire libre... ¿Han visto ustedes a un gordo en una piscina, o en el mar... o en su bañera con sus patitos? ¡Qué calma, qué relajación! Viéndole dan ganas de gritar: «¡Salvad a las ballenas!».

Los delgados no se quieren, ¡por eso hacen deportes de riesgo, a ver si se matan! ¿Alguien ha visto alguna vez a un gordo haciendo puenting, o paracaidismo? No... Los gordos practicamos deportes menos arriesgados: sumo, levantamiento de piedra... Y, además, más baratos, ¿eh? ¿Habría algo más barato que una piedra? Y el sumo... ¡Si valen dos duros los pañales esos!

Además, el gordo es ecológico, porque necesita menos agua para bañarse. Pone un palmo de agua en la bañera, se mete y la llena.

Otra ventaja de ser gordo es que ni en el ejército ni en la policía nos admiten... Pues mejor, porque los gordos somos pacifistas. ¿Se imaginan a Pavarotti legionario, desfilando al lado de una cabra?

Y es que a los delgaduchos les exigen trabajar más que a los gordos. Por ejemplo: Michael Jackson no basta con que cante. Tiene que bailar como un loco. Sin embargo, ¿quién le pide a Pancho Céspedes que baile así? Él sale tan Pancho y tan Céspedes, y canta... «¡Esta vida loca, loca, loca...!», y ¡hala, pone el cazo y pa' casa!

Pero sobre todo, ¿saben por qué los delgados nos tienen montado este complot a los gordos? Por la comida... Los delgados tienen que comer unas cosas asquerosas para mantener su figura, mientras que las cosas que tenemos que comer los gordos para mantener la nuestra están todas buenísimas. ¡Me van a comparar un plato de acelgas hervidas... con un plato de huevos fritos con chorizo con su buena ración de patatas, su barra de pan pa' pringar y rebañar...! Un gordo no se lo piensa: ¡ya está gordo!

Un gordo no tiene que preocuparse de que los cinturones sean bonitos... Como no se ven...

En un naufragio eres el primero al que encuentran desde el aire.

Te caben más tatuajes en el cuerpo.

Puedes ver tetas cuando quieras. Las tuyas.

Somos un punto de referencia:

—¿Dónde está?

—Detrás del gordo.

Representamos la importancia:

—¿Quién es ése?

—Un pez gordo.

Incluso en el sexo trabajas menos, porque ella, amablemente, siempre se pondrá encima.

¡Coño! Si hasta el mejor premio es el nuestro... ¡El premio gordo!

¿Y qué es lo peor del mundo? ¡Tener un punto flaco! Y, como ven, yo no tengo ninguno.

Ventajas de ser feo

¿Se han fijado en que ser guapo o ser feo es una lotería? ¿Quién decide en el reparto que te toque el culo de Banderas... o el culo de Camilo José Cela? ¿Quién decide que te toque la cara de Kevin Costner, o la de Álvarez Cascos?... O la mía, que no tiene nada que envidiarle al culo de Camilo José Cela...

Pero no se preocupen, yo estoy muy contento. Aunque la gente crea que ser guapo es como llevar un billete de mil duros en la frente, que todo el mundo te quiere más, yo les voy a demostrar que ser guapo puede ser un drama y, sin embargo, ser feo tiene muchas ventajas. Ya de pequeño, al muy guapo se le pone en duda su identidad sexual: le confunden con una niña. Le dicen: «¡Qué mona es!», y encima, su madre no le corta el pelo porque dice que con melenita está más guapo, que se parece a Richard Clayderman. Sin embargo, si eres feo, tu madre no se plantea jamás dejarte melenita... porque tú te parecerías a Lauren Postigo.

Saber si eres feo es muy fácil, porque llega una edad en la que empiezas a notar que al que le dicen guapo, siempre es al de al lado. Pero esto no es malo, porque hace que tu madre se preocupe más de ti, de tu educación, y te compra películas como: Dumbo, La Bella y la Bestia, El jorobado de Notre Dame... Para que veas que la belleza está en el interior.

Y mientras tú te cultivas, ¿qué hace el guapo? Perder el tiempo haciéndose fotos, porque los niños guapos se pasan la infancia haciéndose fotos y llevando las arras en las bodas. Y siempre tienen el mismo problema con los fotógrafos profesionales: les colocan en la vitrina del escaparate y ahí se queda su foto, durante años, amarilleando en la Gran Vía... El guapo estará ya con entradas y la foto seguirá ahí.

Otra ventaja de ser feo es que te haces más simpático, para sobrevivir. Los feos ponen tanto empeño que a fuerza de ser graciosos muchos se hacen humoristas. ¿Conocen a algún humorista que no sea feo?: Joe Rígoli, Mister Bean, Benny Hill, Arévalo, Barragán, Félix El Gato, Marianico el Corto... El Fary, bueno, El Fary no es humorista, pero porque no quiere, porque feo es un rato.

En cambio, los guapos, como no son simpáticos, se convierten en esclavos de su cuerpo... En marzo ya están morenos. Si eres feo, ¡qué más da que estés blanco en agosto!

Además, a los guapos se les ven más los defectos: si un guapo tiene las orejas de soplillo, cuando se corta el pelo todo el mundo se escandaliza:

—Con lo guapo que es y qué orejas tieneeeee... ¡Parecen dos escalopes...!

Y, claro, un guapo se las tiene que operar. Ser feo sale mucho más barato, porque a los feos no se les notan los defectos... Y si no, a ver: ¿podrían decirme cuál es el principal defecto del feo de los hermanos Calatrava?... ¡Opérenle a éste de algo si tienen cojones! ¡Opérenle las orejas a ver si arreglan algo...!

Un feo puede ser bajito y no pasa nada. ¡Pues no hay feos bajitos...! Yo esta mañana he visto dos... Pero si un guapo baja del uno setenta...

—¡Qué lástima! ¡Con lo guapo que es! Le falta un palmo... ¿Dónde hubiese llegado...? Iba para cuerpo Da-none y se ha quedado en Petit Suisse.

No, no todo son ventajas para los guapos. Por ejemplo: A la hora de ligar, si eres feo, para atraer a las tías siempre te llevas a un amigo guapo que hace el trabajo por ti; es tu telonero: como él no tiene cultura, ni na', porque se ha pasado la infancia haciéndose fotos y llevando las arras, al final eres tú el que hablas con ellas... Es verdad que luego se enrollan con el guapo, pero tú te has pasado una tarde más buena con un pedazo de tía... Y sabes que mientras tu amigo se la está tirando, seguro que ella le estará diciendo:

—¡Qué majo es tu amigo el feo!

Otra ventaja de ser feo es que si un guapo se liga a una guapa, se considera normal; ahora, si un feo se liga a una guapa, la gente te atribuye virtudes que no tienes. Dicen:

—¿Has visto a ése la tía que lleva? ¿Qué tendrá entre las piernas?

Además, el padre acepta mucho mejor a los novios feos de su hija. Un novio feo es un novio fiel... Las posibilidades de que se vaya con otra son remotas.

Y es que, en el fondo, es una injusticia, porque las ventajas crecen para el feo a medida que te vas haciendo mayor y los guapos cada vez lo tienen peor... Porque, si eres feo, tú con cincuenta años tienes la misma cara que a los cinco: feo... ¡Coño que es que eres feo! El guapo no, el guapo con la edad engorda y se queda calvo... Y esto le da una gran alegría a sus amigos... que cuando lo ven en la foto de la Gran Vía dicen:

—Mira Carlitos, lo que era y lo que es... Ahora podría llevar las arras en la cabeza, que le brilla como una bandeja.

En fin, que ser feo significa ser desinhibido, culto, simpático e ingenioso... y ser guapo es una faena y, encima, ellos no lo saben.

Tener razón

Vengo a contarles lo que más placer da del mundo.

Y no es el sexo, ni la comida, ni el dinero, ni que te rasquen la espalda... Lo que más placer da del mundo es tener razón. ¿A que sí? ¡Ja! ¡Qué gusto da que te den la razón! Por cierto: ¿se han fijado en que siempre que tenemos razón decimos: «¡Ja!»? Éste es el sonido universal de tener razón: «¡Ja!».

Por ejemplo: vas en el coche con tu mujer a casa de su madre. Y tú le dices:

—Cari, para en esta gasolinera que vas en reserva.

—No, que llegamos de sobra, y además a mi madre se le pasa la paella.

—Cari, no te pongas tonta que no llevas gasoliuuuuuina...

—¡Desde luego tú... con tal de joder a mi madre...! ¡Te he dicho que llegamos de sobra!

¿Que llegamos? A los diez minutos te ves caminando por el arcén, muerto de frío, con una lata vacía en la mano, pero más contento que la leche: «¡Ja! ¡Anda que el arroz se habrá quedado bueno! Que llegamos de sobra, que llegamos de sobra... ¡Toma sobra!».

Y es que hasta las desgracias te duelen menos si tienes razón. Vamos, yo estoy seguro de que en el Titanic hubo alguien que dijo:

—Este barco se puede hundir...

—¡Mira chaval, este barco es un transatlántico insumergible, para que te enteres!

—¡Pues yo te digo que se puede hundir... como se nos cruce un iceberg o cualquier cosa de esas... nos hundimos seguro!

Y, claro, cuando naufragó, el tío dijo:

—¡Ja! ¡¿Veis como yo tenía razón?!

Y fue nadando de bote salvavidas en bote salvavidas, diciendo:

—¡Yo tenía razón, glu, glu, glu...! ¡Dejadme sitio, que yo tenía razón, glu, glu, glu!

—Pues ahógate con tu razón, ¡gilipollas!

Tener razón es más importante que cualquier otra cosa. ¡Más importante que el sexo! Estás con tu chica a punto de hacer el amor y entonces ella dice:

—Cariño, te has dejado la cisterna corriendo.

—Yo no he sido, la última has sido tú.

—¿Yo? Pero si eres tú el que te dejas siempre todo a medias...

En este momento tienes que elegir entre tener sexo o tener razón. Y eliges:

—¡Pues que conste que has sido tú, porque yo llevo el condón puesto desde hace una hora! ¡Ja!

Y ése es el único gemido que vas a soltar esa noche. Pero te da igual, ese «¡ja!» es como un orgasmo, te dan ganas hasta de encenderte el cigarrito.

La razón también es más importante que el dinero. A veces dices una chorrada sin pensar:

—Pues Ana Belén y Víctor Manuel son cuatro.

—¡Pero qué dices, hombre, son dos!

Tú sabes que la has cagado, pero ya no te bajas del burro:

—Pues te apuesto mil duros a que son cuatro.

¡Hala, mil duros! Sabes que los vas a perder, pero da igual, nunca admitirás que son dos:

—¡Que Ana Belén y Víctor Manuel son cuatro...! Lo que pasa es que sólo cantan dos, pero son cuatro, Ana, Belén, Víctor y Manuel: cuatro.

Y te emperras tanto que te acaban dando la razón por agotamiento:

—¡Que son cuatro!

—¡Vale tío, son cuatro, para ti la perra gorda!

Pero aquí pasa una cosa rara. Si te dan la razón por agotamiento no da el mismo gusto:

—Oye, a mí no me des la razón como a los locos, ¿eh? ¡Son cuatro y son cuatro! Como los tres mosqueteros, ¡que también eran cuatro!

Tener razón es incluso más importante que la salud: te dice el médico:

—Tiene usted que dejar de fumar.

—¿Y por qué voy a dejar de fumar si eso a mí no me afecta? ¿No me puede quitar otra cosa?

—Como siga así lo que le voy a tener que quitar es un pulmón.

—Pues vale, quítemelo, mientras no me quite los estancos...

Y cuando sales:

—¡Que el tabaco me perjudica, ¡ja!... Este tío no tiene ni puta idea! Mi abuelo ha fumado toda la vida y ahí lo tienes... Muerto. ¡Pero porque lo fusilaron en el treinta y seis, ¿eh?!

Y es que no tener razón da mucha rabia, por eso sólo damos la razón cuando no nos queda más remedio. Al jefe, por ejemplo. ¿Se han dado cuenta de la cantidad de gilipolleces que tenemos que admitir sólo porque las dice el jefe?:

—Antonio, tenemos que mandar un e-mail a la Patagonia, así que compre sellos.

—Pero es que el e-mail va por ordenador...

—Sí, sí, pero usted póngale sellos, que es mejor asegurarse.

—Pues tiene usted razón, ahora mismo me pongo a pegarle sellos a la pantalla.

Y ésa es la verdadera razón por la que todo el mundo quiere ser jefe: ¡para que le den la razón!

Pues eso, que no hay ningún placer que se pueda comparar a tener razón. Y si lo piensan, tampoco hay nada más inútil, porque tú tendrás mucha razón pero tienes que ir a por la gasolina, no echas el kiki, te quitan un pulmón... y hasta te ahogas en el Titanio. Por eso yo digo que tener razón es como tener un avión de mármol, no sirve para nada. ¿A que sí?

¡Ah, qué gusto da que te den la razón!

El listo

Tengo un amigo que es un lisssto. Veníamos hacia el teatro y el tío me dice:

—Aparca aquí, que cabes.

Y yo:

—Pero si aquí no cabe...

—¡No va a caber...! Ahí lo meto yo sin maniobra... Venga, salgo yo y te ayudo.

Sale el tío y empieza:

—Venga dale, dale, dale, dale...

¡¡¡PLONC!!!

—Vale, ya está, no le des más... Gira ahora todo, venga, gira, gira, gira...

¡¡¡PLONC!!!

—Vale, ahí lo tienes

Y ahí lo tengo... Sin faro.

Porque todos sabemos lo que es un tonto. Tonto es el que hace tonterías, pero... ¿sabemos lo que es un listo? Porque una cosa es ser listo y otra es ser un lisssto..., con acento en la ese:

lisssssto... Si eres listo y te cae una manzana en la cabeza, inventas la ley de la gravedad.

Pero si eres un lisssto y te cae una manzana en la cabeza, dices:

—¡Ay!, ya sabía yo que estas manzanas estaban maduras... De otra cosa no sabré, pero de manzanas...

El lisssto está de vuelta de todo sin haber ido. Por ejemplo, sin haber salido jamás de España sabe que en Londres se come mal, que Nueva York está muy caro y que en Rusia hace mucho frío. Tú le dices:

—Rusia...

Y él:

—Menudo frío hace en Rusia... De otra cosa no sabré, pero de Rusia...

Y no sólo eso, también sabe el secreto para acabar con el paro y con la grúa él sólo. Y juzgando a las personas es único. Para él, el bueno es tonto, el tranquilo es un huevazo y el educado es maricón. ¿Ha quedado claro lo que es un lisssto? Pues mi amigo Jamfri es un lisssto... con acento en la ese.

A Jamfri le podríamos llamar El Pronósticos. Cuando está en casa sabe cuál es el primer anuncio que va a salir después de la película:

—Ahora va el de Don Limpio... Lo ponen todas las noches... ¡Si lo sabré yo...!

Y si no sale dice:

—Pues lo habrán cambiado hoy, porque ayer salió. ¡Llevan un desbarajuste...!

Mi amigo Jamfri es tan lisssto que va de excursión a la montaña y para demostrar lo listo que es, dice:

—Yo voy a subir por aquella cuesta de allí, que se va más rápido.

Y tú:

—No, Jamfriiiii, que se da más vuelta.

—¡Qué se va a dar más vuelta...! De otra cosa no sabré, pero de montañas...

Al final llega tres horas más tarde, arañado, hecho polvo y rojo como un cerdo agri dulce...

¡Por lisssto! Y todavía dice:

—¡Joder! No veas lo que os habéis perdido, había unas vistas de puta madre... Me he pasado dos horas y pico viéndolas...

Pero mi amigo Jamfri no es el único lisssto. Hay lissstos por todas partes. Uno de los sitios donde es más fácil reconocerlos es en el coche. Si hay caravana y ves un coche que pasa por el arcén, no falla, ahí dentro va un lisssto. Y la prueba es que cuando pasa por nuestro lado todos decimos:

—Mira qué lisssto...

Aunque también es fácil reconocerlos cuando van de peatones. El lisssto es el primero que se tira a cruzar nada más que cambia el semáforo. Aunque de vez en cuando se lleva un susto, porque hay otro lisssto en un coche que quiere apurar el semáforo. En estos casos podríamos hacer la siguiente operación matemática: lisssto más lisssto, igual... ¡a hostia!

Un lisssto siempre tiene respuesta para todo, no hay forma de callarlo. Cuando vas con él a un restaurante:

—Jamfri, ¿has reservado?

—No, que es miércoles.

—¡No me jodas que no has reservado!

—No hay problema, si es miércoles.

Y cuando llegas hay un cartel que pone «Cerrado los miércoles». Bueno, pues, aun así, replica:

—Esto es que han cambiado de dueños... ¡Anda que no he venido yo aquí miércoles...!

Ahora, casi mejor que esté cerrado, porque seguro que ahora lo lleva una mafia tailandesa...

Que de otra cosa no sabré, pero de tailandesas...

Otra característica del lisssto es que conoce a todo el mundo...

—Yo soy muy amigo de Josema, el de Martes y Trece... Pero muy amigo... Vamos, estuve a punto de formar parte del grupo... ¿Quién te crees que le dijo lo de la empanadilla? ¿Y lo del ojo guiñado, Prruuu...? Y no sólo eso... También le dije lo definstro... Y lo de ¡que te calles, Karmele!... ¡Todo eso es mío...!

—Pero Jamfri, ¿eso no era de Marinas?

—Ah, ¿pero Marinas también me copia?... ¡Es la leche, macho!

Está claro que los lissstos son muy peligrosos. Sobre todo cuando todavía no sabes que el listo es un lisssto. Porque si a ti te da un jamacuco, vas al hospital y el que te atiende es el doctor Jamfri, ¿qué? ¡La gente que va a su consulta no lo sabe...!

—Otra cosa no sabré, pero qué pierna hay que cortar, y qué pierna no...

En fin, amigos, hay que tener mucho cuidado con los lissstos, sobre todo con los que tienen poder sobre nosotros. Porque no sabemos si esos tíos saben lo que hacen. Y se les pueden ocurrir cosas como inventar el euro, que no para de bajar pero nos siguen diciendo que es maravilloso... O las comisiones de los bancos, que te cobran hasta por respirar; vamos, pueden llegar incluso hasta a inventar cabinas telefónicas que te roban las vueltas en la cara y te dicen que eso es lo normal... Y no digo ya del lisssto que se inventó lo del efecto dos mil... Todo el planeta acojonado por si caían los aviones o no se encendía la luz de la nevera el día uno, y luego nada. ///Lissstos, que sois unos lissstos!!! Porque de otra cosa no sabré, pero de lissstos...

Medicamentos

Vengo del médico y me ha fastidiado el día. ¡Pues no me ha dicho que no tengo nada! ¿Qué sabrá él? Va el tío y me dice que no tengo que tomar ningún medicamento, que estoy sanísimo... ¡Pues claro que estoy sanísimo! ¡Porque tomo medicamentos!

A mí es que los medicamentos me dan mucha seguridad. ¿A ustedes no les parecen una maravilla? Son lo más parecido a un milagro: tú te tomas una pastilla... ¡y se te quita el dolor de cabeza! Ella se toma otra... ¡y ya no se queda embarazada! ¡Y tú te tomas otra... y se te pone dura!

No me dirán que esto no es un milagro...

¿Cómo sabe una Aspirina así de pequeña a qué parte del cuerpo tiene que ir? Te tomas una Aspirina, llega al estómago...

—Buenaas, ¿es aquí el dolor?

—No, eso va a ser en el piso de arriba, en la cabeza, al lado del hipotálamo, allí pregunte usted por «migraña».

¡Oye... y llega! A mí me preguntan dónde está el hipotálamo, y... ¡ni de coña!

¡Las pastillas son la leche! Las que más me gustan son las blancas, son tan sobrias, no sé... parece como que curan más. Las cápsulas las encuentro más frívolas... me dan la impresión de que son demasiado chillonas... ¿verdad? Siempre me pregunto: ¿para qué se gastarán en ponerles colorines a las cápsulas si en el estómago no tenemos ojos?

Que se fijen en los supositorios: a nadie se le ha ocurrido hacerlos de colores, como los helados... Todo el mundo sabe que por muchos colorines que les pongan... con el tercer ojo no se pueden leer novelas.

Además, hay enfermedades en las que se toman medicamentos riquísimos. Los constipados, por ejemplo. ¡Los jarabes de los constipados están de muerte! Yo creo que en invierno deberían servirlos en los bares:

—¡Ponme un chupito de Bisolvon... y un expectorante pa' todos, que un día es un día!

¿Y las Aspirinas infantiles? ¡Están mejor que los La-casitos! Lo que no entiendo es por qué a las de adultos les cambian el sabor.

Otra cosa que no entiendo: ¿quién les pone los nombres a los medicamentos? Para mí que son dos tíos: uno que tiene las ideas muy claras y les pone a los medicamentos nombres que te dan pistas de para qué sirven: Peusek, Evacuol, Mucosán... Y otro tío que va de creativo y se inventa marcas como Atarax, Clamoxil, Augmentine... Que, claro, uno se pregunta: ¿qué aumenta el Augmentine? ¿Se vende junto con la Viagra?

Si es que son ganas de complicar las cosas. El bicarbonato por ejemplo, ¿por qué no le llaman Eructol?... O los supositorios, ¿por qué no se llaman Son-pal-cul?... Y, ya puestos, al Hemoal que le llamen Almorranón.

Otra cosa que me encanta de los medicamentos es el prospecto. A veces con sólo leerlo y ver la cantidad de cosas que cura, ya me siento mejor. Bueno, menos con los prospectos de los tranquilizantes. Porque te pones a leer los efectos secundarios y... «Este medicamento le puede producir mareos, temblor, cefalea, insomnio con ansiedad y depresión, visión borrosa, sequedad de boca, estreñimiento, taquicardia...». Pero, ¿cómo puede eso tranquilizar a alguien?

Bueno, si nos ponemos a criticar... Hay un medicamento que a mí me pone muy nervioso: las gotas. No se conoce a nadie que haya conseguido echarse el número de gotas que le dice el médico. Porque, ¿cómo lo haces? Tienes la cabeza de lado, el cuentagotas arriba... Y ahora... ¿cómo cuentas las gotas? Al final acabas:

—Uno, dos, tres chorro, cinco, seis, chorro... doce... Eso sí, cuando uno está realmente mal, no hay nada como las inyecciones. Lo que pasa es que da un poquito de miedo. Yo además

tengo la mala suerte de que siempre que voy a pincharme, me toca el practicante; o sea: ¡que quiere practicar con mi culo! ¡Joder, si quiere practicar, que practique con el culo de su padre y luego que venga!

Lo que pasa es que como estás muy mal, dices: «Vamos pa' lante». Te bajas los pantalones... el tío se pone a tu espalda... Y no hace ruido. ¿Qué estará haciendo? ¿Se habrá ido? No, porque de pronto te dice... —Relaje la nalga...

¿Que relaje la nalga? Mire usted, yo con el culo al aire y un tío por detrás... ¡No me relajo! Aunque, no nos engañemos: duele, pero un jeringazo es mano de santo.

Y es que los medicamentos te hacen la vida más fácil. Por eso nos resistimos a tirarlos. Y llega un momento en que con sólo mirar el armario de las medicinas se puede saber la vida de una persona: «Mira, el jarabe rosa de Paquito, ¡cuánto le gustaba...». «¡Aaaanda!, los supositorios de Paquito... ¡Hay que ver lo contento que se quedaba cuando le poníamos uno!». «Fíjate, la tobillera de cuando a Paquito le dio por... el ballet de puntas...» «¡Ay, mira, esto es agua oxigenada, de cuando a Paquito le dio... por teñirse el pelo!». «Y vaselina mentolada... Esto también es de Paquito, pero no sé para que la usa.»

En fin, que... ¿saben lo que les digo? Que en vez de dejar de tomar medicinas, lo que voy a hacer es dejar de ir al médico.

Y así me tomo lo que quiero.

Hospitales

A mí no me gusta estar enfermo, pero me encantan los hospitales, porque en los hospitales se descansa mejor que en ninguna parte. Y por eso, de vez en cuando, me gusta hacerme alguna avería. Nada serio, me rompo un brazo... Vamos, lo justo para que me den una camita y un mando a distancia.

Pero, para descansar a gusto, me voy a un hospital público, ¡de gratis! Porque, según el dicho, «Quien paga descansa», pero quien no paga, descansa más.

Para empezar, en el hospital te puedes pegar todo el día en la cama. Vamos, que se enfadan si te levantas. ¡Y se respira una paz! Abres así los ojitos y todo lo más que oyes, son los quejidos del de la cama de al lado:

—Aaaaaaaah... Aaaaaaaah... Aaaaaaaah...

¡Si parece el sonido del mar! Y, además, como por mucho que se queje, nunca viene nadie...

¡Es el relax total!

Y por las mañanas, te traen el desayuno a la cama. ¡Y con unos detalles! Por ejemplo, sabes que no te vas a quemar con el café. Ya se preocupan ellos de que te llegue frío. Y con el bollo se esmeran: como no saben qué sabores te gustan, pues no le ponen ningún sabor, y así no se arriesgan. Además, ese bollo es fantástico, porque si no te gusta el café, tú metes el bollo dentro, y como está tan seco, se lo bebe él. Si es que está todo pensado.

¡Y es que en los hospitales... se come de puta madre! Pero no me refiero a la comida que te ponen ellos —ésa va directamente de la bandeja al váter sin pasar por mi cuerpo—, sino a la que te traen los colegas de estrangis. Claro, cuando la enfermera te pregunta:

—¿Qué tal la comida?

Tú le respondes:

—Estupendamente, señora, el jabugo estaba exquisito.

La tía se ríe creyendo que estás de cachondeo.

Y es que estar en un hospital sin tener nada serio es cojonudo. Están todo el día pendientes de tus necesidades: «¿Has dormido?»; «¿Has comido?»; «¿Has meado?». Y como no hayas meado... ¡te sondan! ¡Qué detalle! O sea, que si hace falta, entran ahí dentro a por la orina. Vamos, eso no te lo hacen ni en el mejor hotel de lujo.

Pero esto es porque a los médicos les encanta meter cosas en los orificios. Para mí que el ombligo es la huella de algo que nos quiso meter el pediatra por un sitio equivocado.

Además, en los hospitales todo el mundo te trata con mucho respeto. Para empezar, como tú estás en pijama, los médicos van en bata, para que no te sientas violento. Y cada mañana llega un grupito de médicos, te rodea y empiezan a preguntarte cosas y a tomar notas, que parece que estás dando una rueda de prensa. ¡Que te sientes como Mar Flores: todo el mundo interesado por lo que pasa en tu cama!

Ésa es otra cosa cojonuda: ¡la cama! Esa cama mecano... Que tiene posturas en las que nunca te vas a poner:

por ejemplo, esa postura en «V». ¿Para qué? ¿Para pintarte las uñas de los pies? ¡Esa cama es para hacer el kamasutra! Tener una cama de éstas y no usarla para el sexo es como tener una muñeca hinchable y usarla de flotador.

Otra cosa maravillosa del hospital público es que no tienes que aguantar allí a la familia todo el putó día. Enseguida viene la enfermera, los echa, y te quedas allí como Dios. Y por si algún plasta se empeña en quedarse a pasar la noche, ponen un sillón de skay, que al día siguiente le tienen que ingresar de cervicales. ¡Por eso se quiere quedar la gente, nos ha jodido! ¡Para que los ingresen! ¡Por pura envidia!

Y si te aburres, te vas al pasillo, que es el sitio de más ambiente del hospital: allí todo el mundo va con su pijamita del Insalud, arriba y abajo, como si fueran zombis. Que parece la

Pasarela Cibeles. Vamos, los que van con el tacataca y el gotero parece que lleven un modelo de Agatha Ruiz de la Prada.

Los hospitales son cojonudos. Aunque tengo que reconocer que me cuesta acostumbrarme a tanta comodidad. Si es que hasta te meten una cuña. Sí, una cuña... ese orinal futurista que te ponen para cagar tumbado.

No sé si lo han probado, pero es difícilísimo. Y a mí me gustaría aprender, porque debe de ser de un cómodo... No entiendo cómo por todos lados dan cursos de baile de salón y a nadie se le ha ocurrido organizar un máster para aprender a hacer esto. ¡Y es muy importante! ¡Requiere mucho talento! Cuando a alguien le den el Premio Príncipe de Asturias de las Ciencias deberían decirle:

—Mire, le vamos a entregar este premio, pero antes déjeme que le pregunte: ¿sabe usted cagar tumbado?

Pero si tuviera que elegir, lo mejor del hospital es el gotero. ¡Ah, el gotero, eso sí que es un invento! No entiendo por qué las cervecerías no copian el sistema. Podría ser como un teléfono manos libres, pero para beber cerveza. Vamos, que si lo ponen en el hospital, yo ya no saldría de allí.

Cuando te van a casar

El mes que viene tengo que ir a una boda y me da una pereza... Pero es el típico compromiso del que no me puedo escaquear, porque soy la novia.

Aunque mira, si no voy... tampoco pasa nada. Porque yo soy la novia, pero por lo visto la que se casa es mi madre. Lo está eligiendo ella todo... La fecha, la iglesia, el cura, el peinado, el vestido... Dice que para una cosa que me ha dejado elegir a mí, que me he lucido. ¡Sólo eso faltaba, que eligiera ella el novio...!

Pobre Paco, con lo bueno que es... Aunque últimamente, lo mataría... Ha sido decidir casarnos y estamos a bronca diaria. Antes... antes era maravilloso. Parecíamos un vídeo de karaoke. Bebíamos las Coca-Colas entrelazadas, corríamos por el parque a cámara lenta... Hasta hacíamos eso de perseguirnos alrededor de un tronco, asomándonos uno por cada lado, ¡una coordinación...! Si lo pilló ahora, le salgo por su lado y le meto un cabezazo... ¿Pues no quería poner la lista de bodas en una tienda de discos?

Bueno, ¿y para elegir la fecha?

—Mira, cariño, había pensado que el 14 de abril, que es domingo...

—Ah, no, no, que el domingo hay fútbol. No me mires así, cielo, no es por mí, yo no soy tan infantil. Es que si hay fútbol, mis amigos no van y si no van mis amigos yo tampoco voy... Por no hablar del día que fuimos a elegir el menú del banquete. Nos dice el tío:

—Miren, éste sale por diez mil pesetas.

—¿Sólo diez mil? ¿Con todos los que somos? Pues está muy bien.

—Cariño, diez mil el cubierto.

—¡Ah! ¿El cubierto? ¡Coño! Pues entonces la comida...

No, pero es que es para asustarse: te cobran por todo. Si hasta querían cobrarnos un suplemento por poner las fundas de las sillas a juego con el mantel. ¡Menudos mañosos...! Me imagino que «el padrino» lo pondrán ellos.

Pero la bronca definitiva fue a la hora de hacer la lista de invitados. Porque, claro, se nos puso en un montón de gente. Y yo le dije:

—Mira Paco, hay demasiada gente, hay que quitar. Mira, yo tacho a mi tía de Murcia, y tú, a tus dos primas de Algete y tu tío el de Bilbao.

—Sí, claro, yo quito tres, y tú uno, ¡qué lista!

—Es que mi tía come por tres, así que tachamos a los cuatro y estamos en paz...

—Ahora entiendo por qué al que se va a casar lo llaman novio: no-vio, no vio lo que se le venía encima.

¡Montamos una! Ahí es cuando mi madre aprovechó para tomar las riendas. Y ahora está haciendo lo que le da la gana.

Pero es muy lista, porque consigue que se haga todo lo que ella quiere, por medio del chantaje emocional:

—Sí, hija, ya sé que a ti te gusta la parroquia de san Juan, pero si te casaras en san Saturnino... me harías tan feliz... Sí, ese vestido es precioso, pero si tuviera cola, y las mangas de encaje, me harías tan feliz...

Yo creo que las madres casan a sus hijas como les hubiera gustado casarse a ellas si sus madres las hubieran dejado...

Y alguien tendrá que romper el círculo, digo yo.

Yo lo tengo muy claro, si algún día tengo una hija, va a hacer lo que ella quiera: se va a casar el 14 de abril que ella misma elija, en la parroquia de san Juan Bautista que a ella le guste, y con el vestido sin mangas y abotonado a la espalda que le dé la gana.

Cuando te enrollas con quien no debes

Dicen que los españoles hacemos poco el amor. Pues imagínense si encima descontásemos todas las veces que lo hemos hecho con quien no debíamos y después nos hemos arrepentido... Seguro que ahora se están acordando de alguien. Sí, sí, qué risa... Pero piensen que hay gente que ahora se está acordando de ustedes.

La causa principal por la que acabas acostándote con alguien que no te conviene es... el alcohol. Todo empieza cuando una noche te vas de fiesta, te tomas unas copas... y de repente empiezas a acordarte sin venir a cuento de un ex... Y te dices: «No pienso enrollarme nunca más con ningún tío. ¡Los hombres son todos unos cerdos...!».

Y esto es lo último que recuerdas. Por la mañana te despiertas, y ves a tu lado durmiendo a un señor calvo con coleta.

—Muy bien, calma. A lo mejor esto no es lo que parece.

Y efectivamente no es lo que parece. Es peor. En ese momento el tío se da la vuelta y te pregunta:

—¿Dónde están los otros tunos?

La única ventaja es que por lo menos a éste no lo vuelves a ver.

El problema es cuando, en un momento tonto, te enrollas con un amigo. Porque quien tiene un amigo, tendrá un tesoro, pero quien tiene un rollo con un amigo, tiene un marrón. Un día estáis viendo una peli en el sofá, como tantas veces, y de repente sin saber por qué, os quedáis mirando fijamente el uno al otro. Ese es el instante exacto en el que dices: «Vale, aún puedo elegir. ¿Doy el paso y la cago, o me quedo como estoy... y me hincho a chocolate?». Y al final dices: «¡Coño, Anabel, un poco de voluntad! Si cada vez que hay que elegir entre el ejercicio y el chocolate, eliges el chocolate, te vas a poner como una vaca...».

Lo que pasa con estos rollos es que el marrón es de efectos retardados... A la mañana siguiente te arrepientes porque piensas «He perdido un amigo a cambio sólo de doce orgasmos...», pero aún tienes esperanzas: «Nuestra amistad es superfuerte, no hay quien la hunda». ¡Ya, eso pensó Leonardo di Caprio antes de subir al Titánico! Y es que un polvo es a la amistad como un iceberg a un barco. En cuanto entra líquido por la grieta... eso se hunde. Luego hay gente a la que le da por enrollarse con los novios de los demás. Que aquí yo me cabreo: coño, si lo que te pone son los tíos comprometidos, ¡líate con un médico sin fronteras!

Puede que ninguno de ustedes se haya metido nunca en un lío de éstos. Porque no se han emborrachado nunca, no tienen amigos, pero... ¡un compañero de trabajo... tenemos todos! A no ser que seas farero. Y el problema de enrollarte con un compañero es que al día siguiente tienes que disimular las ojeras y el mapa de Australia que llevas en el cuello. Así que te pones la gabardina, unas gafas de sol, y apareces en la oficina disfrazada de Matías Prats, padre.

Bueno, si sólo es un día, logras salir del paso, pero... a veces, volvemos a tropezar con la misma piedra. ¡Es que hay piedras que están muy buenas!

Y si no te interesa que se sepa, porque la piedra está casada... o es cura, tienes que andarte con ojo. Os tenéis que inventar un lenguaje secreto para comunicaros en la oficina. Pero, claro, como ellos son tan poco sutiles, si quieres quedar con él y le dices:

—Carlos, hoy a las siete tenemos que repasar el balance...

Seguro que él te contesta:

—Vale, yo llevo los condones.

Y lo que tiene que ser terrible es enrollarse con el jefe. Aquí lo malo es que si no te satisface en la cama, no lo puedes denunciar a los sindicatos. Y tampoco lo puedes contar a la hora del café... Que allí están todas tus compañeras: «¿Habéis visto cómo marca paquete el jefe de

personal?». «¡No es paquete, es una hernia!». «¿Y sabéis que el conserje es eyaculador precoz?». «Pues será lo único que hace rápido...». Y a ti te gustaría soltar:

—¿Pues sabéis que el jefe cuando tiene un orgasmo se pone bizco?

Pero te aguantas y te callas... Y en ese momento otra salta:

—¿Sabéis que el jefe tiene sífilis?

Ahora, una cosa os aconsejo, chicas: por muy bien que os caiga, por muy cerca que viva, o por muy borrachas que vayáis, nunca os enrolléis con un príncipe heredero. Sí, porque... tú tienes una noche tonta, te lías con un príncipe, y luego ya no puedes volver a desfilas en ropa interior.

Cuando tu novia está buena

Lo voy a dejar con mi novia. Y me va a costar, ¿eh?, porque es inteligente, cariñosa, divertida... Pero es que tiene un defecto que no puedo soportar: está buenísima.

Con ella me pasa como con los relojes. Yo prefiero tener uno de propaganda de All Bran de Kelloggs que un Rolex de oro. Sí, porque con el de All Bran la gente puede pensar que voy estreñado, pero es que con el Rolex voy cagao. Estoy todo el día: «¿Y si me lo roban? ¿Y si me lo joden?». Pues lo mismo me pasa con mi novia: ¿Y si me la roban...? ¿Y si me la joden? Todo empezó una noche que estaba en la discoteca. De repente la vi y pensé: «¡Joder!». Sí, soy muy sincero: eso es lo que pensé: «¡Joder, parece mentira que esta chica y yo seamos de la misma especie! ¡Pero si a su lado yo parezco la rana Gustavo!».

Y la tía me mira y me guiña un ojo. Que yo pensé: «¡Qué pena, con lo buena que está y que tenga un tic!». Pero no, se me acercó con los ojos bien abiertos y me dijo:

—Hola, ¿estás solo?

Y yo:

—Hombre... solo, solo, lo que se dice solo... sí.

—¿Nos tomamos algo en la terraza?

Y ahí me dije: «Ah, bueno... Ya lo entiendo... ahora saldremos a la terraza, habrá una cámara oculta, y de detrás del ficus, saldrá Juan y Medio... "Inocente, inocente..." y me la cambiarán por Javivi».

Pero no. Nos pusimos a hablar, nos caímos bien y cuando nos despedimos me dice:

—¿Entonces me llamas mañana y vamos a tomar un café?

—Vale...

Un café te lo tomarás tú, porque yo me voy a tomar un Valium.

Al día siguiente, cuando me levanté y me miré al espejo, me preguntaba: «¿Qué habrá visto en mí que yo no veo? A lo mejor soy un intelectual, y no me he enterado. A lo mejor soy hijo de Julio Iglesias... ¿Intentará cobrarme?».

La cuestión es que nos hicimos novios. Al principio fiipaba: «Con dos cojones, Pablito... Si tú de cerca ganas mucho, lo que pasa es que nunca se te habían acercado...». Pero enseguida te das cuenta de que la cosa no es tan bonita: de entrada, tus amigos de siempre se convierten en «amigos-pívot». Sí, sí, «amigos-pívot»: están esperando un fallo tuyo para coger el rebote... y encestar ellos.

También te das cuenta de que no puedes salir a la calle con ella. Porque pasas por una obra, y es como si hubieran apretado un botón:

—¿Qué pasa, Blancanieves! ¿Dónde has dejado al resto de los enanitos que sólo vas con uno? ¡Mucho conejo pa' tan poca zanahoria!

Y aquí ya no aguantas más, se te sube la sangre a la cabeza, se te hincha la vena y... te pones a llorar.

Claro, ¿qué vas a hacer? ¿Encararte con quince tíos que están hartos de tirar tabiques?

Porque tampoco puedes razonar con ellos:

—Hagan el favor, que esta mujer tiene pareja y a lo mejor anda por aquí cerca...

Es que no puedo ni ir a la playa con ella. Porque cuando vamos paseando por la orilla, agarrados de la cintura... ¡parezco su flotador de patito!

Pero lo peor es cuando salimos de marcha. Es agotador, porque se tira toda la noche bailando y claro, tú con ella. No vas a dejarla allí sola, porque están todos los tíos alrededor:

«Grrruaaa, gruuaa...». Así que sigues bailando. Y, de pronto, empiezan a entrarte unas ganas terribles de mear. Y piensas «¿A esta tía no se le acaban nunca las pilas?». Pero nada, es como el conejito de Duracell: dura y dura y dura... Y te tienes que aguantar, porque miras al resto de los tíos y... dura y dura y dura...

Porque cuando mi novia entra en una discoteca, es como cuando el Rey entra en el Congreso: todos los miembros se ponen firmes.

Por todo esto yo me pregunto: ¿me compensa realmente salir con esta chica? Y ustedes dirán: «Hombre... está... el sexo...». Pues tampoco. Sepan ustedes que salir con una tía buena arruina tu vida sexual. Porque yo, antes de conocerla, aguantaba los diez minutos de rigor en la postura del misionero. Pero ahora, en cuanto ella se quita el sujetador, ni misionero ni leches, a mí sólo me da tiempo a decir «amén».

Y por todo esto estaba a punto de dejarlo. Pero, pensándolo bien, es tan inteligente, tan cariñosa, tan divertida... Vale, está muy buena... Pero oye, un defecto lo tiene cualquiera.

Qué hacer para conseguir que te dejen

Cuando empiezas a salir con alguien y te das cuenta de que la cosa ha dejado de tener gracia, lo mejor es terminar cuanto antes. Pero, ¿cómo hacerlo? ¿Qué es peor, dejar o que te dejen? Sobre esto hay muchas opiniones, pero yo pienso que es peor dejar, porque sufres lo mismo y encima quedas como la mala. Sus amigos dejan de hablarte y te sientes culpable. Así es que, llegado el caso, es mejor que tus amigos dejen de hablarle a él y que él se sienta culpable. El egoísmo bien entendido empieza por uno mismo. En definitiva es mejor ayudarlo a que te deje. Y así, todos contentos... menos él.

Lo primero que hay que hacer es agobiarlo. ¿Y qué entienden ellos por agobio? ¡El olor a compromiso! Aun hombre le agobia más el olor a compromiso que el olor a pies. Cualquiera de ellos puede estar seis meses metido en un submarino nuclear, y tan campante... pero como al llegar tú le digas:

—Cariño, ¡cuánto te he echado de menos!

Enseguida te dice:

—Oye, tía, que me estás agobiando... me vuelvo al submarino.

Ellos son así: les agobia que les presentes a tu familia y luego son capaces de pasarse dos días en la cola del Bernabéu...

Otra cosa que tienes que hacer si quieres que empiece a pensar que vuestra relación tiene menos futuro que un libro en la casa de Jesulín de Ubrique es incluir en vuestras conversaciones algunas palabras de esas que, en cuanto las escuchan, les sale sarpullido: novio, boda, mudanza, piso, mañana, madre... Y sobre todo niños. Y si puedes soltárselas todas a la vez, mejor que mejor:

—Ayer le dije a mi madre que no pensaba presentarle a mi novio hasta un mes antes de la boda, eso si no me da por hacer una mudanza e irme a tu piso mañana mismo, que entonces no me ve hasta que no tengamos el primer niño... Porque tendremos más de uno, ¿verdad...? Tú le dices esto y sale corriendo más deprisa que Ben Johnson dopado.

Si esto te falla, siempre puedes recurrir a los diminutivos cariñosos. Si se llama Rodrigo, cuando estéis en la discoteca con sus amigos, llámale Ro... ¡Verás qué risa! La misma risa que le entra a sus amigos le entra a él, ¡pero por los cojones...!

Y si aun así no reacciona... ¡Opina por él!

—Pues a Ro no le gusta el fútbol, dice que lo ve por vosotros... ¿Verdad, buñuelín?

¿Que también aguanta? Pues hazle bailar. No hay nada que le fastidie más a un tío que bailar con una chica cuando ya se la ha ligado... Bueno, sí, que tú te pongas a bailar... delante de él, salsa. ¡Hasta que os hagan corro!

Si después de esto no te deja inmediatamente, atácale en uno de sus puntos más débiles: la vanidad. Por ejemplo, a ellos les encanta que les regalen el oído y les digas cosas como: «¡Rodrigo, qué bien cortas el jamón!», «¡qué lonchas más finas...!», «¡si me las pego en las gafas puedo ver la televisión en 3-D!». Así es que lo que tienes que hacer es decirle cosas como «Oye, Ro... te han timado con el jamón, ¿eh? ¿Esto es jamón o Favonio?». Ahí lo has jodio... Ésta no te la perdona.

Lo tienes a punto de caramelo, sigue atacando su vanidad. Para los hombres es muy importante que tengas mucho sentido del humor. Pero para ellos eso no quiere decir que tú seas graciosa, sino que te rías de todas las gracias que haga él:

—Como siga subiendo la gasolina vamos a tener que comprarnos un ascensor... jo, jo, jo...

Y tú:

—Ji, ji, ji, ji, Ji-Y el tío:

—¿Sabes? Jo, jo... Como sube y sube... Pues un ascensor... Jo, jo, jo, jo, jo...

¡Se acabó reírle las gracias!

—Si sigue bajando el Aleti les vamos a tener que comprar un ascensor... Jo, jo, jo, jo...

Y tú con cara de Isabel San Sebastián:

—¿Tú, qué pasa? ¿Que todo lo solucionas con un ascensor o qué? ¿Qué eres, el botones Sacarino?

Un ataque así no lo aguanta ni Mike Tyson. Enseguida empezará con eso de: «Yo no te merezco...», «vamos a darnos un tiempo». Pero si ni siquiera por ésas se decide, entonces no te queda más remedio que sacar la artillería pesada: el sexo.

No hay cosa que asuste más a un hombre que las novedades en el sexo. Así es que cuando menos se lo espere, le sueltas:

—Ro, quiero que el sábado me hagas la purrusalda... pero bien, ¿eh?

Seguro que él te contesta:

—Ah, la purrusalda... ¡Purrusaldas a mí! ¡Prepárate!

Ahí lo has matado, porque un tío jamás admitirá que hay algo sobre sexo que él no sepa. Así que recurre a sus fuentes de información: Internet. Y se pone a chatear desesperado.

«¿Alguien sabe lo que es la purrusalda...?». Y como los de Internet se tiran mucho el rollo, le contestan: «Es un baile parecido a la sardana»; y otro: «Es una sopa rara que se hace con calabacines»; y otro más: «Son unas hierbas laxantes...». Y el tío piensa: «¿Y qué le hago yo a esta tía...?».

Llegados a este punto, lo normal es que el tío desaparezca y te mande una postal desde la Patagonia.

Pero si a pesar de todo acude a la cita... Chica, quédate con él, porque un tío que no es vanidoso, que es capaz de conocer a tu madre, de escuchar la palabra niño, de bailar salsa, de dejarse llamar buñuelín y que te hace la purrusalda... ¡Es un ejemplar único!

Relaciones a distancia

¿Saben quién es para mí el tío que más daño ha hecho en el mundo a las parejas? El señor Erasmus. Sí, el cabrón este que en cuanto ve que te echas novia, va y le da una beca para que se vaya a estudiar al extranjero. ¡Qué manía de irse a estudiar fuera! Un día llega tu novia toda feliz y te dice:

—Cariño, ha sucedido algo maravilloso.

Y tú, ilusionado:

—¿Se van tus padres el fin de semana?

—No, mucho mejor: ¡me voy yo un año a Estados Unidos! ¡Me han dado una beca!

Y te quedas jodido:

—¿A Estados Unidos...?

¿Pero qué se le ha perdido a ésta en Estados Unidos? Y, además, aunque se le haya perdido algo... con lo grande que es Estados Unidos no lo va a encontrar.

Acabas de empezar una relación a distancia. Al principio, os llamáis cada día. Veinte veces. Esta etapa dura exactamente hasta que tu padre recibe la primera factura de teléfono. Un consejo: si te vas a echar novia a distancia, compra acciones de Telefónica porque por lo menos algo recuperarás.

Así que, a partir de ese momento, ya tienes plan para los domingos por la tarde: hacer cola en la cabina.

Porque siempre hay un tipo dentro... Que cuando ya lleva hora y media metido en la cabina, piensas: «¡Coño!, ¿a ver si este tío es José Luis López Vázquez?». Y por fin entras en la cabina, y cuando hablas con tu chica, notas que tiene la voz cambiada, como si le hubiera salido frenillo.

—Ayer fuimos a tomar un chicken y un wopa al Rockefeller senta.

Y al salir de la cabina tu amiguete te pregunta:

—¿Qué te ha dicho?

Y tú:

—No sé qué... de una chica muy guapa sentá en una roca... Para mí que ésta se ha ido a Lourdes.

Y además las conversaciones con ella son muy dolo-rosas. Porque hay un ligero contraste: ella no para de contarte cosas superemocionantes:

—Pues ayer estuve en la segunda piscina más grande del mundo.

Y tú:

—Pues... yo... no. Yo quedé con Emiliano.

—Y entre todos los chicos me tiraron desde el trampolín, ¡más brutos!

Y aquí ya te cabreas:

—¿Ah, sí? Pues ¿te acuerdas de que, cuando te miste, Emiliano sólo llegaba a la «ñ»? Pues ahora ya dice el alfabeto entero con eructos. ¡Ése sí que es bruto!

Al principio, cualquier cosa que salga en la tele sobre EE UU te interesa. Da igual que ella se haya ido a Carboneil, Illinois, que si hay un incendio en Alaska, tú no te lo pierdes, a ver si la ves. Si echan la final de la Super Bowl, la buscas entre el público... Doscientas mil personas. Bueno, y si sale un reportaje sobre las peregrinaciones a Lourdes, también la buscas, por si las moscas.

El otro gran medio de comunicación es el correo. Estás todo el día escribiéndole. Sólo aquel que haya tenido una relación a distancia puede responder a esta pregunta: ¿cuántas veces es posible pasar a limpio una carta? Le escribes tanto que llega un día en el que sólo le puedes poner: «Hola Carolina, te contaré lo que hice ayer, pero es que ayer estuve todo el día escribiéndote».

Y después, a la hora de mandarla, haces un truco muy cutre: pones un sello normal y luego escribes a boli «URGENTE», a ver si cuela.

Y cuando a ti te llega una carta suya, te pasa una cosa muy absurda. ¡No la quieres leer! Te encierras en tu cuarto. Coges el sobre, lo miras al trasluz... lo hueles, lo palpas para ver si viene gordito... Esto lo haces porque sabes que te va a pasar como cuando vas a un restaurante chino... Que te lo vas a pasar muy bien leyendo la carta... pero luego seguro que te quedas con hambre.

Al final te decides y lees: «¡No te lo vas a creer! Ayer estuve en la segunda piscina más grande del mundo. Y los chicos me tiraron desde el trampolín, ¡más brutos...!». Ése es el problema. Que como habláis tanto por teléfono, cuando te llegan las cartas, las noticias están desfasadas. Es como pretender que cada verano te sorprenda la muerte de Chanquete.

Pero no importa... Después de leer su carta, te pones romántico y te sales a la ventana a ver la Luna... y piensas: «Bueno, al menos ahora mismo estaremos viendo la misma Luna». Pues tampoco, imbécil. ¿No ves que está en EE UU? Cuando tú estás mirando la Luna como un gilipollas, ella está tostándose al sol, en la segunda piscina más grande del mundo.

Y así vais tirando, hasta que de repente empiezas a notar que hay un nombre que se repite con demasiada frecuencia en sus cartas: «He conocido a un chico de Grecia, que se llama Nikolakis...»; «El otro día Nikolakis me invitó a cenar musaka...»; «Te va a caer superbién Nikolakis ¡Ronca igual que tú!».

Y, claro, te vas corriendo a revisar las fotos que te ha mandado, para intentar descubrir quién es el tal Nikolakis. Y enseguida lo descubres. Es el que le está tocando el culo... en la segunda piscina más grande del mundo.

Pero aun así te engañas a ti mismo: «No, hombre... con el griego éste... no se va a enrollar. ¡Irte a EE UU y enrollarte con un griego es como irte a Lugo a comer paella!». Pues se comió la paella. Pero con langostino y todo, ¿eh?

Yo creo que en España, además del tren, debería haber otro AVE: «Asociación de Víctimas de Erasmus». El problema es que la sede tendría que tener... unas puertas muy altas.

Así que si mañana tu novia te dice que le han dado una beca para estudiar fuera, que sepas qué vas a ser tú: el segundo cornudo más grande del mundo.

Revistas femeninas

¿Se han fijado en que una tía nunca te dice: «Baja la basura»? No, porque no la bajarías. Lo que hace es decir: «¿Hemos bajado la basura...?». Y entonces la bajas como un zombi. Tampoco te dice: «Tienes que desatascar el lavabo...». Ella deja caer: «Deberíamos desatascar el lavabo...». Y ahí vas tú, corriendo al bote sifónico a sacar la melena del león de Ángel Cristo... ¡Y así lo dicen todo! «Tenemos que sacar al perro»; «Tenemos que pintar el balcón». Lo que no entiendo es por qué no aplican esto a todo y dicen: «Nos hemos meado fuera de la taza...».

Yo me preguntaba: «Y las tías... ¿Dónde aprenderán todas estas cosas?». Pues ya lo he descubierto: en las revistas femeninas.

¿Ustedes han visto los consejos que dan en esas revistas? Parece que los ha escrito Pinochet: «Aprende a ser mala»; «Cómo conseguir lo que quieras de tu pareja»; «Siete claves para que tu hombre pierda la cabeza». ¡Joder! ¡Tú tan tranquilo leyendo el As y ella aprendiendo a arrancarte la cabeza como a un langostino!

¡Es que estamos alelados! Mientras nosotros leemos «Leganés dos, Numancia cero», ellas están leyendo «Siete consejos para seducir al novio de tu hermana». ¡Es que no hay color...! Por eso yo ahora, del As, sólo me leo la información del Dépor y el resto de mi capacidad intelectual la dedico a las revistas de mujeres.

Está claro que esto es un complot para manejarnos y la prueba es que estas revistas están escritas en clave. Y si no, díganme qué coño quiere decir: «No salgas de casa sin tus mules de strass con tacón chupete combinados con un denim de tived». ¿Alguien entiende algo? ¿Mules de strass? ¿Tacón chupete? ¿Qué nos quieren hacer con un chupete por destrás? Luego ellas dicen que son zapatos... Ya, ya, zapatos...

Pero hay más. Abajo pone: «Top de crepé con vivo en crudo». Que aquí ya te acojonas: está claro que el vivo eres tú, y que te van a comer crudo en un crepé... ¡De puta madre...! Claro, que ellas, para disimular, dicen que esto es moda... Sí, sí... moda... Entonces, ¿un jersey de lana?, ¿qué es? ¿El silencio de los corderos?

En este tipo de revistas, todo lleva la coletilla «la pasión». «Cocina para provocar la pasión»; «Depilación por láser para aumentar la pasión»; y el mejor: «Horóscopo... de la pasión», donde se leen cosas como: «Virgo, si quieres seducir al novio de tu hermana, mírale como si se lo fueras a dar todo... y luego... no le des nada». ¡Hace falta ser retorcida...! Coño, Virgo: si le quieres hacer sufrir, ¡mándale un matón que le rompa las piernas, pero no le hagas eso! ¿Y los test? ¿Qué me dicen de los tests? Que es muy fuerte, se pasan toda la revista enseñándoles a ligarse al novio de su hermana y luego les ponen un test titulado: «¿Eres buena gente?». Claro, esto lo hacen para que no se sientan culpables después de manipularnos. Pero también lo tienen controlado, porque este tipo de tests ya lo puede hacer Margaret Thatcher, que siempre le saldrá que es más buena que Michael Landon en la comunión de Heidi.

Primera pregunta: «¿Si te encuentras con un anciano herido, qué haces?: A) ¿Lo llevas a un hospital e intentas reconfortarlo? B) ¿Escupes en sus heridas y llamas a tus amigos para reíros de él?». Y luego dice: «Si has elegido B, necesitas esforzarte un poco en tus relaciones con los demás». Ya... ¿y si te tiras al novio de tu hermana no?

Estas revistas actúan como un entrenador de fútbol explicando la táctica para dominar absolutamente al contrario, sólo que utilizan lenguajes distintos. Un entrenador de fútbol diría: «Venga, chavales, con dos cojones, salid ahí a coméroslo todo...». Y en las revistas de mujeres lo que dicen es: «Cómo hacerle una felación inolvidable»; «Cómo volverle loco en la cama». ¿Que cómo volvernos locos en la cama? Pues está claro, ¿no? ¡Haciéndonos una felación inolvidable!

Visto lo visto, los hombres tenemos menos futuro que una tetera sin asas. Así es que se imponen unas revistas masculinas que nos orienten, pero no como las que hay, que sólo tratan temas como: «Cómprate una moto de agua»; «Cómo sacarle partido a tu agenda electrónica»... Nada de eso, ¡lo que queremos son consultorios sentimentales como el de la psicóloga Consuelo Herrado! Que esto es pa' verlo... «Consuelo: soy una Piséis de veintitrés años, y estoy perdidamente enamorada de mi profesor de aeróbic. El problema es que me lleva veinte años, tiene pareja estable, es mormón, vive la mitad del año en Chipre, y es homosexual. ¿Qué puedo hacer?». Esto se lo preguntas a un tío y te dice: «¿Que qué puedes hacer? Pues está muy claro: nada».

Pero en estas revistas no... En estas revistas tienen respuestas para todo: «Querida Piséis: aparentemente tu problema tiene una solución difícil, es verdad que su homosexualidad puede ser un obstáculo para vuestra relación... Pero no hay nada imposible para una chica Cosmo. Lo de la pareja estable lo puedes solucionar... haciéndole una felación inolvidable. Para hacerle olvidar sus creencias religiosas y esa afición a viajar a Chipre, te recomiendo... una felatio inolvidable. Y para salvar el obstáculo de su homosexualidad... ya te imaginas lo que te voy a recomendar... En cualquier caso, si todo esto falla, lígate al novio de su hermana haciéndole una felatio inolvidable. Te recuerdo que nuestro artículo "Cómo hacerle una felatio inolvidable" apareció en nuestro especial de Navidad. ¡A por ellos, Piséis!».

Cómo saber si tiene pareja

El otro día descubrí que tengo un vecino que está buenísimo. Y, cuando lo vi, pensé lo mismo que cuando te encuentras un calcetín suelto en la lavadora: «Seguro que su pareja tiene que estar en alguna parte».

Sí, porque sólo hay una etapa en la vida de una chica en la que sabe que todos los tíos que la rodean están disponibles: la guardería.

A partir de ese momento, hay que aprender a detectar si un tío tiene pareja o no. Yo creo que para no meter la pata, las personas deberían llevar un cartelito delante... bueno, y por si lo único que le ves es el culo, otro detrás... como las matrículas de los coches: «Alejandro Sanz: casado»; «Príncipe de Asturias: soltero»; «Conde Lequio... vehículo longo».

Pero como no lo llevan, una tiene que estar atenta a las pistas. Por ejemplo: la máquina de condones de una discoteca. Si el tío va decidido, mete la pasta, aprieta el botón, ¡zas, zum! y saca el condón; está claro, tiene pareja. Bueno, tiene pareja o tiene más moral que el ginecólogo de la Nancy. Sin embargo, sabes que no tiene pareja si el tío saca la moneda... mira la máquina... mira a una tía buena... se mira a sí mismo, mira la moneda... y se va a la barra y se pide una copa.

Otra forma de saber que un tío no tiene pareja es si lleva el polo con esas marquitas de recién comprado. Yo creo que los tíos deben de pensar: «Total, nunca va a estar tan bien planchado como hoy». Bueno, y si además lleva el cuello levantado, ni tiene pareja, ni amigos ni nadie que le diga: «Bájate eso, anda».

Otro dato que parece muy claro: si lleva anillo, tiene pareja. Y si no, no. Pero, cuidado: hay que fijarse bien, porque puede que no lleve anillo, pero que lleve la marca del sol en el dedo y, en ese caso, no sólo tiene pareja sino que el muy cabrón está intentando ocultarlo. Aunque hay algunos que tienen salida para todo. Yo una vez pillé a uno de éstos y le dije:

—Oye, ¿y esa marquita que tienes en el dedo?

—Pues... esto... Es que soy campeón del mundo de yoyó.

Bueno, y ya hilando fino: si un tío lleva mechas rubias tiene pareja... y además es peluquera... La pareja... ¡Ella!

Ahora, donde está más claro quién tiene pareja y quién no, es en un partido de solteros contra casados: los casados son los que sudan, jadean y se lesionan. Y los solteros son... los que ganan.

Y luego hay una forma de averiguar si alguien tiene pareja que vale tanto para hombres como para mujeres: el cine. Si un tío ha visto *El diario de Bridget Jones* es que tiene pareja. Igual que si una tía ha visto todas las de Rambo. Bueno, y si además la chica distingue entre la uno y la tres, la relación es muuuy estable.

Sí, porque también hay pistas que revelan si nosotras estamos libres. Lo que pasa es que los tíos no se fijan. Por ejemplo: si una tía tiene un coche grande, es que no tiene pareja... Si la tuviera, el coche grande lo tendría él. O, por ejemplo: en una despedida de soltera, se sabe que la chica tiene pareja, si es la que lleva la picha en la cabeza. ¡Si es que no se dan cuenta!

Y ahora voy a revelar un secreto. El dato definitivo para saber si una chica tiene pareja: cuando una mujer lleva las ingles depiladas... es que tiene pareja... Sí, porque cuando no tienes perspectivas de sexo, pues... te vas dejando estar... ¿Cómo diría yo? Te... asilvestras. Vas por ahí... como un tejón. Así que, si os da vergüenza preguntarle a una chica si tiene novio, basta con que le preguntéis:

—Oye, ¿tú llevas las ingles depiladas?

El caso es que yo empecé a investigar a mi vecino para tratar de adivinar si tenía o no pareja. La semana pasada, sin ir más lejos, me lo encontré en la panadería por casualidad... Sí, dio la casualidad de que después de esperarlo dos horas, apareció por allí. Y pensé: «Voy a fijarme a ver qué pide». Porque según lo que un hombre pide en la panadería, se puede saber si vive

con alguien. Si pide sólo media barra, es que no tiene pareja. Si pide dos barras es que sí tiene pareja. Y ya si pide una hogaza, es que tiene pareja, dos niños, y viene la suegra a comer.

Bueno, eso, o es que cría gallinas.

Total, que al final, va el tío y dice:

—Me da... un paquete de pan Bimbo.

Eso me desarmó. ¿Pan Bimbo? ¿Y esto qué significa, que es el fresco del barrio? Es que no hay nada tan ambiguo como el pan Bimbo. Porque puede estar tan soltero que se alimenta de sandwiches, o tan casado que tiene que preparar la merienda de los niños. ¡O que tiene las gallinas más pijas del mundo!

Y, claro, para salir de dudas, tuve que seguirlo hasta el quiosco, a ver qué pedía allí. Y veo que coge el Muy Interesante. «Especial: Cómo clonar un mejillón.» ¡Vale, eso es que no tiene pareja! Sí, porque si eso le parece muy interesante, su vida tiene que ser un asco. Pero cuando ya estaba a punto de atacarle, suelta: —Y el coleccionable de punto de cruz. Ahí me hizo dudar... Pero como tenía tantas ganas de que estuviera soltero, me engañé a mí misma. Bueno... eso no significa que esté casado, la costura es un hobby como otro cualquiera:

Vittorio y Lucchino también se comprarían esta revista, y no están casados...

Y, por fin, el sábado por la noche, estaba yo de fiesta y de repente, ¡chas!, lo veo. En medio de la pista, bailando con una chica. Y dije: «¡Bieeen! Ya está: no tiene pareja». Sí, porque hay una regla inquebrantable de la naturaleza: Un hombre sólo baila con una chica hasta que se la liga. Después se le van las ganas.

Pero lo que me convenció de que estaba libre es que no tenía un gramo de grasa. Y es que los hombres tienen una manía: que en cuanto tienen pareja, se dejan barriga. Y éste tenía unos abdominales que se podía rallar queso encima. Así que me dije: «Venga. Llevo toda la semana recopilando información sobre él. Sé lo bastante como para ligármelo». Total, que me acerqué.

—¡Hola!

Y él:

—Hola... Oye, me suena tu cara. ¿No te he visto antes por aquí?

—¿Por aquí? Me extraña... porque yo los sábados... no suelo salir... Para mí, un sábado ideal es quedarme en casa haciendo punto de cruz, comiendo pan Bimbo y ¿cuidando a mis gallinas?

Y a lo mejor no se lo creen, pero me lo ligué. Y fue maravilloso, los dos juntos éramos una fuerza de la naturaleza: él, desnudo, con su terso estómago de hombre libre, y yo silvestre... como un tejón.

Tonterías de la Historia

A mí me gusta mucho leer Historia, porque leer Historia es igual que leer el Hola, pero los números atrasados. La mayoría de la gente piensa que pasar a la Historia es muy difícil. Y ¡qué va...! En realidad es más fácil que ser portada en el Diez minutos. De hecho, la mayoría de la gente que figura en los libros de Historia es por hacer el idiota.

Los egipcios por ejemplo... Estos tíos pasaron a la Historia porque construían las pirámides trayendo unas rocas enormes desde cientos de kilómetros... Vamos a ver: ¿no hubiera sido más fácil hacer las pirámides donde estaban las piedras?

Además, ¿para qué sirve una pirámide? ¿Qué sentido tiene construir una montaña cuando ya las hay hechas?

Y es que la idiotez humana no tiene límite. ¿Qué me dicen de la guerra de Troya? Una guerra que empieza por unos cuernos y termina porque el enemigo le regala a los otros un caballo de madera... ¿Se imaginan el momento?

—Oiga jefe, que los griegos nos quieren regalar un caballo de madera...

ni

—Ah bueno, pues poníó en la plaza, a caballo regalado no le mires el vientre.

Y los griegos desde dentro:

—¡Ya no estamos...! ¡Nos hemos ido...!

Pero, bueno, ¿serán gilipollas los troyanos? ¿Cómo no se dieron cuenta de que el caballo era como un huevo Kinder? Sí: era un juguete, era algo nuevo, y llevaba una sorpresa dentro...

La única diferencia era que en vez de chocolate... ¡era caballo!

Y luego están los romanos, que para un imperio que tenían se les cayó. Claro, ¿qué se puede esperar de un pueblo cuyo personaje más importante, Julio César, es un tío que llevaba una rama de laurel en la cabeza, como Paco Porras?

Fijaos si eran idiotas que inventan los números romanos y luego no los usan. Porque todos los reyes tienen números romanos menos los romanos: Alfonso X, Luis XVI, Juan Carlos I... y, sin embargo, ellos se llamaban Marco Aurelio, Octavio Augusto, Julio César... ¡Coño! ¡Si más que emperadores parecen futbolistas brasileños!

Hasta los árabes, que inventaron los números árabes, o sea, los normales, llevan números romanos: Abderramán I, Abderramán II, Abderramán III... que, por cierto, ¡qué manía con llamarse Abderramán!

Aunque más idiota todavía era lo de los motes: a un tío que da un cuchillo a los enemigos para que maten a su hijo, le llaman Guzmán el Bueno. Pues si éste era el bueno, ¿qué hacía Pedro I el Cruel? ¿Hamburguesas de vacas locas?

O el conde-duque de Olivares... ¿En qué quedamos? ¿O conde, o duque? Esas dudas mosquean. Es como decir camarón-centollo... Mire usted: o camarón, o centollo, ¡aclárese con el marisco!

Porque por cosas más pequeñas se monta una guerra, y luego a ver quién la para, que ésa es otra. Va una guerra y dura treinta años... y, ¡zas!, los tíos la llaman la Guerra de los Treinta Años. Otra dura cien... ¡zas!, y la llaman la Guerra de los Cien Años... Claro que, seguramente, los que la sufrieran le irían cambiando el nombre año tras año... en plan:

—Pues estamos en la guerra de los cincuenta y cuatro años... y esto va para largo.

Y cuando llegaron a los cien dijeron:

—Oye, vamos a hacer las paces rapidito que ya tenemos un número redondo.

¿Pero quién le ponía los nombres a las guerras? Otro idiota: las Guerras Médicas... ¿Qué pasa, que se lanzaban jeringuillas? ¿Y la Guerra del Opio? Ésa sí que tuvo que ser divertida, todos colocaos...

—Está guay esta guerra, ¿eh?... Yo me voy a reenganchar.

A la Historia también se puede pasar porque tu madre te pegue la bronca, como Boabdil el Chico, que perdió Granada y su madre lo puso a caldo:

—Llora como mujer lo que no has sabido defender como hombre...

Un momento, un momento. ¿Eso es lo que diría una madre? Yo no me lo creo... las madres no hablan así; lo normal es que le dijera:

—Mira que te lo dije, Boabdil: «Que vas a perder Granada... que vas a perder Granada...», y tú, ni caso. ¡Un día de éstos vas a perder la cabeza y no te vas a dar ni cuenta!

Pero si hablamos de idiotas que han pasado a la Historia, el que se lleva la palma es Cristóbal Colón. Un tío que descubrió América... pero por equivocación. ¡Porque él iba a la India!

Llega el tal Colón, más chulo que un ocho, y le dice a los Reyes Católicos:

—Miren, yo voy a ir a la India al revés que todo el mundo.

O sea, que el tío, ya en aquella época, tenía la misma obsesión que todos los hombres: buscar atajos.

Pero como todos los tontos tienen suerte, Colón encontró a dos que eran más tontos que él: los Reyes Católicos. Para convencerlos de que la Tierra era redonda se sacó un huevo y lo plantó encima de la mesa... E Isabel la Católica dijo:

—Hombre, Colón, si eres capaz de hacer eso con un huevo, está claro que la Tierra es redonda...

Colón, además de idiota, era cabezón. Se empeñó en que había llegado a la India y no había quien le quitara la idea...

—Ya hemos llegado, esto es la India... Si ya decía yo que por aquí era más corto...

Y los indígenas:

—Que no, que somos americanos... Fritos, ketchup, silla eléctrica...

Vamos, no le convencieron ni a la hora de cenar:

—Hamburguesa muy hecha, poco hecha o al punto... Patatas fritas o asadas...

Y Colón dijo:

—¿Patata...? ¿Eso qué es?

—Patata, eso que se dice siempre cuando te van a hacer una foto...

Pues ni aun así: el tío era tan cerrado que se trajo las patatas, pero a ellos les siguió llamando indios.

En fin, que hay gente que ha pasado a la Historia por las cosas más increíbles: Van Gogh por cortarse una oreja, Marco Polo por irse a la China y traer los petardos,

Pilatos por lavarse las manos y Gandhi por dejar de comer, como las modelos...

No se extrañen de que dentro de cien años la gente que pase a la Historia sea la que ahora sale en la portada del Diez minutos.

La canción del verano

La gente se cree que la unificación de España la hicieron los Reyes Católicos ;Qué error más craso! La unificación de España la está consiguiendo King África. Me explico: tú entras en un bar y ves que aquello está que arde:

—Pues el Príncipe se tendrá que casar con quien le toque...Y punto.

—Tío, tú eres gilipollas, el Príncipe que se case con quien le dé la gana.

Y el otro:

—¡Eso! ¿Y si le da por casarse con Aramis Fuster? ¡A ver cómo metes esa cabeza en un sello!

Y cuando parece que se van a atizar, de repente suena: «¡¡¡Boooooooooomba!!!». Y fin de la discusión... Todo el mundo bailando. Vamos, yo estoy seguro de que de repente suena en el Congreso «Bailarrrrr, bailarrrrr, bailarrrrr» y hasta Arzalluz y Mayor Oreja se ponen a hacer el peruano.

Yo creo que las canciones del verano tienen tanto éxito porque con el verano se reblandecen las cabezas y aguantamos un tipo de canciones que no soportaríamos en otra época del año. Ponte tú a cantar la Macarena en Semana Santa. Es que no pega: «Dale a tu cuerpo alegría nazareno, eiiiiiiii nazareno ¡¡¡¡¡amén!!!».

La verdad es que con todos los cerebros reblandecidos es muy fácil hacer una canción del verano, sólo hay que cumplir cinco reglas. La primera es coger una palabra cualquiera y repetirla muchas veces... «Chocolate, chocolate, chocolate choco pum... de canela, de canela, de canela de ca pum.» No me negarán que esto es fácil. Porque, digo yo: ¿cuánto se puede tardar en escribir «El chiringuito, el chiringuito, el chiringuito, el chiringuito...»? A lo mejor en el primer «chiringuito» tardas seis horas... Pero después la cosa va rodada.

Bueno, y si encima no se entiende lo que dices, éxito seguro... «Uka, chaka, uka uka, uka, chaka...» O la de El Puma: «Numeran, numeran, viva la numeración...». ¡Pues vale! O esa otra que dice: «Guachi meri counson, chupi pa' ti, chupi pa' mí... ¡Sopa de caracol!».

¿Chu-pi... pa' ti, chupi... pa' mí? Esto tiene que ser un sesenta y nueve...

Sesenta y nueve... Ahora entiendo por qué El Puma dice «viva la numeración»... ¡El muy guarro!

Y, hablando de El Puma, la segunda regla: Una buena canción del verano tiene que tener animal: el tiburón, el gorila, los pajaritos... la lambada. ¡Sí, la lambada! Vale, la lambada no es un animal, pero bailándola te ponías hecho un burro. Y, además... la lambada en el título tiene la letra «b», que esto es otra cosa que ayuda mucho a que la canción sea un éxito: el cumbo, el mambo, el bimbó, la bamba, la bomba... El venao, todas con «b».

La regla número tres: Tiene que tener baile. Pero, ¡cuidado! Como la gente con el calor está medio atonta y tiene la cabeza fofa, los bailes tienen que estar muy bien explicados:

«Izquierda, izquierda, derecha, derecha, delante, detrás, un, dos, tres». ¡Toma ya! Y Nacho Duato matándose a hacer coreografías para esto.

O esta otra: «Una mané en la orejé y la otra mané en la rodillé de tu compañera»; y luego dicen: «... que lo baile, que lo baile...». Pero, ¿cómo lo voy a bailar si parezco el Gemika?

Claro, que para baile, el de la Macarena, que hasta Clinton lo utilizó en su campaña electoral... Aunque yo creo que la Macarena no triunfó por el baile, sino por el grito «¡Aaaaá!». Ese grito sacaba al gárrulo que todos llevamos dentro, fue un regreso a Atapuerca. El grito de la Macarena se convirtió en un mantra. ¿Se acuerdan de aquella época? La gente se miraba y hacía «¡Aaaaá!». Ricos y pobres se miraban y «¡Aaaaá!». Monica Lewinsky entraba en el despacho oval y... «¡Aaaaá...!». Yo es que soy fan de Monica Lewinsky, me gusta todo lo que hace...

Y la quinta regla es que suene a todas horas por la radio... Que pongas la emisora que pongas no se oiga otra cosa, que parece que han dado un golpe de Estado.

Otra forma de comprobar que ésa es la canción del verano es pillarle mucha manía y luego sorprenderte a ti mismo tarareándola mientras estás... yo qué sé, operando a un paciente. La enfermera te dice:

—¡Doctor, que se nos va! ¿Qué piensa hacer?

Y tú:

—¿Yo? «Baila, baila, bailando va, baila, baila bailando ¡eh!>>».

Pero, sobre todo, la canción del verano tiene que ser en castellano. Porque Georgie Dann, que es francés, canta en castellano. Rafaella Carra, que es italiana, canta en castellano. Y King África, ¿qué es...? ¿De dónde coño es King África? Bueno, da igual, pero canta en castellano...

Si es que el idioma lo pone a huevo. ¿A ver en qué otro idioma rima calor con amor, playa con toalla y orilla con sombrilla? En ninguno. Por ejemplo, playa en noruego es fiordo. ¿A ver quién tiene cojones de rimar fiordo con toalla?

Aprendiendo idiomas

Yo no sé hablar inglés. Pero, eso sí, hablo perfectamente el guachimeri... Como todos ustedes... ¿Quién no se sabe la canción de las Spice Girls?: «Guachimeriguón, guachimeri, meri guón...». O la de Thriller: «Thriller, thriller night, guachimeri meri, meri, meri, meri, meri guón...».

Sabemos que esto no es inglés, pero disimulamos... Y, ¿por qué? Pues porque casi todos hemos fracasado intentando aprenderlo.

Yo creo que España es un punto negro, como el triángulo de las Bermudas, en el que por una razón misteriosa es imposible aprender idiomas. Como es imposible que la gente sea puntual o que hablemos en voz baja... Idiosincrasia que se llama.

El caso es que hay que aprender inglés porque el inglés es el idioma de moda. Como antes era el francés... Casi todos los idiomas han estado alguna vez de moda... El italiano, el alemán, hasta el ruso... Todos menos el portugués. ¿Han visto algún anuncio de trabajo que diga: «Imprescindible portugués»?

Yo empecé a estudiar inglés como empieza todo el mundo, con fascículos. ¿Quién no ha intentado aprender inglés con una colección de fascículos? Que compres los dos primeros y aprendes a decir Monday, o sea, lunes, luego se te pasan el tercer y el cuarto fascículos, y cuando te compras el quinto, ya van por el Sunday... que dices:

—¡Coño!, ¿ya es domingo? ¡Qué corta es la semana inglesa!

Además te dicen que tienes un tutor nativo, permanente. Ya, ya, permanente... ¿Y dónde estaba cuando le llamé a las cinco de la mañana para que me dijera cómo se decía en inglés: «¡Como me sigas tocando el culo, te parto las piernas, cara gamba!»? ¡Que hay que ver cómo me dejó aquel marine americano!

Y, por cierto, ¿se han fijado que todo lo que tiene que ver con el sexo tiene nombre de idiomas? Un francés, una cubana, un griego... pero, ¿a que no hay un portugués? ¿Qué sería un portugués? Un polvo rápido entre el primer y el segundo tiempo del partido...

Bueno, que me estoy liando...

En vista de que con los fascículos no aprendía, me apunté a una academia de esas que te prometen que vas a aprender inglés en un mes... o en menos, ¡y sin estudiar! Que yo pensé, ¡será por hipnosis!

Y entré en la clase donde estaba el nativo... y me dijo en español:

—Hola Nurio, bienvenidas a tus clase de ingles...

Que dije: «¡Joder! ¡Como aprenda inglés como este tío sabe castellano, voy jodida!».

Porque, claro, quién te asegura que ese tío habla bien el inglés... ¡si tú no sabes! Te tienes que creer lo que te diga el profesor, y si te toca uno con mala leche estás perdido... Fíjense en el que tienen los chinos... que les enseña a todos a hablar español con la «1»: «lolito de plimavela», «aloz tles delicias»...

En España no aprendemos idiomas ni con los métodos más modernos... Ahora en las academias han metido ordenadores. Tú tienes unos cascos y un micrófono, y tienes que repetir: «Helio, Mr. Peter; helio, Mr. Joseph, this is my house». ¿Pero cómo vamos a aprender así? ¿Se imaginan a los ingleses aprendiendo castellano por este método? «Hola don Pepito, hola don José, ¿pasó usted por mi casa? Por su casa yo pasé...».

Para mí, esto de las academias es el cuarto misterio de Fátima. Vamos a ver: si nadie aprende y de verdad devuelven el dinero como dicen, ¿de qué viven?

Pero lo que demuestra que España es un agujero negro para los idiomas es que ni los que vienen de fuera consiguen aprender español. Fíjense en Michael Robinson. ¿En qué idioma habla Michael Robinson? ¿Y Rafaella Carra? ¿Alguien entiende a Rafaella Carra? ¿Y esto

les ha impedido tener éxito aquí? No... ¡Porque todo el mundo asume que aprender idiomas en España es imposible!

¿Y la reina Sofía? ¿Alguien sabe quién ha sido el profesor de español de la reina Sofía?

¡¡Que le devuelvan el dinero!!

Pero el caso más sangrante es el de Gunilla. ¿Cuántos años lleva viviendo en España? Claro, que su ex marido es español y tampoco se le entiende...

Pues esto es lo que nos pasa.

Sin embargo, nos siguen exigiendo idiomas para todo. Y, claro, la gente miente... Aquí es más fácil que una persona admita en público que tiene hemorroides a que admita que no sabe inglés. No hay más que ver cualquier curriculum: todo el mundo, donde pone idiomas, escribe: «Inglés, nivel conversación». Que digo yo, que dependerá de la conversación, porque si te hablan de opas hostiles... te han jodido. Yo creo que si dijésemos la verdad, la mayoría tendríamos que poner: «Idioma: inglés. Nivel: Tarzán».

Porque cuando un guiri nos pregunta:

—¿Museo del Prado?

Ponemos cara de velocidad y le decimos a voces:

—Very fácil... tú... yo u, here... museo, allí... street, doivn... Corte Inglés... je, je... ¡Como tú! Corte... Inglés... allí... preguntar...

En fin, amigos, que ya puestos a mentir en el curriculum, podríamos decir que sabemos todos los idiomas: Alemán... aufidersén. Ruso... Puttin. Italiano... ¡¡Hola Rafaellaü Y francés: Monica Lewinskiv.

Leyendas urbanas

¿Recuerdan la anécdota del perro de Sorpresa sorpresa? Sí, hombre, una chica a la que le iban a dar una sorpresa con Ricky Martin metido en un armario... que ella tenía un bote de mermelada... y entonces llamó al perro, y como creía que estaba sola... se desnudó... y después... ¡Resultó que era todo mentira! Pues todo el mundo decía que lo había visto. Bueno, todo el mundo no, los amigos de los primos de todo el mundo. Porque tú preguntabas a cualquiera:

—¿Pero tú lo viste?

Y te decía:

—No, yo no, pero lo vio un amigo de mi primo...

Pues así se crean los mitos urbanos, de la nada. Uno se inventa una historia, eso va de boca en boca y al final la gente se acaba creyendo... que cuando la Obregón se subió a un avión le explotaron las tetas. Y no es verdad... Al parecer, sólo le explotó una.

Y uno se pregunta: ¿quién inventará estos mitos?

Bueno, en algunos casos se ve enseguida. Por ejemplo, lo de que Walt Disney está congelado... Esto está claro que lo inventó Pescanova para que los niños le cogieran cariño a los palitos de merluza:

—Venga, Juanito, cómete el palito de merluza que a lo mejor es un dedo de Walt Disney.

Otro mito muy curioso es el de los hombres rana que aparecen calcinados entre los restos de los incendios forestales. Para los que no lo hayan oído, lo voy a explicar: por lo visto, cuando los hidroaviones recogen el agua del mar siempre pillan a algún que otro hombre rana y lo sueltan sobre un incendio. ¡Vamos, que Cousteau llegó a los ochenta de milagro!

Pero el mito urbano que más me fascina es el de «La muerta de la curva». ¿Nunca se la han encontrado? ¡Pero si hay una muerta en todas las carreteras comarcales! Yo creo que deberían venir en la guía Michelin: «Mirador a doscientos metros. Ojo, muerta de la curva a un kilómetro».

Vamos, que si son verdad todas las historias que se cuentan, en España hay más muertas que curvas. Y digo yo, tú recoges a una tía de éstas y... ¿de qué hablas con ella?

—Oye, ¿cómo una chica tan guapa como tú se vuelve tan pronto a casa?

Y ella:

—Yooo meee matééé en esa curvaaa.

—Ah, claro.

Eso... quieras que no, te corta el rollo.

—¿Qué, nos tomamos la última en mi casa?

—Yooo meee matééé en esa curvaaa.

—Venga, mujer, no le des más vueltas.

—Yooo meee matééé en esa curvaaa.

—¡Qué pesada! ¿A que te dejo aquí? ¡Mira que en esta carretera dicen que se aparece una muerta...!

Pero en las carreteras españolas hay muchos más mitos. Está el de la pareja que iba por una carretera de La Coruña, y de repente aparece en Perú, con coche y todo. Esto tiene que ser cosa de los extraterrestres, porque si la cosa dependiera de Iberia, tú aparecerías en Perú, pero el coche en Colombia, las maletas en Badalona...

Aunque el que más cuidado tiene que tener con esto de las abducciones en carretera, es el Rey. Porque por lo visto, según otro mito, se pasa las noches con la moto socorriendo accidentados: un amigo de mi primo pinchó, y antes de que llegara la grúa, pasó el Rey en moto quince veces. Vamos, que como siga así lo van a contratar en Telepizza:

—Me llena de orgullo y satisfacción traerle su pizza cuatro quesos...

Pero donde la gente desbarra es en los mitos urbanos que tienen que ver con el sexo: ¿quién no ha oído hablar de esa señora que llega a urgencias envuelta en un batín del que asoma la cabeza de un caniche a la altura del ombligo, como si llevara un alien...? Naturalmente, los dos, el caniche y la señora, van con los ojos en blanco, bueno... el caniche más. Y cuando le preguntan:

—¿Qué le pasa, señora?

—A mí nada, es que Cuqui se ha excitado viendo La dama y el vagabundo...

Y al ver que el ATS pone cara de alucinado, le dice:

—Pues esto no es nada, ahí viene mi marido con el dóberman, que ha visto 101 dálmatas...

Y hay muchos más mitos que nunca sabremos con certeza si son verdad.

Por ejemplo: ¿será verdad que la Coca-Cola con Aspirina pone cachondas a las chicas? ¿Y que si reúnes un kilo de celofán del que envuelve los paquetes de tabaco, le dan una silla de ruedas a los minusválidos? ¿Y que a los Rolling Stones les cambian la sangre en Suiza cada semana? ¿Y que si pones al revés un disco de Led Zeppelin invocas al diablo? Bueno, éste es posible; también hay alguna canción de Leticia Sabater que, sin necesidad de escucharla al revés, suena satánica.

Y yo me pregunto: entonces, si le das una Coca-Cola con Aspirina a Leticia Sabater, ¿se pondrá cachonda o le tendrán que cambiar la sangre en Suiza? Y si los Rolling Stones reúnen un kilo de celofán, ¿le darán una silla de ruedas a Led Zeppelin? Y sobre todo: si le ponemos unas tetas de silicona al perro de Sorpresa Sorpresa, ¿podrá salir de una vez Ricky Martin del armario?

Las canciones de los payasos.

Es curioso, si Nostradamus dice: «Marte y su cólera graznarán...», no tenemos ni idea de lo que está diciendo, pero nos los creemos... Y, ¿por qué? Porque el nombre de Nostradamus impone. Sin embargo, hay grandes profetas que, como su nombre no es en latín, han pasado desapercibidos.

Pero ha llegado el momento de decir claramente quiénes son los más grandes profetas de todos los tiempos. Señoras y señores, los más grandes profetas de todos los tiempos son... ¡Gabi, Fofo y Miliki!

Para empezar, ellos hace ya muchos años preconizaron el orgullo gay. Sí, sí, mucho antes que Boris. Porque, está claro: Don Pepito y don José... ¡eran gays! Eran dos tipos requetefinos... Eran dos tipos medio chiflaos... Eran dos tipos... ¡casi divinos! Eran dos tipos desbarataos... ¡Bueno, es que eran dos locas! Y sigue: Sise encontraban en una esquina... Bueno, aquí no hace falta seguir... El que quiera, que investigue por su cuenta.

Pero también predijeron cuáles serían las grandes lacras de nuestro tiempo: ¡Cómo me pica la nariz, cómo me pica la nariz...! ¡Huyyyy...! ¿Por qué le pica la nariz? ¿Eh? Yo no quiero decir nada, pero ellos sabían que más de un niño de treinta años... Y luego sigue: Ya no lo puedo resistir... ¡Coño, este tío tenía el mono!

¡Qué grandes profetas Gabi, Fofo y Miliki! Hace ya más de veinte años predijeron los problemas que iban a tener los inmigrantes: Un barquito... de cascara de nuez... Está claro: ¡esto es una patera!

Pero es que van más allá, porque explican incluso lo que les dicen los cabrones de las mafias a los inmigrantes para engañarles: Navegar sin temor en el mar es lo mejor, no hay razón de ponerse a teñblar... ¡¿No te jode?! ¡¡¡Móntate tú!!! Y, encima, siguen: Y si viene negra tempestad, a reír y remar y cantar... ¡Es la hostia, ¿eh?! Más le hubiera valido a los del Gobierno estar más atentos de pequeños a los payasos mientras se comían la Nocilla... ¡No hubieran hecho la Ley de Extranjería!

Y es que los payasos de la tele predijeron perfectamente la situación actual de España.

Empezando por el Congreso: Había una vez... un circo... La verdad es que no hay otra forma mejor de definir el Congreso... ¡Un circo! Pleno de alegría y emoción... Sólo les faltó cantar: España va bien...jodida, con las vacas locas y el Tíreles...

Lo que pasa es que lo de las vacas locas les pareció tan importante, que le dedicaron una canción entera. Atención: La gallina Turuleca está loca de verdad... Bueno... es verdad que se equivocaron de animal... ¡Pero por poco...! Porque Milikito estaba todo el rato intentando decirles con el cencerro... ¡Que es una vaca... que es una vaca...! Pero no le hicieron caso, como era el nuevo...

Y es que los payasos de la tele eran unos genios... pero no eran infalibles. También tuvieron sus fallitos. Porque la verdad es que con la gallina Turuleca no estuvieron muy finos.

Atención: Yo conozco una vecina que ha comprado una gallina, que parece una sardina enlatada... Vamos a ver: ¿habrá algo en el mundo que se parezca menos que una gallina a una sardina enlatada...?

A no ser que estuvieran hablando de la clonación y que la gallina Turuleca fuera un error genético. ¿O qué se piensan, que la oveja Dolly salió a la primera? A lo mejor se pusieron a clonar ovejas y les salieron sardinas enlatadas o boquerones. «El boquerón Dolly», lo que pasa es que no nos enteramos.

Esto explicaría la cantidad de huevos que ponía esa gallina... Estarán conmigo en que eso no era normal: Ha puesto siete, ha puesto ocho, ha puesto nueve... Y salta otro: ¡Déjala que ponga diez...! Pero bueno, ¿eso qué era? ¿Una gallina o la fábrica de huevos Kinder?

Y cuidado, aún quedan canciones sin descifrar, porque esto de las predicciones es muy complejo... Yo ahora mismo estoy estudiando una que dice: Mi barba tiene tres pelos, tres pelos tiene mi barba... si no tuviera tres pelos... ya no sería una barba... Bueno... ¡y con tres pelos tampoco es una barba! Eso, como mucho, es una verruga. Una barba es lo que tiene el de Izquierda Unida. Nadie sabe cómo se llama ese tío, pero tú dices: «el de la barba de Izquierda Unida», y no hay duda. Eso es una barba y no lo que tú tienes... con tres pelos. Y luego hay unas canciones que ni la NASA las ha podido descifrar. Porque... ¿qué querían decir con la frase: Si toco la trompeta... tara, tara, tareta... Si toco el clarinete tere, tere, terete...? ¡Vete tú a saber!

Yo tengo la teoría de que enloquecían con las rimas y les daba todo igual: Como tú te llamas Lola, tocarás la pianola... ¡¡¡Hala!!! Yelniñito Serafín, ése que toque elvioleta... ¡¡¡Toma!!! Pero a veces se metían en líos: Las Simonas y Simones tocarán los... ¡Yeeeeee...! ¡Cuidado con las Simonas y Simones, que la rima es peligrosa! Menos mal que estaban... los saxofones.

En fin, amigos, yo aquí he dejado de investigar, porque la siguiente canción que me tocaba era la de Susanita... Y miedo me da averiguar a qué se referían los payasos con eso de que Susanita tiene un ratón, un ratón chiquitín... ¡No lo quiero saber!

Fiestas populares

Como saben, en todos los lugares del mundo se reservan unos días al año en los que está permitido casi todo: las fiestas patronales. Y con el pretexto de que «estamos en fiestas» se puede justificar cualquier cosa: tirar una cabra de una torre, arrancarle el pescuezo a un pollo... ¿Que explota un petardo dentro del confesionario y le quema el pelo a una beata? ¡No importa! ¡Estamos en fiestas! ¿Que los mozos sueltan los toros sin avisar y destrozan la tómbola benéfica? ¡Qué más da! ¡Estamos en fiestas! Total son cuatro días...

En las fiestas ante todo, lo que se hace es comer. Un mozo que se precie debe comer su peso tres veces al día. Sin medida, y mezclándolo todo: chorizos con magras con chocolate con churros, paella con caldereta, atascaburras con zarajos... Menos mal que, para rebajar, se bebe. Lo que sea. Hay algunos que se beben hasta el Mistol.

Un sistema tradicional para que los mozos aprendan los riesgos que entraña la bebida es poner en medio de la plaza unos botijos con aguardiente, y tienen que beber a chorro a la vez que intentan esquivar un toro de quinientos kilos. Todos los años pillan a alguien, pero oye, «estamos en fiestas»... Si no hay riesgo, no hay emoción...

¿Y el pregón? ¡Qué bonito es el pregón! Se trae un forastero famoso, de nivel... El padre Apeles, Enrique del Pozo, Cristina Tárrega. De nivel... Y lo reciben las autoridades, la reina de las fiestas y su madre, las damas de honor y sus madres, y la banda de música, con todas sus madres. Vamos, todas las madres del pueblo.

Al pregonero lo suben a un balcón y le dejan que diga lo que quiera, siempre que hable bien del pueblo y de la Virgen. Todos los pregoneros tienen un truco que no falla: el nombre del patrón de las fiestas. Si ven que la cosa decae, dicen:

—¡Viva san Mendrugoooo!

Y se los mete a todos en el bolsillo.

En ese momento la banda de música se pone a tocar y ya no para en todas las fiestas. Da igual cómo toquen, lo que importa es que la música vaya muy cargada de bombo: ¡pun, chin, pun, chin...! Bombo y una partitura a piñón fijo. Cada año se toma manía con una canción. Una canción y, ¡hala!, hasta que se desgasta. Piezas memorables han sido El bimbó, la Macarena, Los pajaritos... Incluso hay testimonios que aseguran que escucharon El tractor amarillo tres mil quinientas veces en una sola noche. Sí, sí, sí, lo que os digo.

Pero ahí no acaba la cosa.

Luego, en la verbena, la gente quiere seguir escuchando la misma canción, El tractor amarillo. Pero los del grupo musical, que son muy modernos, se empeñan en tocar Esta vida loca. Pero, ¿qué quieren? ¿Provocar? ¿Qué están, buscándola? Y, claro, la encuentran:

—¡Tú, me-le-nas...! Toca El tractor amarillo.

—Perdona, es que tenemos un repertorio y ahora va La vida loca...

—Tú no me estás escuchando. ¿No te estoy diciendo que toques El tractor amarillo, me-le-nas?

—Oye, perdona, pero es que ya es la cuarta vez que la tocamos.

—O tocas El tractor amarillo, o te comes el tractor amarillo que esta ahí detrás aparcado.

La verbena termina a las tantas de la madrugada y media hora más tarde ya está el pasacalle de la banda municipal, con el bombo y El tractor amarillo. Pero no pasa nada por que la gente no pueda dormir. ¡Estamos en fiestas! Además, se supone que no dormir en fiestas es muy divertido... Porque va uno y dice:

—Llevo cinco noches sin dormir...

—Pues cojonudo, éste es el momento adecuado para que te vayas a correr el encierro. Lo negro son los toros.

Bueno, en las fiestas populares también hay una parte cultural... los bailes regionales, como la jota. Hay que decir que ser guapo y bailar la jota son cosas incompatibles. Porque tú coges a un guapo, y le pones un pañuelo apretado en la frente que le junta los ojos y le saca las orejas, y verás en lo que se queda. Con esa pinta, me gustaría a mí ver a Richard Gere. En fin, éstas son las cosas que pasan en las fiestas populares. Pero, ¿se imaginan lo que pasaría si un pregonero de las fiestas, por una sola vez, hiciese un pregón sincero? Sonaría más o menos así:

—Queridos habitantes de Guardapolvos del Marqués, guardapolvenses todos: para empezar, tengo que decir que no he visto en mi vida caretos de cebollinos como los que estoy viendo en la primera fila... De verdad, ¿ustedes son así o les han maquillado de extras para una película? Claro, que si miro a mi alrededor, lo entiendo todo, porque este pueblo es el más feo que he visto en mi vida... ¿No han pensado ustedes en dinamitarlo o al menos sumergirlo en un pantano? En fin, como no quiero alargarme... quiero agradecerles la acidez de estómago que tengo en este momento, a causa de sus embutidos típicos. ¡Que le den morcilla a san MENDRUGO! Y una cosa más: ¡estoy hasta los huevos de El tractor amarillo! No quiero ni pensar cómo acabaría este pregonero, pero al fin y al cabo, ¡qué más da! «¡Estamos en fiestas!»

Juegos de mesa

Yo soy un reconocidísimo experto a nivel mundial en un tema que a nadie le importa un carallo: los juegos de mesa.

Y así nos va. Que estamos a punto de terminar una partida de la oca y no sabemos qué hay que hacer. Es como aparcar un coche, la gran duda es: ¿se llega y ya está? ¿O hay que rebotar y rebotar hasta entrar justo, eh? No lo saben, ¿verdad? Pues hay una frase que resume las reglas de todos los juegos del mundo: «No, es que en mi casa jugamos así».

Dicho eso, dicho todo. Ya te puede pillar la poli jugando a las tres en raya con cocaína. Tú los miras así, con las pupilas dilatadas, y dices:

—No, es que en mi casa jugamos así.

Eso es porque las reglas de la oca no están escritas en ningún sitio, se transmiten oralmente... como el herpes.

Sí, son como leyendas: «Y dice el cantar: de puente a puente y tiro porque me lleva la corriente». Pero, claro, luego en cada casa el cantar es distinto.

Tú estás en casa de tu amigo, caes en una oca y te crees que «de oca a oca, y tiras porque te toca». Y te suelta:

—De eso nada: «De pato, a pato, tiro yo... y tú te esperas un rato». No, es que en mi casa jugamos así...

Y en lugar de poner las reglas por detrás del tablero, le ponen un parchís. ¡Yo es que me indigno!

Porque hay juegos que son muy peligrosos: los hay que no se acaban nunca. ¿Conocen a alguien que haya acabado una partida de Monopoli?

Es imposible. De hecho, al borde de la caja pone: «Edad aconsejable: de 9 a 99 años». ¡Pues claro, para que te dé tiempo a terminar la partida!

Otra cosa que viene escrita en la caja es el contenido del juego. «Esta caja contiene: un dado, cuatro fichas y un tablero.» Y yo me pregunto: ¿para qué lo ponen? ¡Si sólo es cierto el primer día! A la semana el letrero es más bien: «Esta caja contiene: un zapato de Airgamboys y un botón que hace de ficha verde. El dado, cogedlo del parchís».

Y aquí se plantea otra de las dudas: ¿Por qué desaparecen los dados? ¿Dónde se meten? Son como Dios, o como las tijeras de la cocina. Dicen que existen pero nunca están donde se les necesita.

Y luego, sin embargo, hay piezas que no las necesitamos para nada y que siempre están ahí. Por ejemplo: los ochos y los nueves de la baraja. ¿Por qué se empeñan en fabricarlos? Si son supermolestos. Es como si yo ahora me empeñase en fabricar chicles con hueso... O con dos huesos...

Sin embargo, tiramos cosas tan importantes como esa carta blanca con letritas negras. Claro, tiramos esa carta y luego hay cosas de la baraja que no entendemos. Porque, vamos a ver: un caballo es un caballo, un rey es un rey. Los hemos visto en la Zarzuela, o en cualquier otro hipódromo, pero ¿qué coño es una sota? ¿Se han extinguido ya? ¿Existió un tiempo en el que vivíamos gobernados por sotas?

Por eso existe la tradición de que cuando se abre una baraja, lo primero que se hace es quitar las sotas y sustituirlas por lonchas de mortadela. ¿Cómo que no? ¡Pues en mi casa jugamos así!

Los regalos

Me acaban de regalar un bumerán.

¿A ustedes les parece que esto es un regalo? ¿Qué pensará de mí el tío que me ha regalado esto, que cazo canguros? Estuve a punto de decirle:

—Ponte a dar saltos, que voy a probar a ver si te doy...

Me lo imagino en su casa: «¡Je! ¡Un bumerán...! Seguro que a ésta nunca le han regalado un bumerán». ¡Pues claro que no, idiota!

Y es que cuando hacemos un regalo no pensamos en los demás: lo que queremos es ser originales. Por eso se han inventado las tiendas de regalos.

Las tiendas de regalos son unos sitios que están llenos de cosas que jamás pondríamos en nuestra casa, pero que, sin embargo, nos parece que estarían muy bien en las casas de los demás. ¿Acaso ustedes pondrían en el comedor de su casa un osear de plástico con una pegatina que pone «Al mejor amigo»? ¡A que no! Pues se venden como churros en las tiendas de regalos.

Porque en estas tiendas todos los regalos son muy originales: ceniceros con forma de taza de váter, teléfonos con forma de hamburguesa, abridores con forma de culo... Su objetivo es que nada parezca lo que es. Que ahora que lo pienso... ¡a lo mejor el bumerán es una armónica!

Pero además de original, el regalo tiene que ser inútil, por eso hay delantales para tíos. Y relojes que te dicen la hora en Japón y en Australia; que dices: «¡Qué bien, en Australia ya son las ocho, me podría ir ahora mismo a tirar el bumerán!». O un pisapapeles, que éste también: ¿hay algo más estúpido? Menos un papel, todo lo demás puede ser un pisapapeles, hasta el abridor con forma de culo puede ser un pisapapeles.

¿Y esos masajeadores de ruedecillas de madera? Cuando te lo regalan, te lo pasan un poco por la espalda y dices:

— Ah, pues sí que da gusto, sí...

¡Pero luego se van y el masaje te lo tienes que dar tú! ¡Pues vaya gracia! Es como si en vez de regalarte una cebra, ¡te regalan un burro y un bote de pintura!

Y la guinda del regalo son las tarjetitas con mensaje. ¡Para qué te vas a entretener tú escribiendo de puño y letra una tarjeta! ¡Para eso están los genios de la literatura! Hay una que lleva un mono saltando desde un trampolín que dice: «Me puedo saltar muchas cosas...», la abres y pone: «Excepto tu santo». Esto no se te hubiera ocurrido a tí ni en un año...

De todas formas, hay que tener cuidado, porque algunos quieren ser tan originales que se pasan, como el novio de una amiga mía que va y le dice:

— Oye, cariño, ya sé lo que te voy a regalar para el aniversario: una liposucción de pistoleras.

— Como siempre estás diciendo que tienes ahí dos bolardos...

— ¡Tú ya no me quieres!

— Sí te quiero, por eso quiero que te quites los bolardos...

—Paco, como vuelvas a decir esa palabra...

—¿Qué palabra? ¿Bolardos?

Y se separaron. ¡Toma! ¡Por original!

Ahora mi amiga se ha quitado los bolardos y se ha puesto tetas, porque una cosa es que te toquen los bolardos y otra que tú te los cambies de sitio.

Y es que hay que saber lo que es un regalo y lo que no. Por ejemplo: se puede regalar un queso, pero no se puede regalar un queso en lonchas... Eso no es un regalo... ¿Y un desodorante es un regalo? No. Pero una colonia, sí, aunque sea de la barata...

Aunque hay una fórmula para convertir cualquier cosa en un regalo: que sea de viaje. Por ejemplo: si regalas un cepillo de dientes, no es un regalo, es una indirecta. Pero si el cepillo se desmonta y se mete en una funda, ya es un regalo, ¡como es de viaje...! Por culpa de esta fórmula, la gente te regala pantuflas de viaje, planchas de viaje, despertadores de viaje...

¡Coño, que te regalen el viaje!

Otro tipo de regalo son los «regalos de empresa», que llega Navidad y dices: «¡Nos darán una cesta!». Pero lo que te dan es una carpeta de skay, color marrón, con una bonita frase: «En esta empresa nos podemos olvidar de muchas cosas... menos de sus empleados». Esta frase es de los mismos genios de las tarjetitas, sólo que en vez de la foto del mono está la foto del presidente de la empresa.

Si es que ni siquiera cuando le llevamos un regalo a un enfermo pensamos en él. ¿Por qué le regalamos al pobrecillo chocolate, que es malísimo para todo, y no unos espárragos que son buenos para el colesterol?

Pero los regalos más fáciles son los de las despedidas de soltera: sólo hay que ir a un sex shop. Aunque hay tantas cosas que lo difícil es decidirse. Yo el otro día me vi en un trance...:

—Hola buenas, ¿tienen piulas que caminan?

—Sí, señora, tenemos esta que se ha hecho el Camino de Santiago... Viene con vieira y todo...

—¿Y bragas musicales?

—Pues sí, éstas tienen la sintonía del PP.

—Ay, no sé... ¿Qué cree usted que a ella le hará más ilusión?

—Pues mujer, por mi experiencia, si quiere quedar bien, llévase el muñeco negro hinchable... Ése no falla.

¡Y cuando vi a ese negro hinchado!... Por una vez, en vez de comprar lo más original, pensé en lo que realmente le haría ilusión a mi amiga. Y triunfé. Mi amiga todavía no se ha casado, está en Cuba buscando el molde del muñeco.

Hay una forma muy fácil para saber si un regalo le gusta a la otra persona o no: si repite el nombre, es que no le gusta:

—Ay... una yogurtera... Qué bien... ¿Cómo has notado que en mi casa nunca hay yogures?

Si un amigo pintor te regala un cuadro, te cagas, ¿qué haces? Muy fácil:

—Todavía no he encontrado el sitio adecuado...

Vamos a ver si lo hemos pillado: ¿una corona de muerto es un regalo o no es un regalo? Pues sí, porque tiene todas las características: es original porque nunca antes te la habían regalado, es de viaje, tiene lacito, tiene dedicatoria y viene en fecha señalada. O sea, que como ven no es tan fácil hacer un regalo.

Las mascotas

Imagínense esta situación: estás con el jefe en su despacho y sin mediar palabra, te bajas los pantalones y te pones a hacer caca delante de sus narices. Y entonces él no sólo no te despide, sino que se arrodilla y se pone a limpiarlo. Pues eso es una mascota: un animal al que le damos de comer, limpiamos sus catalinas y todavía decimos que somos sus amos.

A mí me encantan los animales... pero en libertad. Y, sin embargo, ¡acabo de comprar un perro! ¡Y lo he comprado yo mismo! ¡No puedo echarle la culpa a nadie!

Pero les voy a explicar por qué: todo empezó el día en que a mi hijo le regalaron un hámster por su cumpleaños. Yo dije:

—¡Pero si esto es una rata!

—No, papá, esto es un hámster.

No se engañen: ¿ustedes saben lo que es un hámster? ¡Una rata que tiene los huevos más grandes que la cabeza! Y por eso la metemos en casa... ¡por cojones! Porque no se entiende que a nadie le guste un animal que huele mejor muerto que vivo.

Y lo malo no fue el hámster, lo malo es que una vez que admites la primera mascota, todo el mundo se cree que te encantan los animales y tu casa se convierte en el Waku-Waku. Por eso en el siguiente cumpleaños al niño le regalaron una tortuga de agua... ¿Pero qué regalo es ése? ¡Si parece una piedra sucia! Eso sí, huele muchísimo peor que el hámster.

Claro que ya que está en casa, no la vas a tener en el fregadero. Así es que te gastas una pasta en recrear su ambiente. Pero es inútil. Porque, vamos a ver: ¿qué clase de tortuga puede pensar que esa piscina de plástico con forma de riñón y esa palmerita ridícula son las islas Galápagos? Es como si para que te sientas en el Polo Norte te meten la cabeza en el frigorífico...

Y con los pájaros aún es peor: les ponemos una barra blanca de plástico para que se crean que es la rama de un árbol... ¿Será posible? Y además les ponemos un columpio... ¡Muy bien! ¿Pero alguien ha visto alguna vez en el bosque a un pájaro columpiándose? ¿Quién fue el listo que decidió que a los pájaros les gustan los columpios? ¡A los pájaros lo que les gustan son los hilos de la luz! ¡Pues que les pongan hilos de la luz en las jaulas!

Nosotros teníamos un periquito, pero duró poco, porque mi suegra un día, jugando, le abrió la jaula y se escapó. Y como la mujer se sintió culpable no se le ocurrió otra cosa que regalarnos un gato...

Muy bien, lo que nos faltaba... ¡El gato! Y nos dice:

—No os tenéis que preocupar, los gatos son muy limpios y además son muy independientes. Pero, ¿cómo que los gatos son muy independientes? Yo todavía no he visto a ninguno que baje él solo al Pryca a comprarse la latita.

Y ahí no acaba la cosa. Porque, a los pocos días, mi mujer me dice:

—Cariño, ahora que todavía el gato es pequeño es el momento de comprar el perro, porque luego no se llevarán bien.

¡Pero bueno! ¿Dónde estaba escrito que luego íbamos a comprar un perro? Pues lo compramos, se llama Tarzán y como era la semana fantástica nos regalaron ¡ocho peces de colores! Se ve que no les quedaban en blanco y negro...

A Tarzán hay que darle de comer, hay que peinarlo, hay que bañarlo, hay que vacunarlo, hay que pasearlo dos veces al día... Pero tiene una cosa buena: es que le tiras una pelota y te la trae... ¡Prueba con el hámster a ver qué pasa...! ¡O con la tortuga...! Y del gato mejor no hablar, porque tú le tiras una pelota a un gato y te mira como si fueses gilipollas.

Eso sí, al perro, para que te obedezca, hay que hablarle en inglés. El perro es de Logroño, pero como es un cocker, si quieres que se siente, tienes que decirle:

—Sit, Tarzán, sit...

Y se sienta. A lo mejor por eso el gato no me hace ni puto caso, como es siamés...
¿Y qué me dicen de los peces de colores? La única emoción de tener un pez es ver si sigue vivo. Que ésta es otra: las mascotas el día menos pensado palman. Y a ver cómo se lo cuentas a los niños...

—Hijo, el pececito se ha dormido...

—¿Y por eso lo habéis tirado por el váter? ¿Si yo me duermo también me tiraréis por el váter?

Total, que con la pajarraca que se ha liado he tenido que ir a la tienda de animales a por otro pez... Me ha acompañado Tarzán, y ésa es la razón por la que he comprado otro perro. Se llama J/

Miss España

Para mí hay una noche que está a la altura de la Nochebuena: la gala de Miss España.

Para empezar, te tomas una cena especial: pizza. Te pones un vestido para la ocasión: la bata... Y, vale, en Nochebuena sale el Rey, pero en Miss España sale Ansón.

El caso es que yo no me lo pierdo ningún año, en mi casa es una fiesta. Siempre que empieza el concurso, tú estás deseando apoyar a la miss de tu ciudad, pero en cuanto la ves dices:

—¡¿Y ésa es la más guapa que tenemos en Cuenca?! ¡Pero si parece un mejillón!

Y enseguida te haces de otro equipo, como en el fútbol. Que tú empiezas la liga apoyando al equipo de tu ciudad, pero a los dos partidos, o te haces del Barca o te haces del Madrid, como Figo.

Cuando empieza el concurso, lo primero que te sorprende es que cuando les preguntan, todas las chicas dicen la misma frase: «La belleza está en el interior». Claro, ¡por eso salen en bragas! Además, si de verdad la belleza estuviera en el interior, las misses deberían desfilar abiertas en canal. El presentador diría:

—Observen cómo filtra el riñón de Miss Murcia... es que da gusto verla... Y ahora Miss Almería nos demuestra cómo hace la digestión de un huevo duro... ¡Qué maravilla de ovarios los de Miss Albacete!... Una mujer de su tiempo, preparada y decidida que no renuncia a su maternidad...

Pero en vez de eso, para ver qué tienen en el interior, los del jurado les hacen preguntas. Ése es el momento que todos estamos esperando. Así somos de crueles. Y digo yo: si las preguntas son siempre las mismas, ¿por qué no se las estudian? Que cuando les pregunten: «¿Qué es para ti la belleza?», contesten:

—Lo que se produce de modo cabal y conforme a los principios estéticos, por imitación de la naturaleza o por intuición del espíritu.

Lo del jurado es otra historia. Es un ejemplo perfecto de cómo distinguir a un gilipollas en una sola pregunta. Sí, porque tú estás posiblemente delante de la tía más buena de España, y lo que le preguntas es: «¿Cuál es el último libro que has leído?». O lo que es peor: «¿Qué sabes de Rusia?». Ya podrían preguntarles cosas que tengan morbo de verdad. Por ejemplo, después de preguntarles: «¿Tienes pensado hacer cine?», les preguntarían: «¿Y es inevitable?». O después de: «¿Tienes novio?», dirían: «¿Y cuándo vas a dejarle?».

Porque ése es mi personaje favorito de los concursos de misses: el novio de la ganadora, un chavalito con granos al que le preguntan:

—¿No te da miedo que esto influya en vuestra relación?

Y él:

—No, nuestro amor es muy fuerte, somos novios desde los doce años...

Y toda España pensando: «Dos meses, te doy dos meses, chaval».

Bueno, y por fin llega el momento del fallo del jurado: sale Juan y Medio y dice:

—Miss España es... Miss Cuenca.

Y dices tú:

—¡Coño, el mejillón! ¿Pero en qué estará pensando Ansón?

Claro, ahora entiendo por qué lo llaman el fallo del jurado.

El caso es que en cuanto dicen el nombre de la ganadora, la chica tiene que tener muchos reflejos para llorar enseguida... Pero enseguida: tiene que ser oírlo y llorar... apelo..., ¿eh?

Y que llore de felicidad la que gana, vale. ¡¡Pero es que las que pierden también lloran de felicidad!! «¡Qué bien!, he perdido... ¡Soy fea! En mi pueblo se van a descojonar de mí...

Voy a abrazar a ésta a ver si salgo en la tele!». ¿Se imaginan que en la final de la Champions League los que pierden fueran todos a abrazar al que les ha metido el gol?

—¡¡Gracias tío!! Si no es por ti nos toca bañarnos en la fuente...

A lo mejor las misses lloran de alegría porque se han librado de que les pongan la corona... Porque, vamos a ver: ¿dónde fabrican esas coronas? Si se caen siempre... ¿Tan difícil es? Tú celebras tu cumpleaños en el Burger King y te dan una corona que no se cae... ¿Treinta años eligiendo a Miss España y a nadie se le ha ocurrido ponerle una gomita?

De todas formas, aunque no ganes, siempre te queda ser... Miss Simpatía, Miss Fotogenia o Miss Pelo Bonito... aunque, para pelo bonito, el de Ansón.

Salir de marcha

Hay una pregunta que todos los padres se han hecho alguna vez: «¿Qué hacen nuestros hijos cuando salen de marcha?». Y no me extraña, porque cuando los hijos salen por la puerta les dicen:

—¿A dónde vas, hijo?

Y ¿1 hijo:

—Pues... Por ahí.

—¿Y con quién?

—Pues... con una gente.

—¿Y qué vais a hacer?

—Pues... dar una vuelta.

¿Y saben por qué los hijos son tan inconcretos? Pues por una gran verdad que todos los jóvenes saben, pero ninguno se atreve a reconocer. Y como yo esto de la juventud lo estoy dejando, me da igual y lo digo: el 99,9 % de las veces que sales de marcha es un auténtico coñazo. ¿Pero por qué seguimos saliendo? Pues porque siempre pensamos: «¿Y si no salgo... y luego pasa algo emocionante...? Y, sobre todo, ¿y si ligo?».

Sí, porque no falla: basta que un día no salgas, para que te digan tus amigos:

—¡Tío! ¡Ayer fue la leche...! Acabamos con unas finlandesas bailando en un tren de lavado. Y tú pensando: «Joder, y yo como un imbécil en casa viendo el programa del Moreno... que me lo podría haber grabado».

Así que, claro, el sábado siguiente, aunque pienses que va a ser un rollo, sales.

Y esto es lo que realmente ocurre en casi todas las noches de marcha: diez de la noche.

Quedas con toda la peña para cenar. Y siempre elige restaurante un tío al que yo llamo El Scotex. Sí, porque es uno que se ha aprendido el truco de que cenar en restaurantes caros y pagar a escote, es un chollo... y aprovecha para pedir lo más caro. Lo malo es que, para evitar que te time, te picas: ¿que pide bistec? Tú, solomillo. ¿Que pide gambas? Tú, centollo. Y cuando llega el postre estás tan lleno, que te tomarías un cafelito, y ya está, pero El Scotex dice:

—Para mí una tarta de chocolate con salsa de frambuesa y láminas de menta.

Y tú piensas: «Joder, me va a salir el cafelito a 1.500 pelas».

—¡Pues a mí una mousse... de jamón ibérico... y láminas de menta!

Y al final el cafelito te sale por seis mil. ¡Ja, que se joda!

Doce de la noche... Acaba la cena. Y a mí siempre me surge la misma pregunta: ¿por qué no se decide el sitio a donde se va a tomar la copa durante la cena? Pues no, hay que decidirlo en la calle, muerto de frío:

—¿Y si vamos a Pingo's?

—Uy, no, Pingo's no, que estará hasta arriba.

—Bueno, ¿y si vamos a Funchi's?

—No, Funchi's no, que la música es muy mala...

¿Y al final cómo se resuelve esto? Pues como siempre, con indefinición. De repente alguien tiene una idea brillante:

—Oye, vamos al centro y allí vemos...

Y esta frase es mágica: convence a todo el mundo. ¡Yo creo que por eso el PP la copió:

«Oye, vamos al centro y allí vemos...»!

Una de la mañana. Llegas al centro y hay que encontrar aparcamiento. Y vale cualquier sitio con tal de que quepa el coche: en un vado, encima de la acera, dentro de un contenedor... Y por primera vez en toda la noche, sientes que estás de marcha. Sí, porque tienes que andar cuatro kilómetros desde donde aparcas hasta la discoteca.

Las dos menos cuarto. Por fin llegas, y ya, tranquilamente, puedes... ponerte a hacer cola. Las colas de las discotecas son las únicas que haces sin saber si al final te van a dejar entrar. ¿Se imaginan hacer cola en la frutería y que al final no te vendieran los kiwis? «No, a usted no le vendo kiwis, que lleva calcetines blancos, ¡el siguiente!»

Pero si tienes suerte, a las dos y cuarto consigues entrar. Y pasas de la marcha al rafting. Sí, porque en las discotecas, la gente se organiza en riachuelos. Y tú te colocas en uno, pensando que va a la barra y de pronto te ves en la puerta del baño: ¡mierda! Y ves que todos tus amigos han cogido el que va a la barra. Así que intentas avanzar contra corriente, pero no puedes... y les gritas:

—¡Voy al baño pero no os mováááís de ahííí!

Pero no cuentas con que las discotecas tienen una capacidad de movimiento propia, como las mareas. Y cuando por fin llegas a la barra, tus amigos han sido trasladados a veinte metros. Y en ese momento empiezas a acordarte de lo bien que se está en tu camita... pero vuelves a caer en la trampa: no me voy, que deben de estar a punto de aparecer las finlandesas con una ficha para el tren de lavado.

Así que continúas la expedición, y después de media hora consigues llegar hasta ellos, con la copa en lo alto, como si mera un trofeo, y te dicen:

—Oye, bébete eso rápido, que nos vamos a otro sitio.

—¿A otro sitio?!

—Sí, ¿a dónde te apetece a ti?

—A mí, con lo que me ha costado conseguir la copa, ¡a la Cibeles a celebrarlo!

Pero salta uno:

—Vamos a Cunclis que cierra a las diez de la mañana...

Así que después de estar toda la noche por ahí, sudando, bebiendo y fumando, acabas en un sitio lleno de gente sudada, bebida y fumada. Sí, porque no es muy difícil saber qué tipo de gente vamos a un sitio que cierra a las diez de la mañana: los que no hemos pillado en toda la noche y vamos pensando: «Me quedan dos horas para pillar, voy a machete. Me vale lo que sea, si pesa más de treinta kilos y se mueve... Ahora, si es aquí donde pillaron mis colegas a las finlandesas, no me extraña que las llevaran al tren de lavado».

Al final sales de allí a las diez de la mañana, sin haberte comido nada. Y de pronto ves en la puerta... un puesto de bocadillos de jamón. Que no es ibérico, que no es de bellota... Yo creo que ni siquiera es jamón... pero a esa hora te comerías un guarda jurado.

En fin, que si no sabían lo que es salir de marcha, yo se lo resumo: dos horas peleándote con El Scotex, media hora discutiendo con tus amigos, hora y media aparcando, cuarenta y cinco minutos caminando, hora y veinte haciendo cola, y media hora vomitando.

El fútbol

Quiero hacerles una confesión: igual que algunas mujeres fingen el orgasmo... yo finjo que me gusta el fútbol. Es que a mis amigos les encanta, así es que cuando estoy con ellos, hago como que disfruto... Aunque, sinceramente, no me entero de nada. ¿Que ellos gritan? Yo grito. ¿Que se excitan? Pues me excito. Y si meten gol, me desmadro... Igual que cuando se finge el orgasmo.

Y es que algunos parece que disfrutan más con el fútbol que con el sexo. Tú les oyes y dicen: —Métela, métela... Así, así, sigue, sigue... ¡Aguantaaa! ¡Huyyyyyy...!

Así es que pensé... «Si esto es mejor que el sexo, yo lo tengo que probar...».

Y decidí hacerme futbolero. Pero no es tan fácil. Por ejemplo, no hay ningún libro que te enseñe a entender el Marca... A ver dónde pone que Osasuna no es una ciudad... Y que un «interior izquierda» y un «exterior derecha» no son pisos. O que un «extremo derecha» no es un facha...

Visto lo visto, llamé a mi amigo y le dije:

—Felipe... finjo los goles... Quiero sentir lo que tú sientes.

Y Felipe me dijo:

—Lo sentirás: te voy a llevar a un partido que vas a flipar.

Y me llevó a la final de la Champions League.

Lo primero que me llamó la atención es que, si eres futbolero, puedes aparcar donde te salga de los cojones:

—Oye, Felipe, que estamos en un paso de cebra, tapando una boca de riego y en la salida de emergencia del campo... ¿Y si viene la grúa?

—¿La grúa? Ahí la tienes, atravesada tapando la salida de ambulancias del hospital.

Otra cosa que puedes hacer si eres futbolero es vestirse de mamarracho. Tú vas al fútbol y a nadie le llama la atención que te pongas unos cuernos de vikingo, o que te pintes la cara como Braveheart... Incluso puedes ponerte ropa de invierno en verano. ¿Que no? Los futboleros son las únicas personas, aparte de Umbral, que van con bufanda todo el año.

Entonces mi amigo me dijo:

—Ahora vamos a ver la llegada de los jugadores, ya verás qué alucine.

Y efectivamente, aluciné. Vamos a ver: si estos tíos ganan miles de millones... ¿Por qué coño van en autobús? Joder, yo creo que como mínimo se podrían pillar un taxi, ¿no? Esto sólo pasa en el fútbol; dile tú a Julio Iglesias que vaya en bus y verás adonde te manda.

Cuando entré al estadio, me sentí como en un karaoke gigantesco, porque allí no paran de cantar. Sus canciones favoritas son dos: Una que dice: «Oé... oé, oé, oé, oé»; y luego hay otra que dice: «Eeeooo, eeeooo...». Que yo pensé: «No se puede decir más en menos...». Y de repente empezaron:

—¡Hola, fondo Norte...!

—¡Hola, fondo Sur...!

Y dije: «Ésta me la sé...».

—¿Pasó usted ya por casa? Por su casa yo pasé...

Y se quedaron todos mirándome, y les dije:

—¿Qué pasa? ¿Que os jode que me la sepa?

Pero lo que más me sorprendió fue cuando cantaron el himno, yo no sabía que el del Real Madrid es un himno musulmán: «Alá Madrid, Alá Madrid... Alá Madrid, ^//Madrid, ^/¿Madrid...».

En ese momento mi amigo Felipe me dijo:

—Tío, va a empezar el partido ya, te vas a cagar...

Y empezaron todos a tirar rollos de papel higiénico al campo; que dije: «Coño, esto va en serio...».

Y entonces salieron los jugadores y yo seguía sin entender nada: cuarenta cámaras alrededor del campo, transmisión vía satélite, pantalla gigante y marcador Jum-botrón...

Cuando miré a mi alrededor me di cuenta de que todo el mundo estaba con los cascos puestos...

—Pero Felipe, ¿para eso te gastas diez mil pelass? ¿Para escuchar la radio?

Y Felipe:

—La radio es fundamental, escucha, escucha...

Y me puso los cascos: «Penetración por banda derecha, se acerca al borde del área, centro a la ollaaaaa... ¡Jamónnnn Gujuelo... qué jamónnn! El cuero que se escapa a la izquierda de la defensa, toca Figo, Figo, Figo, Figo, Figo, Figo... ¡Sí señor... un señoor Farias! Pi, pi, pi, pi... ¡Gooooool!».

Y tú:

—Pero bueno, Felipe, ¿quién ha marcado, Figo o Farias?

—Pero, tío, ¿cómo va a marcar Farias?

Y dices:

—Joer, ya he metido la pata otra vez... Ha debido de marcar Gujuelo.

Y a partir del gol se montó una... Ya no me enteré de nada más... Empezaron a mover banderas, a sonar bocinas, que acojonan, ¿eh? Parece que se te viene un barco encima... Y de repente me abrazó un señor que no conocía de nada, me dio un puro y empezó a gritarme en la oreja:

—¡Campeones, campeones, oé, oé, oé...!

Y ya no me soltó... ¡Pero que me daba besos y todo...! Y de pronto empezó todo el mundo:

—¡A la mente, a la fuente!

Y a la que me di cuenta estaba dentro del agua, de la mano del señor del puro, que parecíamos Los del Río... intentando subir a un león de la Cibeles... Y cuando estoy arriba veo un montón de tíos a caballo que venían hacia mí... Y digo: «¡Qué bonito! ¡Qué espectáculo! ¡Ahora entiendo esto del fútbol!».

Y yo, para seguir la juerga, como ya me sabía la canción empecé:

—¡Eh, los del caballo! ¡Oé, oé, oé, oé...!

En la boca. La primera me la dieron en la boca... Y luego ya donde pillaron... Que me bajé de la fuente y le dije al del puro...

—Oye, tú haz lo que quieras, yo me voy a mi casa.

Y el tío me dijo:

—Vale, pero mañana paso a las diez a buscarte, que hay que llevarle la copa a la Virgen...

¿Saben lo que les digo? Que ahora que soy un experto, el fútbol me gusta menos que antes.

Anuncios de contactos

¿Saben? Yo compro el periódico todos los días, porque hay que estar informado... Y si algún día tengo mucha prisa lo que hago es leer sólo las páginas de contactos. Sí, porque en las páginas de contactos está resumido el periódico entero. Sección internacional: «Griego, francés, turco...». También está la sección de música: «Dúos, tríos, grupos...». Meteorología: «Lluvia dorada...». Economía: «10.000 completo».

Bueno, y lo mejor es lo que ayudan a la gente con problemas... Por ejemplo, una señorita tiene un problema: «Vanessa: muchas tetas, 120». ¡Ciento veinte! ¿No son demasiadas tetas? Oye, pues lo anuncia, y alguien le comprará veinte o treinta...

Los anuncios de contactos, al igual que el resto del periódico, hay que saber interpretarlos. Los hay que sirven para prevenir los riesgos... «Jeannette: recibo desnuda.» Pues está bien que te avisen, porque imagínate que van unos testigos de Jehová, llaman al timbre y les abre Jeannette desnuda...

—Venimos a verte en nombre de Jesús.

—¿Qué pasa? ¿Que vuestro amigo es tímido?

También para prevenir es este otro que dice: «Leticia: senos explosivos, cuerpo de infarto...». ¡Senos explosivos!

¡Cuerpo de infarto! Aquí, sexo seguro no hay... ¡Como para llegar con la mecha encendida! Uno de mis favoritos es Víctor: «Víctor. Superdotado. Largo: dos latas de Coca-Cola». Oye, pues siendo superdotado ya podría haber estudiado el sistema métrico decimal... Y lo de las dos latas de Coca-Cola, depende, ¡porque si son de las que te dan en los aviones...!

Y es que algunos anuncios dan qué pensar: «Chicas universitarias, reciben las 24 horas».

Vale, ¿y cuándo estudian?

Y también está ese que dice: «Orientales. Disfrutarás haciendo un trío con nosotros». ¡Está claro! Orientales... un trío... ¡Coño, éstos son los Reyes Magos!

Dentro de los anuncios de contactos también encuentras a gente muy directa: «Carla, azafata de vuelo, te hago de todo». Y es verdad: te retrasa el avión, te pierde las maletas. ¡De todo te hace!

Hay otros, sin embargo, que son contradictorios: «Jennifer: viciosa y discreta. Dirección, calle Bailen, 40». Querida Jennifer: viciosa... puede, pero discreta... no.

Y este otro: «Sumisa, llámame por las tardes». Un momento... ¿No eres sumisa? ¡Te llamaré cuando me dé la gana!

Y luego están los que te hacen dudar: «Famosa de la tele. Demostrable». Bueno, si te lo tiene que demostrar, no será tan famosa. Y además aunque sea verdad, sólo con esos datos...

Podría ser la oveja Dolly.

Otro desconcertante: «Lisa: enormes tetas». Señorita, decídase: o lisa o enormes tetas.

Claro que, para dudas, éste: «Yoli. Soy ninfómana. Lo hago por vicio. 10.000 pesetas». ¿Diez mil pesetas qué? ¿Las pagas tú, o te las paga ella? Porque si lo hace por vicio...

Hay algunos que, si te paras a pensar, promocionan el canibalismo: «Angela: cómeme enterita». Y al lado hay otro que dice: «Sofía: me lo trago todo». Pues ya está: ¡Angela, tiene que llamar a Sofía!

Y el más inquietante: «Kitty y Maica, ven a vernos... ¡y haremos un sandwich contigo!».

¿Conmigo? ¿Qué pasa? ¿Que en su barrio no hay McDonalds? Seguro que después de comerte a ti, se beben las dos Coca-Colas de Víctor.

Pero para mí el más alucinante es ese que pone: «Marlén, señorita discreta muy culta y elegante. Te ato a la cama, todas las posturas, francés bajo el agua en mi jacuzzi, griego profundo, lluvia dorada, penetración infinita, beso negro con ojos vendados. Completo

5.000, y si quieres una hora, 10.000». O sea, ¿que todo eso te lo hacen en media hora? ¡Qué barbaridad! Para mí que Marlén es Ramón García, porque eso es El Gran Prix...

Lo que no entiendo es por qué poner un anuncio de contactos en el periódico cuesta mil pelas por palabra y, sin embargo, Anasagasti sale gratis todos los días. ¡Y con foto, que Vanessa no sale con foto!

Yo creo que al paso que van acabarán resumiéndolos aún más para no gastarse tanta pasta. Y ya puestos, tengo algunas sugerencias. Por ejemplo, en vez de decir «griego profundo», podrían poner: «Platón». Y en vez de anunciar «francés bajo el agua», podrían poner: «Cous-teau». Y sobre todo, en vez de «beso negro con ojos vendados», ¿no podrían poner «Stevie Wonder»?

Ocio creativo

Me llamo Verónica y soy ociópata. ¿Saben lo que es, no? Una adicta al ocio, pero al ocio creativo, que es lo que se lleva ahora. Ocio creativo es hacer algo en tu tiempo libre que no sea descansar y que, por supuesto, te cueste una pasta... Porque si es gratis no es creativo.

Un día una compañera me preguntó:

—¿No me notas nada especial?

—Mujer, pues como no sea que tienes el culo más gordo...

—Pues a lo mejor, pero es de satisfacción: acabo de terminar un cursillo de autoestima y, chica, me gusto más...

Y yo me dije: «¡Pues si con la autoestima no te importa tener el culo gordo, yo me apunto...!».

Y allá que me fui.

En los cursillos de autoestima se aprende sobre todo una cosa: que la morcilla es para los demás. O sea, ¡que a los demás les den morcilla! Tú entras allí y te dicen:

—Tienes que quererte, tú eres lo más importante del universo. Si sólo queda un pastel en la bandeja y te lo comes tú, eso no es ser egoísta... eso es quererse... Y si alguien se queda sin pastel... que le den morcilla.

Y luego te dicen:

—No tienes por qué hacer nada que no quieras hacer; aprende a decir ¡no!

Y te tienen media hora diciendo: «¡No...! ¡No...!».

—Y ahora haremos una relajación...

Le dije:

—¡¡¡NO!!! ¡Yo ahora no quiero relajarme, yo lo que quiero es un pastel!

Y, claro, a fuerza de pasteles se me puso el culo como una rotonda.

Y llegué a la siguiente conclusión: cuando tienes más culo que autoestima... tienes que ir a aeróbic. Al hacer la matrícula me dijeron:

—El aeróbic son cinco mil, pero aeróbic más tai chi son siete mil y te regalamos la crema reductora Celulix...

Y, chica, me convenció.

Cuando llegas a aeróbic te das cuenta de que todos se saben el baile menos tú. De repente la música empieza: «¡Sex bomb, sex bomb...!» y tú quieres seguir los movimientos de los demás, pero vas descuadrada... Cuando todos van por el tercer «sex», tú vas todavía por el primer «bomb». Cuando todos van a la derecha, tú vas a la izquierda. Cuando ellos levantan el brazo, tú levantas la pierna... Yo le di un puntapié a un señor que no conocía de nada...

Pero no me importó: ¡tenía autoestima! «¡Que se aparte él, yo soy el centro del universo, ¡que le den morcilla!».

Al salir de clase me pregunté: «¿Dar saltos vestida de mamarracho al ritmo de Tom Jones es ocio creativo? Bueno, menos mal que me queda el tai chi...».

¡Ah, el tai chi...! ¡Qué bien me suena eso del tai chi... tan milenario y tan oriental...! En la primera clase, el profesor de tai chi, que por cierto se llamaba Ramón y era de Teruel, que no pega nada, nos dijo:

—Lo más importante en el tai chi es el equilibrio.

Y te enseña a cargar una bola imaginaria... ¡Sin que se te caiga!! ¡Que digo yo que lo difícil sería que se te cayese!

Pero, en fin: así te tiras tres semanas. Llevando la bola por todo el aula... ¡Joder con el ocio creativo! Oye, que llegué un momento en que me obsesioné, iba por toda la casa con la bola.

Cuando quería coger algo, tenía que ponerme la bola entre las piernas... Hasta que me harté y le dije al profesor:

—Tenga usted la bola que yo no puedo más... ¡Y que conste que no se me ha caído ni una sola vez...!

Cuando salí de allí, me dije: «Ya tengo autoestima y equilibrio. ¿Qué me falta?

¡Relajación!». Y me apunté a yoga.

Me habían dicho que con el yoga iba a dejar salir mi yo profundo. Antes de ir a clase yo pensaba que la definición de yoga era «Ponte en esta postura e intenta que no se te rompa la cadera». Pero no, me relajé completamente. Me relajé tanto, tanto... que me quedé dormida, y que me puse a roncar. Y a mí me van a perdonar, pero me niego a pensar que ése es mi yo profundo.

Porque, además, por muy yoga que sea, ¿es de buena educación hacer exhibición del yo profundo en público...? Para aclarar esta duda me apunté a un cursillo de protocolo y buenas maneras impartido por Nati Abascal.

El primer día tratamos la mantilla española. La mantilla, abrigar no abriga; favorecer, tampoco; pero, en cambio, es muy incómoda. Eso sí, la mantilla no es nada sin la peineta, que es una especie de antena parabólica, pero que no coge el Plus... Ahora, tiene unas prestaciones...

Tú te compras una mantilla y una peineta, y ya te vale para todas las veces que tengas que ir a ver al Rey o al Papa. Claro que Nati nos dijo que para ir a ver al Papa con peineta —¡el Papa con peineta no, la peineta la llevamos nosotras!— hay que aprender a hacer bien la reverencia, así es que también me apunté a un curso de reverencia. En total me habré gastado unas cuatrocientas mil pesetas en ocio creativo, pero a cambio, ¡miren qué reverencia!, ¡qué equilibrio!, ¡qué relajación!, ¡qué autoestima...! ¡Que les den morcilla!

Qué pasaría si no existiera la tele

Ayer en casa se nos estropeó la televisión y se la han llevado a arreglar... Y por la noche, en la cena, me di cuenta de que estábamos todos en silencio mirando el hueco donde antes estaba la tele. Vamos, que para salir del paso me tuve que sentar encima del mueble y entretener a la familia:

—¿Dónde está la sal? A, en la alacena. B, en el armario... ¿Marcamos armario? ¡Síiiiiiiiiiii!

En ese momento me puse a pensar qué pasaría si no existiese la televisión. ¡Sería el caos!

Para empezar, ¿cómo decoraríamos el salón? ¿Tendríamos que volver a poner aquel cuadro del ciervo al que un perro le muerde el cuello? Y, ¿dónde pondríamos los toreros y bailaoras? ¿Encima del microondas?

¿Se lo imaginan? Sería horrible. Y tu única forma de hacer zapping sería: «Miro a mi padre, miro a mi madre, miro a mi padre, miro a mi madre... Y cuando me canso, miro al ciervo».

Y no sabríamos de qué hablar. Ahora, en el trabajo, decimos:

—¿Viste ayer Crónicas Marcianas?

—No, estuve viendo el Plus.

Si no hubiera televisión llegaríamos por la mañana a trabajar y diríamos:

—¿Viste ayer... el ciervo?

—Pues no, estuve viendo a mi padre.

Y la distribución de los salones sería distinta, los sillones estarían puestos en redondo para poder hablar y verse las caras... No como ahora, que las parejas siempre hablan de lado, como los egipcios. ¿Se han fijado? En la cama hablan de lado, en el coche hablan de lado y viendo la tele también, de lado. Si no hubiera tele, al verse de frente más de una pareja se llevaría una sorpresa:

—Oye, Mariló... ¡Si tú eres bizca!

—Pues anda que tú, que tienes unos agujeros de la nariz que te asomas y se te ve la próstata...

Si no hubiese televisión sería un desastre. Y eso que no hay nada en el mundo que tenga más enemigos que la tele. Por ejemplo, decimos que la tele tiene la culpa de que seamos unos incultos. De eso nada, la tele da mucha cultura. ¿Quién conocería Móstoles si no fuera por lo de las empanadillas? ¿Quién sabría lo que es la arielita? ¿Y el ziritione? ¿Y quién sabría que en caso de úlcera gastroduodenal hay que consultar con el farmacéutico?

La tele da mucha cultura, porque si no mease por ella nadie conocería animales exóticos como el lirón careto o Los Mosqueperros... Y tampoco sabríamos que el ñu es el animal más desgraciado de la selva: que cuando no se lo come un cocodrilo, lo agarra un león, o se rompe una pata y lo abandona la manada... Si no hubiera tele pensaríamos que el animal más desgraciado del mundo es el ciervo.

Y no sólo eso. Gracias a la tele sabemos idiomas, por ejemplo sabemos que yogur, en griego, se dice jroñiak ke jroñiak. Y gracias a Eurovisión sabemos que abanibí aboebé quiere decir «te quiero amor». Y podemos tener conversaciones de lo más cosmopolitas:

—Abanibí, ¿quieres algo de postre?

—Sí, aboebé, me apetecería un jroñiak ke jroñiak de frutas del bosque.

Y no sólo aprendemos idiomas extranjeros. También aprendemos un idioma nuevo, el idioma de la tele... Si no hubiera televisión, cuando alguien dijera «Leche, cacao, avellanas y azúcar...», le responderíamos: «¡Po-tin-gue!». Y si le dijésemos a alguien sin venir a cuento: «Susanita tiene un ratón...», nos diría «Pues que le eche matarratas»; «... un ratón chiquitín...», «Pues será un hámster»; «... que come chocolate y turrón...», «Oye, ¿tú estás gilipollas?»; «... y bolitas de anís...», «¿Anís? Tú sí que has bebido anís... ¡del Mono...!».

Otra cosa de la que se acusa a la televisión es de fomentar la violencia. Aquí tengo que reconocer que un poquito... sí. Tú estás viendo una película y te vas quedando sopa, te vas

quedando sopa... Y de repente «Chan, chan, chaaaan... ¡¡¡Prolongue la vida de su lavadora, con Calgón!!!». ¡La publicidad...! ¡Y, oye, te cabreas...! ¡Con razón!

Pero si no existiese la televisión, ¿qué pasaría? Que nos quedaríamos dormidos mirando la lavadora... y diciendo: «Desde luego qué programas más malos ponen en la lavadora... cada día está peor...». Y además se estropearía cada dos por tres, como no conoceríamos el Calgón... Y, claro, te cabrearías y diríamos que las lavadoras incitan a la violencia...

Y, por último, se dice que la televisión está llena de sexo... Total, porque en muchos programas sale una folclórica que va con un cubano que tiene un hermano gemelo que se ha liado con una que copuló seis veces en una noche con un guardia civil, que a su vez fue yerno de un torero que se casó con una tonadillera que tuvo una hija con un boxeador que después se casó con una peluquera que le lava la cabeza a una con seis dedos, que todo el mundo pensaba que era un tío y que empezó a cantar con uno que iba de rodillas y otro que lleva peluca...

¡Desde luego es que somos exagerados...! Porque esto, ¿qué es? ¿A, sexo; o B, geometría? O, C, tauromaquia. O, D, zoofilia. Les recuerdo que pueden utilizar el comodín del público. Y piensen que todo esto no hubiera pasado si no existiese la televisión.

Baños de mujeres

—¡Oye!, eh, ah, ¿sabéis dónde está el servicio? No claro, le pregunto a las chicas. ¿Habéis?, ¿sí?, ¿habéis ido? ¿Sí?, ¿y qué tal está? ¿Sí?, ¿está bien?

Jo, es que... es que se lleva uno cada sorpresa, ¿verdad? Porque, madre mía... De todas maneras, también me gustaría que alguna de las que habéis ido me dierais una pista, porque... Sí, porque cada vez es más difícil distinguir el cuarto de baño de las chicas del de los chicos... Tú vas al servicio, estás que te lo haces y te dicen: «Al fondo al pasillo». Y tú vas al fondo al pasillo, tiquití, tiquití, tiquití y cuando llegas allí: una puerta; otra puerta. Un misil y un volcán. ¿Un misil y un volcán? ¿Y yo qué soy?, ¿misil o volcán?

Hombre... Menos mal que hay pistas, hay pistas que no fallan. Como por ejemplo: al cuarto de baño de señoras siempre se va de dos en dos. Claro.

Hay pistas peores, ¿eh? Hay pistas que son dolorosas. Por ejemplo, otra cosa que no falla: en el servicio de mujeres siempre hay cola. Pero cola que llega hasta la mitad del pasillo. Y siempre hay una tía que quiere hablar, en la cola. Pero a mí qué me importa lo que me estás diciendo, tía, si yo lo que quiero es entrar. Claro. Y tú estás... estás con la mirada fija en esa puerta, esa puerta que se tiene que abrir y aguantando como puedes. Y cuando por fin se abre la puerta, entras corriendo y cierras detrás para que nadie se cuele.

Cuando has entrado. Cuando has entrado vuelves a ser consciente de lo guarro que está todo. Ese barrillo... Ese barrillo como chocolate y todo lleno de papeles, y tú de puntillas. Y claro: como no hay una puñetera percha que llevarse al bolso, el bolso te lo tienes que quitar y te lo tienes que poner en el cuello, de collar.

El abrigo, porque claro, en invierno es mucho peor. El abrigo, que suele ser largo, porque ahora a los modistas les ha dado por hacer los abrigos largos, te lo tienes que poner en los brazos, como si fuera un echarpe. Y eso si tiene raja por detrás, porque si no tiene raja por detrás te lo tienes que poner por encima. Porque si te lo pones por los brazos, ¿con qué te desabrochas? Y si te lo pones por arriba... es que no ves. Con lo cual te terminas por quitar el abrigo y te lo pones de bufanda.

Ya... ya hemos llegado a un punto en el que te puedes quitar la ropa, pero, claro, hay que tener mucho cuidado de que nada toque el suelo, ¿eh? Para eso... para eso tienes que abrir mucho las piernas. Y no, por supuesto no puedes ni rozar la taza, nada, nada, nada.

Cuando estás ahí, ya parece que has llegado, ¿no? Bueno, pues de repente se apaga la luz. ¿Dónde está la luz? La luz está mera.

Claro, que si esto te pasa yendo de marcha y pedo: el acabóse. Porque, por muy pedo que estés, nunca dejas de ser consciente de lo guarro que está todo, claro. Y tienes que hacer verdaderos esfuerzos para no rozar nada.

Entonces, para eso hay dos posibilidades: o poner la mano detrás, o pegar la cabeza a la puerta. Y una vez que estás así, intentando atinar, cantas una canción, la que está sonando fuera, para que nadie abra... porque tampoco hay pestillo: «Every body, yeah... Every body, yeah...».

Por fin terminas y parece que te has quedado relajada ¿Y qué pasa? Que no hay papel. Nunca hay papel. Buscas en el bolso y terminas por limpiarte con el resguardo del cajero. Ja, ja, ja, si el saldo es positivo, pero como esté en números rojos... ¿qué?

En fin, que me voy por las ramas, me entretengo y... Y yo, ahora mismo pues la verdad es que me tengo que ir al servicio y tengo tres problemas: primero lo tengo que encontrar; después tengo que encontrar una amiga que se venga conmigo; y luego tengo que saber si soy misil o volcán. Me lo voy a pensar.

España es un bar

¿Alguna vez se han planteado cómo nace un pueblo? Pues muy fácil. Llega un tío a un sitio desierto, pone un bar, y alrededor empiezan a construir casas. ¡Por lo menos en España! La prueba es que en España hay pueblos sin escuela, sin ayuntamiento, sin farmacia, sin cuartelillo..., pero sin bar... ¡Ni de coña! Claro que, por lo menos, allí es donde te dan más cuartelillo... ¿Y saben cuál es el motivo? Que en los bares podemos hacer muchísimas cosas que no podemos hacer en casa.

Para empezar, en un bar puedes tirar al suelo las cabezas de las gambas... Tíralas en casa y verás la que se líaa... En el bar tiras las cabezas de las gambas y las tapan con serrín. ¿Que se cae una cerveza? ¡La tapan con serrín! ¿Que se cae un borracho? ¡Lo tapan con serrín! ¡Será por serrín! Otra cosa no, pero en un bar hay más serrín que en la tumba de Pinocho. O en las sandalias del niño Jesús, que vivía en una carpintería, ¿que no?

Hay otras cosas, sin embargo, que haces mejor en tu casa que en un bar: mear. Sí porque en el bar el baño está hecho un asco, porque los tíos no apuntamos y para entrar tienes que ponerte las botas katiuskas. Claro que, de vez en cuando, se pasa el dueño y echa en el suelo un poquito de serrín. Pero es que la taza también está guarra, porque nadie tira de la cadena... Yo estoy seguro de que si en un bar tiras de la cadena cae serrín...

El bar también sirve para quedar con los colegas. Porque mi casa es tan pequeña que sólo cabemos tres. Y sin el móvil. Y, claro, ¿dónde vas a quedar si no? ¿En una ferretería? ¿En la farmacia? ¿Y qué vas a pedir, tres chupitos de Bisolvon y dos tabletas de Lexatín? ¿O en la iglesia? Y eso que... pensándolo bien... una iglesia es lo más parecido a un bar... Hay un señor detrás de una barra, vino, música, gente... y a veces hay hostias... Y los domingos, a la hora del aperitivo, los dos sitios se ponen hasta el culo.

Eso sí, en los bares hay más buen rollito que en la iglesia... Porque mientras que en la iglesia para que sueltes algo tiene que pasar un tío con una panera, en el bar discutes por pagar:

—¡Chssst! ¡No le cobres a ése, que me enfado! ¿Eh?

¿Dónde más pasa esto? ¿Se imaginan que discutiéramos por invitar en... la comunidad de vecinos, por ejemplo?

—¡Chssst! La parabólica la pago yo.

—Pero si tú ya pagaste la caldera...

—¡Qué más da!... ¡Si no vamos a salir de pobres! ¡Jefe, pon otro ascensor! ¡Y unas puertecitas blindadas para todos!

Y, además, en un bar puedes comer cosas que no puedes comer en casa. Hoy en día si te quieres comer unas croquetas caseras te tienes que ir a un bar, porque en tu casa son de Findus. Lo mismo pasa con las patatas bravas, el alioli, los chopitos... Si no hubiera bares, estos platos estarían en peligro de extinción. Tendríamos que ir a ver los chopitos al zoo:

—¡Mira, hijo! ¡Un chopito!

—¿Dónde? ¿Dónde?

—Ahí, al lado de las gambas con gabardina.

Y otra cosa: tu casa, ¿cómo se llama? Pues «tu casa» o como mucho «4° C». ¡Y anda que no hay «cuartos ees»! En cambio, los bares tienen nombres fascinantes: el Bar-bitúrico, el Bar-bara Rey, la Tasca-breao. Yo debo pelas en todos, pero donde más dinero debo es en el Bar-Clays Bank.

Claro que para bares con nombre raro, los que con el tiempo se le han caído letras y lees cosas como: «asa iménez». Se le cayeron la «c» y la «j». «Saboree lo mejor de nuestros -o-ones», que se le cayeron la «c» y la...

—¡Por favor, que sean los fogones, que sean los fogones...:

En un bar lo más importante es el camarero. Los camareros de los bares se pueden dividir básicamente en dos tipos: el camarero ágil... y el agil-ipollado. El ágil, según entras por la puerta, te limpia la mesa, te acerca el servilletero, te pone una caña y te dice:

—Van dos cero, pierde el Madrid, ha bajado el índice Dow Jones y el político menos valorado es Mayor Oreja... ¿Te pongo una de oreja?

Éste es el ágil... El agil-ipollado se reconoce porque parece que esté saliendo de la anestesia: ni te oye, ni te ve. Tú le estás haciendo señas, como si estuvieras aparcando un avión, pero el tío pasa por tu lado sin mirarte, como un médico de la Seguridad Social. Que entras por la mañana, y cuando por fin te hace caso...

—A ver, ¿qué va a ser?

¿Que qué va a ser...? ¡Dentro de nada de noche, huevazos!

Pero donde el bar alcanza la gloria es cuando hay partido. El bar es el templo del fútbol.

Antes había unos carteles en los que se leía: «Estupendos berberechos»; «Deliciosas nécoras». Ahora no, ahora ponen: «Hoy: Dépor-Real Madrid»... Y en todo el día no se habla de otra cosa... Nada más entrar pides una caña y el camarero te dice: «Morientes tiene osteopatía de pubis». Y ésa es la gran diferencia entre el bar y tu casa: nunca se discute por el mando. En el bar no hay zapping: Si hay partido, se ve el partido; si hay patinaje artístico, se ve el partido; si hay Informe semanal, se ve el partido; y si hay peli porno en el Plus... ¡Se graba el partido!

El glamour de la Iglesia

Se dice que la Iglesia no se adapta a los tiempos. ¡Y a mí me parece muy bien!

Porque, seamos sinceros, la Iglesia se ha modernizado poco, pero cada vez que lo hace pierde parte del glamour que ha tenido siempre. Sí, porque la Iglesia es la institución más glamourosa que existe, después de servidor, claro.

La Iglesia siempre ha sido puro glamour: esos cálices dorados, esos ábsides churriguerescos, esos cirios de dos metros... ¡Todo marca Christian... Dior! ¡Si es que es todo divino! Bueno, y esos ángeles... con esas plumas. Porque dirán que los ángeles no tienen sexo, pero pluma... Mira si la Iglesia tiene glamour, que cuando hacen ejercicios... ¡son ejercicios... espirituales! ¡Para no sudar! Porque sudar es una ordinariez... ¡Y esa agua bendita a la entrada del templo, que la gente se la pone así... como si fuera Chanel...! ¡Es fenomenal! Y esa megafonía... con esa voz que sólo tienen los curas, reverberando por toda la iglesia:

—Queridos hermanos... anos,... anos,... anos...

Pero a mí lo que más me subyuga de la misa es ese momento Teresa Rabal: «Me pongo de pie, me vuelvo a sentar... porque a los oficios vamos a jugar...». ¡Si es que con tanto levantarse y sentarse se te queda un culo maravilloso...! Es un aeróbic divino.

¡Pero, cuidado! ¡Porque la Iglesia empieza a tener preocupantes síntomas de desglamourización.

Antes la Iglesia sólo anulaba el matrimonio a la gente con mucho glamour, como Carolina de Mónaco. Porque esta gente pide la nulidad, para casarse con un príncipe, o con un marqués... Y claro, en un vulgar juzgado, no te vas a casar con un marqués. Pero ahora... le van a dar la nulidad a Rociño, para que se case con un... con un... ¡con un Fidel! ¿Pero qué título es ése? ¿Marqués de Collarín?

La Iglesia está perdiendo glamour, verdaderamente. Ya es casi imposible asistir a una de esas maravillosas misas cantadas en latín... Ahora lo que hay es una panda de catequistas, ¡con esos jerséis con coderas!, tocando la guitarra: «Santo, santo, santo, santo, santo es el señoor...». Luego la gente se queja de que Dios no escucha... No me extraña, si es que debe de llevar tapones en los oídos.

Pero lo que ya es mucho son los curitas de ahora... ¿Ustedes se acuerdan de lo guapo que estaba Richard Chamberlain en el Pájaro Espino, con su alzacuellos? ¡Me lo van a comparar con la pinta que llevaba Andrés Pajares con esos vaqueros de Zara! ¡Ay Señor, Señor! Si parece Ortega Cano de andar por casa, «con el batín de franela»; es como si el conde Drácula apareciera en chándal.

Por eso la gente ya no va a misa más que cuando hay una boda. Y claro, ahí es cuando los curas tienen que aprovechar para meterle al pueblo todos los mensajes juntos. Yo estuve en la boda de Cayetano Rivera, el hijo de Carmina, y el cura empezó a soltar mensajes locos en el sermón:

—... La juventud está enferma... Tres de cada diez jóvenes están deprimidos...

¡Pues serán los tres que siguen viniendo a misa!

¿Y qué me dicen de las monjas de ahora? Porque las de antes... ¡Aquellas monjas «ala delta»! Que parecía que iban a echar a volar... Pero hay que reconocer que aquellas monjas tenían glamour, con esa toca blanca enroscada... ¡Podían ir a las carreras de Ascot! Y con aquellos hábitos negros hasta los pies... Que daban terror, ¡que es lo que tiene que dar una monja! Ahora, las monjas siguen metiendo miedo, ¡pero por esa toca horrible que llevan por los hombros! Una toca utilitaria como de ir a hacer los recados... Con la falda por debajo de la rodilla y esas medias tan tupidas que no sirven ni para un atraco, porque te las pones en la cabeza y no ves nada. Eso sí, ya te pueden disparar, que las balas rebotan.

Pero el que más glamour ha perdido es el Papa. Que ha dejado el púrpura y va siempre de blanco, ¡y en esa horterada del papamóvil! ¡Si parece el camión de los helados, con el heladero dentro! Los papas de antes iban en carroza o en cochazo, y cuando se bajaban, no andaban con los pies como todo el mundo. Los papas siempre iban a hombros de la guardia suiza, a la sillita de la reina. ¡Eran auténticas reinonas! Ahora, el Papa no sólo pisa el suelo, sino que se lanza sobre él, ¡y lo besa! ¡Y se revuelca! ¡Vamos, yo creo que podría trabajar de Boris Izaguirre en Crónicas Marcianas!

Y en el fondo, fondo, fondo del armario, prefiero que la Iglesia no me deje casarme con mi novio porque, si van a cantar esos catequistas con coderas, prefiero seguir viviendo en pecado.

La paz sea con vosotros.

El turismo rural

Si hay un timo que funciona últimamente es el del turismo rural. Se trata de un deporte nacional que antes se llamaba «ir al pueblo». La diferencia es que si vas a tu pueblo es gratis, y si haces turismo rural vas a un pueblo que no es tuyo y pagando una pasta.

Para hacer turismo rural no vale cualquier pueblo. Tiene que ser un pueblo «con encanto». ¿Y qiié es un pueblo «con encanto»? Pues un pueblo que sale en una guía de pueblos «con encanto»... Si es que se cae por su propio peso. A estos pueblos se suele llegar a través de una carretera comarcal «con encanto», que es una carretera con tantos baches y tantas curvas que cuando llegas al pueblo estás encantada de bajarte.

Y cuando entras al bar intentas integrarte con los vecinos...

—¡¡¡Buenos días, paisanos!!! ¿Qué es lo típico de aquí?

Y el del bar piensa: «Pues aquí lo típico es que vengan los gilipollas de la ciudad los fines de semana a dejarse doscientas mil pesetas».

Lo siguiente es alojarse en una casa rural o «casa con encanto», que es una casa adornada con muchas vasijas y ristras de ajos en el techo, que no tiene ni tele, ni radio, ni microondas... Eso sí, tiene unos mosquitos trompeteros que por la noche hacen más ruido que una Derbi Coyote.

Luego te das cuenta de que los del pueblo viven en unas casas que no tienen ningún encanto... Pero tienen jacuzzi, parabólica, Internet... y portero automático. Tu casa no tiene portero automático, pero tiene una llave que pesa más que Cañizares.

Otra ventaja que tiene hacer turismo rural es que puedes elegir entre una casa vacía o vivir con los dueños. Estupendo. Te vas de vacaciones y además de la tuya tienes que aguantar una familia postiza. Que por la noche tú quieres ver Lluvia de Estrellas y ellos La Noche Temática y te planteas: «¿Quién manda más, yo que he pagado cien mil pelas o este señor que vive aquí?». Pues gana él, que tiene garrote.

Y encima te dicen que tienes la «posibilidad de integrarte en las labores del campo»... Que quiere decir que te despiertan a las cinco de la mañana para ordeñar a una vaca. ¿No te jode? Es como si te vas a una gasolinera y te tienes que poner tú la gasolina, o como si vas a un McDonalds y tienes que recoger tú la bandeja... O sea, lo normal.

Así que te levantas a las cinco para ordeñar a las vacas. Que digo yo: ¿por qué hay que ordeñar a las vacas tan temprano? Si la leche está ahí... ¿No se pueden ordeñar después del aperitivo? Yo creo que esto es fastidiar por fastidiar, porque a la vaca le tiene que sentar como una patada en las ubres que la despierten a las cinco de la mañana para que le toque las tetas un extraño... Que la vaca te mira como diciendo: «Tía, si quieres leche vete a la nevera y coge un tetra brick». Es que son ganas de molestar...

Pero el «encanto» definitivo son las «actividades al aire libre». Como cuando te ponen a hacer senderismo, que es lo que habitualmente se llama... andar, y consiste, pues eso, en poner un pie delante de otro hasta que no puedas más, mientras los del pueblo te adelantan en un todoterreno con aire acondicionado...

Pero tú encantada. Vas por el campo como abducida. Te vuelves bucólica y todo te parece impresionante: ves una boñiga de vaca y sueltas:

—Ummmmh... qué olor a pueblo...

¿A pueblo? A pueblo no, huele a mierda... Eso sí, a mierda «con encanto».

Y todo, sea lo que sea, te sabe a gloria: en el mesón te ponen dos huevos fritos con chorizo y tú:

—En Madrid no te comes tú estos huevos... En Madrid no te comes tú estos chorizos... En Madrid no te tomas tú esta Coca-Cola...

Y le dices al camarero:

—Oiga, ¿a que este chorizo es de matanza?

—Pues casi, porque a punto estuvo de matarse en la curva el del camión de Campofrío.

De repente oyes unas campanadas y dices:

—¡Ah...! ¡Qué paz! No hay nada como el tañido de una campana...

Y tu marido:

—Pero si está grabado, ¿no ves el altavoz del campanario?

En ese momento te preguntas si los sonidos de las gallinas y de los grillos no vendrán en un CD: RuralMix 2001. Los 101 mayores éxitos campestres. De lo único que estás segura es de que los mosquitos trompeteros son de verdad... Que pareces un Ferrero Roché con varicela. Yo creo que, de lunes a viernes, la gente de estos pueblos vive como todo el mundo, pero el fin de semana distribuyen por la carretera a unos tíos disfrazados de pastores y, cuando ven que se acerca un coche, avisan a los del pueblo con el móvil:

—¡Eh, que vienen los del turismo rural!

Y cambian el cartel de «Videoclub» por el de «Tasca», sueltan unos perros cojos por las calles y sientan a la entrada del pueblo a dos abuelos haciendo alpargatas, que luego te compras unas y te salen más caras que unas Nike.

En fin, yo creo que un montaje tan grande como éste no puede ser obra de personas aisladas. Estoy segura de que están implicadas las autoridades. Me imagino al alcalde:

—Queridos paisanos: este verano, para incrementar el turismo, vamos a importar más mosquitos del Amazonas, que el año pasado tuvieron mucho éxito. Y quiero ver a todo el mundo con boina, nada de gorritas de Marlboro... ¡Y haced el favor de pintaros el entrecejo, que no parecéis de pueblo! Y las abuelas... nada de top less en el río... que espantáis a los mosquitos. Ah, y por cierto: este año no hace falta que nadie haga de tonto del pueblo. Con los que vienen de fuera ya tenemos bastantes.

Las salas de urgencias de un hospital

¡Qué guay! ¡Mola que la gente vaya al teatro! Lo peor es que cuando sales... ¡a ver qué haces! Con la manía que les ha entrado a los alcaldes de cerrar pronto los garitos, no sabes dónde meterte. Claro que yo controlo la noche. Sé donde hay que ir para encontrar marcha heavy: a las salas de urgencias de los hospitales. ¡Muy fuerte! ¡Joé, qué ambiente... eso es el mejor after hours que existe!

Lo primero que te encuentras, nada más entrar, es que allí cada uno va a su bola. Fundamental para sentirte a gusto en cualquier sitio. Uno llega allí con su madre doblada porque le ha arreado un cólico de riñón, y la gente pasa de todo... ni puto caso... Ves a un tipo con bata blanca:

—Oiga, mire, mi madre que...

—Siéntese allí un momentito, que enseguida le llaman.

¿Por qué piensan que allí sentada le va a doler menos que en casa? ¿Es que meten calmantes en los conductos de ventilación?

Así que nada, aparcas a la vieja, que está hecha un cuatro, y te pones a mirar a la basca.

¡Buah, qué ambiente! ¡Selecto! ¡Y cómo van vestidos! ¡Supercómodos! En pijama y con la chaquetilla del chándal; en batín, desnudos y encima una manta... Que dices: «¡Joder, para un día que salen, que poco se maquean! ¿No?». Pero bueno, que no te obliguen a ir de etiqueta ya es un punto...

Enseguida se empieza a llenar aquello: ¡atención! Llega una familia con un niño que se ha tragado la llave del aparador de la abuela. Mola porque ves que toda la familia ha salido junta de marcha: está el niño, la llave, la madre, el padre, la suegra, el abuelo, la chacha, y no se han llevado el aparador porque no cabía en el monovolumen... Y todos gritando a la vez... Y el médico no sabe ni lo que pasa, ni quién es el enfermo... ni le importa. Setecientos tíos montando bulla... ¡y luego dicen que cierran los garitos por el ruido! Pues menudo escándalo hay en urgencias. En el cartel de «Se ruega silencio», en vez de a una enfermera de los tiempos de Marisol con el índice sobre los labios..., deberían poner a un celador con cara de mala hostia y guantes de boxeo. Sí, sí, como esos porteros de garitos que no te dejan pasarte de la raya...

Y luego, que no te hacen ni caso, aunque parezcas sacado de Impacto TV. Ya puedes entrar con el ojo en la mano, y acercarte a la supervisora:

—Disculpe, señorita, mire...

—Sí, sí... Siéntese ahí un momentito que enseguida le llaman.

Por si te has perdido algo, siempre hay otro que lo transmite por teléfono:

—No, todavía no lo han visto... sí, el brazo cada vez está más morado, pero peor está el del ojo, ¡si lo vie-
rais...!

Que no, que no echas de menos nada de los garitos.

Hasta el ganado se parece. Por ejemplo: hay un tío que no se mueve para nada. Claro, en el pafeto piensas: «¡Jodé, qué pedo lleva ese!». Pero aquí dices: «¡Joder, ese tío no se mueve! ¡Que está fiambre! ¡Está muerto...!».

—¡Enfermera, este señor se ha muerto!

—Que se espere ahí, que ya le llamarán.

¿A que en las discotecas siempre te encuentras con el típico que dice: «Oiga, es que conozco al del guardarropa, paso un momento a saludar...»? Pues aquí, igual.

—Oiga, usted no sabe con quién está hablando, mi abuelo fundó la Cruz Roja, y mi vecino es el ministro de Sanidad... ¡Quiero hablar con el inspector!

Si...si.

—Siéntese, siéntese ahí un momentito que enseguida le llaman.
Allí no se hacen distinciones. Y además la peña está unida. Si el tío intenta colarse protesta hasta el muerto...
A todo esto, tu madre retorciéndose con el cólico:
—¡Ay, qué dolooooooooor...!
—Oiga, ¿no le pueden dar a mi madre algo para el dolor? ¡Sí, sí, ya sé, que nos sentemos aquí un momentito que enseguida nos llaman!
Y el caso es que yo ya... lo siento por mi madre, pero casi prefiero que no llamen, porque conforme avanza la noche hay más ambiente.
Hasta se organizan concursos, como en los garitos. Pero nada de Miss Camiseta Mojada, no; aquí gana el que tiene la cosa más rara:
—Me han sacado la basílica balear.
—Pues a mí me duelen las verticales.
—Yo tengo un gato enterito con uniforme.
—¿Un gato enterito con uniforme?
¡Luego te enteras de que tiene una gastroenteritis coloniforme!
En las esperas de urgencias siempre hay uno que huele mal y a su lado se queda un asiento vacío. Llegas tú y dices: «¡Huy qué tontos! ¡Aquí hay hueco libre!». Te sientas, todos te miran... y a los dos minutos te levantas asfixiado y te tienen que poner la bombona de oxígeno.
¡Las sillas de urgencias...! Parecen sacadas de las películas de James Bond. Tienen un muelle que en cuanto dicen tu nombre sales disparado...
—Alberto Ruiz...
-¡Yo, yo!
Da igual cómo estés, con el ojo colgando, los dientes en un Kleenex... Sabes que tienes una oportunidad, sólo una. Como en las pescaderías: si dicen tu número y no estás, ¡el siguiente! Eso explica también que el servicio siempre esté libre. Otra ventaja sobre los garitos. Todo el mundo se está meando pero no va nadie por si le llaman... Cuando no puedes más, meas con la puerta abierta. Da lo mismo que la gente te vea porque en urgencias se pierde el pudor. Ya no puedes más, vas... y justo en ese momento...
—¡Amelia Gutiérrez!
¡Mi madre! Sales corriendo con los pantalones en los tobillos, haciendo el pingüino...
¡De verdad que mola! ¡Además, te dan pastillas gratis! ¡De colores! Que como se entere el alcalde, cierra también las urgencias, ya verán...

Los velatorios

Vengo de un velatorio. Se ha muerto el abuelo de un colega y le he acompañado al tanatorio. Y la verdad es que el tanatorio es un sitio curioso... Hay hasta bar, que, por cierto, tiene mucho ambiente, porque es el único que no cierra en toda la ciudad... Siempre hay gente que dice:

—¡Vamos a tomar la penúltima al tana!

Lo primero que te encuentras al llegar allí es un montón de coronas de flores... Que digo yo: ¿por qué le llamarán a eso corona? Yo no he visto nunca a un muerto con eso en la cabeza... Más que una corona parece un salvavidas, que hay que tener mala leche para regalarle a un muerto un salvavidas.

Y los mensajes que llevan, son para leerlos: «¡Tus nietos no te olvidan!»; «¡Tus compañeros de oficina no te olvidan!». Y tú piensas: «Pero, ¿a quién se lo dicen? ¿Al muerto...?». Los muertos no parecen muy aficionados a la lectura. Y además, ¿cómo que «no te olvidan»? ¡Pero hombre, si se acaba de morir! Como para olvidarse.

Yo creo que el bar es la clave del tanatorio. Porque, si no fuese por las copas que se toma el personal, no se entiende todo lo que pasa allí: para empezar, el negocio se llama ¡pompas fúnebres! ¿Qué falta de respeto es eso?... ¡Pompas fúnebres! Parece la marca de un champú para difuntos: «¡Pompas fúnebres, el champú que no irrita los ojos!».

Y después de lavarle la cabeza al muerto con el champú «Pompas fúnebres» nos vamos de marcha... De «marcha fúnebre»... ¿Marcha fúnebre? ¿Qué es eso? ¿Ir a mover el esqueleto? Pero menos sentido todavía tienen las conversaciones de la gente. De repente llega un tío y dice:

—¡No somos nadie!

¿Pero cómo que no somos nadie? ¡No serás nadie tú, gilipollas! ¡Yo soy un tío de puta madre!

Y otro suelta:

—Hoy estamos aquí y mañana estamos allí.

Hombre, mira, eso es lo bueno de tener coche...

En los velatorios te das cuenta de que si quieres que hablen bien de ti, no hay nada como morirte. Si, por ejemplo, tú eras un chorizo, la gente dirá:

—No tenía nada suyo...

Y si tenías muy mala leche:

—Parecía que se comía el mundo y luego no se comía a nadie...

Y aquí la cosa se anima y salta uno:

—Y hablando de comer, ¿cómo le gustaba el pollo! ¿Os acordáis de aquella vez que se comió cinco pollos de una sentada...?

Y otro:

—¿Y la vez que tiró un tabique con el hombro?

Que me van a perdonar, pero si se comía cinco pollos seguidos y tiraba tabiques con el hombro, lo raro es que no se hubiera muerto antes.

Y con estas anécdotas del muerto a la gente le da la risa floja, y de repente uno dice:

—Aaaaaaay... si no nos reímos, ¿qué vamos a hacer...?

¡Pues llorar, cojones, que para eso estáis en un velatorio!

Y entonces se crea un silencio incómodo, hasta que a alguien se le ocurre algo original que decir...

—Pues mira, ya ha dejado de fumar...

Bueno sí... el muerto ha dejado de fumar, pero los demás no paran... Que se forma allí un ambiente que sólo falta que salga Michael Jackson bailando el Thriller... Yo creo que en vez

de ponerle velas al ataúd le deberían poner faros antiniebla... ¡Es que es muy fuerte! Los muertos se van al otro barrio ahumados, como los salmones. Vamos, que si llegas tarde piensas: «¡Coño, que los familiares ya lo están incinerando por su cuenta!». Pero a mí las frases que más me impresionan son las que se dicen en el pésame: «¡Te acompaño en el sentimiento...!»». O esa otra que dice: «Ha pasado a mejor vida», que en eso sí que tienen razón... porque toda la vida con muebles de aglomerado de Ikea, y cuando te mueres te meten en un ataúd de roble macizo... Y a lo mejor te has pasado la vida conduciendo un Talbot Samba y ahora te vas al otro barrio en un Mercedes de puta madre... ¡Y con chófer! Muy bien. ¡El coche más seguro del mundo! ¡A buenas horas! En fin, yo no tengo claro lo que quiero que hagan conmigo cuando me muera. Había pensado en la incineración, pero no me convence. Porque van los familiares con las coronas de flores y el ataúd, y al rato salen con una copa de cerámica y claro, entre las coronas y la copa parece que han ganado la vuelta ciclista a España. Por eso estoy pensado en donar mi cuerpo a la ciencia. Así ni velatorio ni nada. Las orejas las donaría al museo de cera, con un tapón mío hay cera para hacer los tres tenores... El corazón a Anne Igartiburu, para que diga: «¡Hola, corazones... Hoy tenemos Corazón Golfo». Y el hígado que se lo den a J. B., que se lo ha ganado.

El videoclub

¿No echan de menos cuando en su barrio había cinco videoclubs? Ahora cada vez hay menos... Se han convertido en un lugar de culto... Hace nada podías permitirte el lujo de amenazar al dueño con cambiarte, como en el banco:

—Pues en el videoclub de Juli, el Julliwood, dan bolsa y no me obligan a rebobinar la cinta. Ahora, eso sí, quedan pocos, pero siempre están llenos. A mí me encanta ir, porque alquilar una película es a veces una aventura más grande que la propia película.

Nada más entrar comienza el suspense: ¿cómo sé yo si he visto Impacto inminente, o Impacto total? ¿O era instinto total? ¿O Instinto inminente? Así es que miras la publicidad, pero no te aclaras mucho: «¡De los actores de 77-tanid!». Pero a ti no te suena ninguno.

«Bueno, serán de los primeros que se ahogan...».

Y después de seis horas de elección, te llevas Impacto fatal, que en la sinopsis ponía: «Peggy O'Callahan... —entre paréntesis: Sigourney Weaver— se ve atrapada en una red de violencia, sexo y chantajes». Y cuando llegas a casa y la pones... ¡Coño, otra vez la del helicóptero, es la quinta vez que la alquilo!

Así que yo recomiendo que, ante la duda, se le pregunte al empleado del videoclub. Porque ese tío es tu Garci particular. El mío tiene un nombre, Juli; y un apellido: «el del videoclub». Bueno, pues Juli «el del videoclub», es un profesional del ocio. ¡Qué teorías tiene! Por ejemplo, para él acción es igual a calidad. Le dices:

—La estrategia del caracol... ¿Es buena?

—Es muy lenta, no tiene acción, sólo tienes que fijarte en el título... Coge Rambo I7, que tiene mucha acción, matan más gente que en la cuatro...

Una cosa bien distinta pasa cuando vas al videoclub y sabes la película que quieres alquilar. A medida que te vas acercando al videoclub te entra una angustia vital... «A ver si me la van a coger, a ver si me la van a coger...» Y el tramo final lo haces corriendo.

Llegas jadeando, directo a las novedades: Misión imposible 2, alquilada: Misión imposible 2, alquilada; Misión imposible 2, alquilada...

—¡Juli «el del videoclub»! ¿No queda Misión imposible 2?

—No, pero tengo La salchicha peleona, obra maestra, tiene mucha acción.

—No, es que a mí el cine de salchichas no me gusta...

—Pues Misión imposible 2 la tienen que devolver esta tarde. Pero llévate La salchicha peleona, que está teniendo mucha salida, llévatela hombre, llévatela. ¡Que te la lleses, te digo!

Una cosa tengo que decir: como al del videoclub se le meta en la cabeza que te lleses una película... ¡Te la acabas llevando! ¡Vamos, como que me llevé La salchicha peleona!

Por cierto, si escoger una película cuesta... ¡No te digo devolverla...! Dime cómo devuelves la película y

te diré cuánto tiempo la has tenido en casa. Si el «devolvedor» enseña la cinta desde la acera de enfrente, así, como vacilando, abre la puerta y dice:

—¡Buenas tardes a todos! ¡Aquí la traigo! ¡Y rebobinadita!

Y la deja sobre el mostrador, y encima se queja...

—Y hace un poco de rayita, ¿eh?

Eso es que la ha entregado en el día.

Pero cuando llevas una semana de retraso... es como atracar un banco. Dejas a un colega en la puerta con el motor en marcha. Entrás como El Coyote, de puntillas... tin, tin, tin... con el cuello subido, lanzas la película como una granada, y sales volando. ¡Si no pago las multas de tráfico, voy a pagar las multas del videoclub!

Hablando de devolver películas... ¡Qué corte pasó el otro día un colega mío! Le llamó el de su videoclub, y le dijo:

—Oiga, usted se casó y se fue a Cancún, ¿no?

—Pues sí...

—Y tiene una colchoneta con forma de huevo frito, ¿no?

—Sííí...

—Es que en vez de devolverme la película me ha dejado el vídeo del viaje de novios. Ha sido el más alquilado de la semana. Si tuviese otra película me daría igual, pero La salchicha peleona tiene mucha salida...

Aunque para pasar corte, alquilar una porno. Para empezar, las tienen en un cuartito aparte, separado con una cortina o con unas puertas del Oeste, como diciendo: «Los guarros aparte». Te asomas, ves a un tío dentro, y como te da corte dices: «Bueno, cuando salga, voy yo». Y cuando entras, vuelve el suspense: ¡a ver qué criterio sigues! Porque estas sinopsis, todavía dan menos pistas: «Unas chicas muy dispuestas se hacen cargo de un garaje de lavado. A partir de ahora los vehículos de sus clientes van a estar mucho más brillantes por delante y por detrás».

Y no vas a preguntar a Juli «el del videoclub», porque te dirá: «Ésa es buena, tiene mucha acción».

Mis favoritas son las parodias de películas normales. Allí está la versión porno de Falcon Crest: Falocrest. Y Aquellos maravillosos años, Pene de muerte, Tétame. Pero la mejor es la parodia de E.T.: ME-TER. Es igual que E.T., sólo que la bicicleta no tiene sillín, y en vez del dedo se le enciende otra cosa. El tío en vez de decir «Mi caasaaa...», dice «Mi coosaaa». Yo elegí La guerra de las galaxias. Pero lo peor es el momento de pagar. Porque yo me he forjado una reputación seria ante Juli «el del videoclub», cogiendo películas filosóficas suecas, y ahora me ve cogiendo una peli de suecas sin más, y no es lo mismo.

Así que cogí El retorno del Jedi, El imperio contraataca, y La guerra de las galaxias, y me hice el bobo:

—Voy a ver la trilogía.

La Guardia Civil

Viniendo para acá me he cruzado con la Guardia Civil de tráfico. ¡Qué acojone! Ha sido verlos y decir: «¡Algo llevo mal! Un faro roto, el carné caducado, el coche robado... ¡Algo mal debo de llevar!». Y no es que yo no conduzca bien. Es que es imposible cumplir el código de la circulación, aunque quieras: métete en una autopista y no pases de ciento veinte y verás... A los dos minutos tienes un camión oliéndote el culo. Y encima el tío cuando te pasa te pega un bocinazo y te dice:

—¡Tú estás loco! ¡Vas a provocar un accidente!

Pero cuéntale esto a la Guardia Civil:

—Perdone, mi sargento, pero voy a ciento ochenta porque si no, el del camión se enfada conmigo...

No te haría ni caso, porque ellos creen que el código de circulación se puede cumplir. ¡Claro, como son guardias civiles...! ¡A ellos no se les pone nunca un camión detrás oliéndoles el culo!

Y, además, seamos sinceros: ¿quién no se ha saltado nunca un ceda el paso? ¿Quién no ha aparcado nunca en doble fila? ¡Joder! ¡Si el código de la circulación no lo cumple ni el conductor del papamóvil!

Por eso, cuando ves a la Guardia Civil te entra el canguis, porque piensas: «¡La que me va a caer...!». Y para evitarlo te juegas la vida si hace falta. ¿No les ha pasado alguna vez que van sin el cinturón y de repente aparecen ellos? Menudo drama. Buscas el cinturón de seguridad, tiras de él, él tira de ti, te lo pasas por delante de la cara, te doblas una oreja, le das sin querer al limpiaparabrisas... ¡Vamos, que no te matas de milagro! Y yo pregunto: ¿no se supone que la Guardia Civil está para protegernos? ¿Y eso es protección? ¡La Guardia Civil es un peligro!

Y si te dan el alto... ¡Es como un flechazo! Te da un vuelco el corazón.

Y no eres el único que lo siente, ¿eh? El guardia civil también debe de sentir algo, porque nada más echarse al arcén empieza a hacerte una especie de cortejo del enamorado. Se pega a la ventanilla, te echa miraditas, da vueltas alrededor del coche, le mira el culo, le da pataditas a las ruedas, golpecitos al maletero... que llega un momento en que te dan ganas de decirle:

—¡Que sí, joder, que es un coche!

Además, ¿no les pasa que cuando les paran es justamente cuando menos se lo merecen? ¡No hay derecho! ¡Con la de veces que he ido pisando la raya continua, a ciento ochenta, hablando por el móvil... Y ahora me paran por ir a ciento treinta y dos! ¿Y por qué a mí? ¡Si ha dicho el telediario que este fin de semana iba a haber ocho millones de desplazamientos! Yo no quiero molestar, pero a veces cuesta parar, ¿eh? ¿Cómo vas a hacerle caso a un tío que lleva bigotito de actor pomo, las botas de Pretty Woman y las gafas de Torrente? ¿Qué querrá ese hombre? Es como si vas a ingresar dinero al banco y el cajero va vestido de mariachi.

Y luego el tío te da el alto con la espada de La guerra de las galaxias. En plan Obi Wan Kenobi, que dices: «¡Madre mía, que la Fuerza me acompañe!». Te sientes como Luke Skywalker y miras a tu suegra por el retrovisor y dices: «Mira, R2D2...».

La Guardia Civil te puede parar por muchas cosas; por ejemplo, porque sí. Aquí tienes dos opciones: ponerte chulo o llorar... Si te pones chulo, te colocan una multa... Sin embargo, si lloras... también.

Un sábado, a poco que salgas... un par de cubatas caen seguro. Pero, vamos, sin que te des cuenta. Y ya das positivo. Luego está el que se le va la pelota y se pilla un ciego importante. Este, cuando se le acerca el de la espada fosforescente le dice:

—Señor guardia, déjeme el Gusiluz ése, que me ha entrado miedo...

Y el guardia:

—Sople aquí.

—¿Que sople aquí? ¿Es que todavía no se cree que voy borracho...?

Pero el tío al final sopla... poquito, por si acaso hay un milagro ¿Pero a quién quieres engañar, colega? Ese guardia ha visto a un millón de tíos como tú soplando poquito. Por eso se rebota y le dice:

—Salga del coche.

Y aquí, al tío, la mejor idea que se le ocurre es hacerlo todo a cámara lenta... Y para colmo intenta hacerse el guay:

—¡Qué, agente! Mucho lío esta noche, ¿no? ¡Hay que ver cómo va la gente los sábados!

Menos mal que están ustedes... Qué gran labor están haciendo aquí... los cuatro...

Yo conozco a un tío que para estos casos tiene un truco: se hizo una foto cuando iba pedo y la pegó en el carnet de conducir. Así cuando le paran, el guardia dice:

—Este tío no va borracho... ¡Es que es así!

De todas formas, yo no se lo aconsejo, así que si son amigos de Johnny Walker... usen el transporte público.

Montar el belén

Yo, todos los años, cuando llega la Navidad, me digo: «Este año no monto el belén». Pero al final no sé qué pasa que siempre pico y acabo poniéndolo. Porque por mucho que te niegues, hay algo dentro de ti que te empuja a poner el belén. Te parece que si alguien viene a tu casa y ve que no tienes puesto el belén, va a pensar que no eres de fiar, que eres gentuza...

—Uy, el de la puerta cuatro no tiene belén...

—Seguro que es traficante o algo...

Así que dos días antes de Nochebuena reúnes a todos los niños —porque la Navidad es para los niños— y sacas las cajas de zapatos donde tienes guardado el belén... Y lo primero que te encuentras es que la mayoría de las figuritas están rotas. Pero no te planteas en ningún momento reponerlas, te apañas con lo que tienes: ¡Hay que echarle imaginación! Los borregos están cojos, pues en este caso lo que haces es arrancarles las patas y ponerlos como si estuvieran sentados en la hierba. Algunos pastores están mancos... entonces los colocas apoyados en una roca o en una montaña, disimulando... Al soldado de Heredes le falta la lanza, pues le pones un palillo...

¡Si hay soluciones para todo! ¿Que las palmeras están todas despeluchadas? No pasa nada, les echas un poquito de nieve por encima y ya está... Sí, ya sé que no pega una palmera con nieve ¡Pero y qué! Tampoco le pega al ABC tener anuncios de contactos, y ahí lo tienen, que se vende todos los días. Si todo es querer...

Una cosa que te pasa todos los años es que se te pierde el niño Jesús, y entonces sí que no tienes más remedio que comprarte otro. Lo que pasa es que es más grande que la Virgen, y no cabe en la cuna, que aquello parece Cariño, he agrandado al niño.

Hay un momento en el que los niños se ponen a saltar por en medio, porque quieren ayudar, y siempre hay alguno que se sienta encima del pesebre y lo chafa... Que tú piensas: «Pues así se va a quedar, no voy comprar otro: este año, belén chafao».

Cuando ya tienes montado tu belén todavía no ha terminado la operación... Ahora hay que iluminarlo: lo primero es desenredar la madeja de lucecillas... Cuando lo consigues las pruebas a ver si funcionan, y sí que funcionan, sí, un segundo, hasta que pega el pedo... ¡Que no entiendo yo esa manía de ponerle lucecitas al belén! Una bombillita roja en cada casa y en cada arbolito, y dos más gordas, intermitentes, en el portal... Que dices: ¿pero esto qué es, el portal de Belén o un puticlub?... Que más de un pastor se habrá confundido y habrá entrado preguntando a cuánto está el francés...

Montar el belén suele acabar en ataque de nervios, porque los niños quieren colocar en el belén a Pin y Pon, al tiranosaurio Rex comiéndose los borregos y hasta a la Barbie divorciada, que va con el coche y la casa de campo que le ha sacado al Kent... Y lo pones... Ya sé que no pega, pero tampoco le pega al ABC tener anuncios de contactos, y ahí lo tienen, que se vende todos los días...

Y es que, pensándolo bien, en el belén hay cada cosa... Por ejemplo, el atuendo del portal; yo no lo veo congruente, quiero decir... que no parecen de la misma familia: la Virgen parece una reina, que parece que no ha parido, está ahí, como las artistas... San José, un parado, y el niño Jesús, con ese taparrabos parece Tar-zán... ¡Que no tiene ni frío, con la nieve que está cayendo...!

Y luego está el río. ¿Ustedes han visto un río más raro en su vida? Éste es el único río que nace de una esquina del aparador y desemboca en el vídeo. Y además: ¿conocen otro río en el que el agua vaya envuelta en papel Albal...? ¡Como los bocatas! Es alucinante...

¿Y los Reyes Magos? Estos son los que más se mueven del belén. Se pasan las fiestas subiendo montañas, cruzando ríos, montando a camello. Parece que estén haciendo un anuncio de compresas...

En cambio hay otras figuritas que son las puteadas. ¿Qué me dicen del pastorcito ese que se tira todas las fiestas arrodillado, con una oveja encima del cuello? Que un rato vale, pero todas las Navidades... ¡al final el borrego pesa!

¿Y el pescador con la caña? Que no pesca nada; ahí, en el papel Albal tres semanas, o seis, porque yo pongo el belén en Navidad y lo quito en Semana Santa... Y el cachondeo de los que pasen al lado:

—¡Qué! ¿Ha picado algo...?

Ahora está de moda el «Haz tu propio belén»: se compran las figuras en escayola y las pintas tú... Esto tendrá mucho mérito, pero yo soy partidaria del belén que te venden ya hecho... porque da mejor rollo. Porque te pones a pintar las figuritas, les haces unas pestañas tan gordas, que la Virgen parece Cleopatra... Y san José, Dama Internacional. ¿Se lo imaginan en la puerta? Diciendo como un drag queen:

—Pasen, el niño ha salido monísimo, tres kilos y medio ha pesado, monísimo.

Además, como todo el mundo sabe que el niño no es suyo...

Y si hablamos de belenes, no podemos olvidarnos de los belenes vivientes, esos que se hacen con personas de verdad, que ahí sí que sufre el que lleva el borrego al cuello... En éstos no falla: la guapa del pueblo hace de virgen María, uno que lleva barba hace de san José, y te encuentras cosas como que el soldado de Herodes va con un reloj acuático y gafas de sol... que no pega. Pero tampoco pegan los anuncios de contactos en el ABC y ahí lo tienen, que se vende todos los días.

Los villancicos

¿Se han fijado en que la mayoría de los villancicos que cantamos no tienen ningún sentido? Por ejemplo: «25 de diciembre, fun, fun, fun». ¿Alguien me puede explicar esto? Pues lo canta gente formada: abogados, catedráticos, ejecutivos... Incluso el Rey. Después de darnos el discurso ése de Nochebuena en el que sale tan serio —«A la Reina y a mí nos llena de orgullo...»—, se va a la Zarzuela y se pone a cantar:

—A ver: Sofía, coge la zambomba; y tú, Marichalar, ponte el pantalón ese que tienes y rasca la botella de anís... Venga todos: «¡25 de diciembre, fun, fun, fun...!».

Y si no, éste: «Hacia Belén va una burra, rin, rin...». Esto tiene que ser un teléfono móvil... Es que las burras estaban muy adelantadas... Y atención ahora: «Yo me remendaba, yo me remendé, yo me eché un remiendo, yo me lo quité...». ¿Yo me eché un remiendo, yo me lo quité? ¡Ésta es Pamela Anderson! ¡La que se puso las tetas y luego se las quitó...!

Y no termina ahí la cosa, que después dice que la burra iba «cargada de chocolate». Yo no digo nada, pero... burras con móviles, chocolate... Esto es un caso para el juez Garzón. Ríete tú de la Operación Nécora; el día que se meta con la Operación Burra... Y eso que era un burro, y no un camello.

Otra cosa: se podría creer que el niño Jesús es la estrella de los villancicos, pero no... Es el burro... o la burra, porque con el sexo no se pone nadie de acuerdo: «Hacia Belén va una burra...», «Arre borriquito, vamos a Belén...».

Y luego hay un enigma. Porque, vamos a ver: se supone que ellos iban en burro... y cuando llegan, en el portal, hay una muía y un buey... ¿Dónde está el burro? ¡Ha desaparecido! Aquí hay algo que no encaja... Me falta un burro o me sobra una muía, ¡joder!

Los villancicos tratan muy bien a la Virgen: se peina «entre cortina y cortina, los cabellos son de oro y el peine de plata fina...». Sin embargo, san José es un desgraciado. Cuando no entran los ratones a roerle los calzones, se los quitan los ladrones... ¡Que vaya obsesión tenían con los calzoncillos de este hombre! Vamos, entre unos y otros iba siempre sin ropa interior, como Sharon Stone.

¿Y los Reyes Magos? ¡Unos irresponsables! Atención al villancico: «Ya vienen los Reyes por aquel camino, ya le traen al Niño sopitas con vino». Muy bien, a un niño de pecho... ¡sopitas con vino! ¡Claro, y luego un cigarrito...!

¿Y éste?: «Recogido tu rebaño, ¿a dónde vas pastor-cito? Voy a llevar al portal requesón, manteca y vino...». ¡Joder, qué empeño en emborrachar a la criatura! No me extraña que luego el Niño, en cuanto pudo, transformara el agua en vino. ¡Claro, le cogió afición! Pero es que el Niño tenía a quién parecerse, ¿eh? Porque el padre a la mínima decía eso de «Esta noche es Nochebuena y mañana Navidad, saca la bota María que me voy a emborrachar...». Pues nada, que allí bebía todo dios.

Creo que no hace falta hablar de los peces... Todo el mundo sabe lo que pasaba en ese río... Es voxpópuli que «beben y beben y vuelven a beber...».

Y luego hay algunos que son el cachondeo padre, como ése que dice: «En el portal de Belén hay estrellas, Sol y Luna...». Venga ya, hombre, eso no se lo cree ni el pastorcito cagón. Estrellas, Sol y Luna a la vez... Pero luego sigue: «Hay estrellas, Sol y Luna, la Virgen y san José y el Niño que está en la cuna...». Otra cosa no sabremos, pero que el Niño está en la cuna... No dirás que no tenemos información sobre este tema... Ahí sí que hay información puntual, como en la CNN. ¡En cada villancico! «El Niño está en la cuna, el Niño está en la cuna, el Niño está en la cuna...».

Aunque con esto de la cuna también había cierto descontrol. Escuchen: «Campana sobre campana, y sobre campana una. Asómate a la ventana, verás al Niño en la cuna». Vale, está en la cuna. En la segunda campana: «Asómate a la ventana, verás al niño de Dios». Muy

bien, no tengo nada que objetar. Pero es que luego dice: «Campana sobre campana, y sobre campana tres. Asómate a la ventana, verás al Niño nacer». Un momento: si el niño estaba en la cuna en la primera campana, ¿cómo va a estar naciendo en la campana tres? ¿Qué pasa, que vamos hacia atrás...? ¡Pues no quiero pensar lo que se verá en la campana ocho...!

Está claro que cuando cantamos villancicos no pensamos en lo que decimos, porque si lo pensáramos... Por ejemplo, ese que dice: «La Nochebuena se viene, tururú, la Nochebuena se va, y nosotros nos iremos, tururú, y no volveremos más». ¡Y no volveremos más! Pues qué buen rollo para ser Nochebuena. Y esto lo cantamos con mucha alegría. Nos vamos a morir, pero contentos...

Y, por último, están los villancicos cultos. ¡En latín! Esto ya... El Adeste fideles, que la gente se lo inventa directamente y dice lo primero que se le pasa por la cabeza. El principio se lo sabe todo el mundo: «Adeste Fideles...». Pero luego la gente desbarra: «venite, venite...», y algunos dicen: «El Cordobés...».

En fin, que menos mal que esto de los villancicos es sólo una vez al año.

Que les sea leve.

La Navidad es para los niños

La Navidad es para los niños.

Por eso compramos angulas a cuarenta mil pesetas el kilo... ¡Por los niños! Por eso nos arruinamos comprando lotería... ¡Por los niños! Y por eso nos emborrachamos... ¡Por los niños! ¡Lo que sea con tal de que ellos se lo pasen bien!

Vamos a ver: yo creo que ya somos lo suficientemente maduros para decir la verdad. En Navidad utilizamos a los niños como excusa para disfrutar nosotros y tirar la casa por la ventana. Es como cuando tu hijo tiene seis meses y su padre le compra un Scalextric... ¡Muy bien!

Todo comienza el día que en el colegio hacen el belén viviente. Una superproducción donde no se repara en gastos con tal de que los niños se expresen. Por eso les dan papeles... de oveja, de palmera, de nube... A una niña le ponen un camisón y unas alas, y la cuelgan de una cuerda... ¡Para que disfrute! La pobre niña no tiene ni idea de lo que dice:

—Os ha nacido hoy en la ciudad de David un salvador que es Cristo Señor. ¡Hosanna en el cielo!

¡Qué natural es todo...! ¡Y qué bien se lo pasan los niños...!

Y, con el calor que hace allí dentro, les ponemos un gorro de lana, un chaleco de borrego y un zurrón... Y el niño:

—Mamá, ¿por qué no me puedo poner el traje de hombre araña?

—Porque ser pastor es más divertido... ¡Pero si hasta llevas un queso en la mano!

—¿Y por qué el hombre araña no puede llevar un queso en la mano?

—¡Porque no! ¡Anda, sube y diviértete!

Y el niño, llorando:

—Pues si yo mera el niño Jesús me haría más ilusión que me trajera el queso el hombre araña.

¡Si es que la Navidad es una fiesta continua para los niños! Por eso les dan vacaciones, y por eso los padres les preparamos diversiones infantiles... como ir al centro.

Ir al centro es una actividad familiar que consiste en ir a un sitio abarrotado de gente... a perder al niño. Tú estás mirando un bolso de piel de potro de un color ideal, cuando, de repente, el niño desaparece. Tú, pegando gritos entre la multitud:

—¡ ¡ ¡ Alvaritoooooooo!!!

Pero no lo ves, porque uno de los defectos más graves de los niños es que son bajitos...

Cuando por fin lo encuentras, el niño está llorando, echando mocos, con la bufanda arrastrando por el suelo... Pero... ¡feliz, muy feliz! ¡Y es normal! ¡Esto no se le olvidará en la vida! ¡Son vivencias! ¡Vivencias que les das!

Otra de las cosas que les divierte a los niños en Navidad es ir a visitar a la familia. ¡Lo están deseando!

—Esta tarde no vais a ver la tele ni a jugar, vamos a ir a ver a los tíos.

Para un niño, una visita familiar consiste en que unos señores a los que sólo ve una vez al año le estrujen, le babeen y le pellizquen la cara mientras le dicen cosas como:

—¡Qué mayor estááá...! Cada vez se parece más a la abuela Brígida.

Que el niño pensará:

—Así es que me parezco a la abuela, ¡pero si no tiene dientes!

Menos mal que después sacan el turrón. El turrón es otra cosa pensada para los niños... De ahí las marcas: La Bruja, El Lobo... ¡Pero si hay hasta turrón de coco! ¡De COCO! Que ya sólo falta que saquen el turrón de El Exorcista.

Si es que lo mires por donde lo mires, en Navidad todo son referencias a los niños. El Día de los Inocentes. Aquí conmemoramos que Herodes se cargó a todos los niños de Israel. ¿Y

cómo lo celebramos? ¡Haciendo coñas! Poniendo bombas fétidas... Diciendo mentiras en los telediaros... ¡Qué gran ejemplo para los niños!

Ahora, donde los críos ya se lo pasan de muerte es en la cabalgata de Reyes. Aquí los padres los subimos a hombros para que unos concejales con peluca les tiren caramelos a la cabeza: «¡Al mío, al mío! ¡Tírale al mío!». Y cuando les dan: «¡Qué suerteeee...! ¡Te han dado...! ¡Oléééé!».

Pero no les hacen daño, ¿eh? Porque envolvemos a los niños con tanta ropa que van blindados como Robocop: la camiseta, tres jerséis, el anorak, la bufanda, las botas, el pasamontañas... Moverse, no se pueden mover... ¡Pero ya les puedes tirar caramelos, ya! ¡Les rebotan!

Alguno de ustedes puede pensar que los niños ya no se lo pueden pasar mejor... Pero no, todavía les queda la mañana de Revés.

Ellos se han acostado emocionados recordando lo que pusieron en la carta:

Queridos Reyes Magos: Como he sido muy bueno este año, quiero la Playstation dos. La de ochenta mil. Mi madre me ha dicho que pida un chándal que vimos en Miniprecio, de unos muñecos muy parecidos a los Teletubbies. Tráeselo a ella, que a mí no me gusta. A mí tráeme también el balón de Nike, de la liga, el barco pirata de Playmobil, un patinete de aluminio y, por favor, no me traigáis más puzzles de Educa.

Al día siguiente, el niño a las siete de la mañana: —¡Han venido los Reyes! ¡Han venido los Revés!

Papá, me han traído el chándal de Miniprecio... Papá, en vez del balón de Nike, me han traído uno del Banco de Santander... Y en vez de un patinete, unos calcetines de deporte... ¡¡Papá!! ¡¡¡Papáááá: déjame jugar con la Playstation, que llevas tres horas jugando tú!!!

Y es lo que yo digo: la Navidad es para los niños.

Nochevieja feliz

¡Dentro de nada... Nochevieja, ¿eh?! ¡Qué estrés! Yo en Nochevieja me siento... me siento... no sé, me siento como un toro, ¿no? Cuando llega la fiesta miro alrededor y me da la sensación de que todo el mundo se lo está pasando bien, menos yo.

El estrés comienza con la cena. Aquello parece una prueba del Gran Prix: tienes que llevar calzoncillos rojos, tener algo de oro para meterlo en la copa, preparar las doce uvas... Y contarlas varias veces, porque, como son todas iguales, te equivocas:

—Una, dos, tres, cuatro... una, dos, tres, cuatro, cinco, seis... Esta pocha ya la he contado... Una, dos... siete, ocho... ¡Joder, las doce menos veinte! ¡Chavalín, trae el Rotring, que las voy a numerar, como en el Bingo!

Y tu madre:

—¿Queréis venir, que se enfrían las gambas?

Que ésa es otra: te tienes que comer todo lo que está en la mesa... ¡antes de las doce!; que, con las prisas, más que pelar gambas, parece que estás desactivando una bomba.

—¡Coño, las doce menos diez! ¡Mamá, no me da tiempo: hazme un sandwich con el cochinillo, que ya está terminando Cruz y Raya!

Y no eres el único que está agobiado, ¿eh? No hay más que ver la tele. Allí están Ana Obregón y Ramón García, explicando a toda España cómo funciona un reloj. Acojonados por si se equivocan:

—Cuando la aguja pequeña esté en las doce y la grande también... serán las doce.

¡Coño, como todas las noches!

—Y entonces bajará la bola y... luego vienen los cuartos, ¡no vayan a empezar a comerse las uvas, ¿eh?!

Vamos a ver: ¿por qué nos explican mil veces que no nos comamos las uvas en los cuartos y nadie nos explica por qué coño tiene que bajar una bola? ¿Qué clase de reloj es ése?

Cuando por fin llegan las doce, en toda España se oye lo mismo: Cla, cla, cla, cla... «Eso es la bola»: cla, cla, cla... Din-don...

—¡Ah no, que son los cuartos!

Din-don...

—¡Escupid que son los cuartos!

Din-don...

—Pfffb... ¿que son qué?

Din-don...

—Los cuartos...

Ton...

—¡Ahora, ahora...!

Ton...

—¡Una!

—¡Que no, que vamos por la segunda!

Ton...

—Pues me meto dos...

Ton...

—Seis...

—¿Cómo que seis?

Ton...

—A mí ya no me caben más, ¿eh?

Ton...

—¡Eh!, ¡deja mis uvas, cabrón!

Ton...

—¡Es que se me ha caído una al suelo!

Ton...

—Bgrfds...

Ton...

-Bggggdffff...

Ton...

—A mí ya no me quedan...

Ton...

-Bgggggdffff...

—¡Pues a mí me sobran cuatro!

Ton...

—Bfgggg, grounffff...

Y cuando acaban, toda la familia con la boca llena de babas, a darse besos:

—Fediz andio, eeeeeh, fedicidadez, grfdddfd...

Y suena el teléfono: ¡riiiinnngggg!

—¡Pebo eolio! ¿Ya esdán llabando? ¿No se pueden esperab?

—Pued a mí todavía me zobdan dof...

—¡Champán, que adgien abda el chbpan!

Pero, bueno, ¿a ustedes les parece lógico empezar el año así?

¡Qué estrés, de verdad!

Pero como es Nochevieja... tienes la obligación de divertirte. Así que después te vas a un fiestorro a un sitio en el que, si caben mil personas, el dueño ha decidido meter a cinco mil doscientas. ¡Muy bien! ¡Cuatro mil doscientas más de las que caben! ¡Quédate en la calle si te apetece, con la pelona que está cayendo!

Así que entras. Lo bueno que tiene ir a un sitio así es que te puede pasar cualquier cosa. A mí el año pasado me ocurrió de todo. Yo estaba tan tranquilo, tomándome un cubatita de garrafón, cuando de pronto un tío me cogió por detrás y me dijo:

—¡iiiCOOONGAAA!!!!

Y, claro, qué vas a hacer, pues te pones a bailar... ¡Eso te lo hace un tío en el autobús y le partes la cara! ¡Pero como es Nochevieja...! ¡Pues hala! Y de repente te das la vuelta y llevas a cien personas enganchadas a tu culo. ¡A ver cómo te escapas de ésta! Porque una conga es como una secta: entrar es muy fácil pero salir es muy jodido. Porque en el garito hay como doce congas girando a toda pastilla...

Bueno, pues yo iba conduciendo mi conga... por mi derecha, cuando, de pronto, me veo venir en dirección contraria una conga suicida acojonante conducida por un gordo con un casco de vikingo. Yo le iba a hacer ráfagas, pero como las congas no llevan ni luces ni nada... pues, para evitar la colisión, di un giro brusco a la derecha... ¡Y me tragué entera una columna de espejitos! ¡Siniestro total!

Doce heridos leves y una columna de espejitos destrozada. Y yo, con una ceja abierta tirado en el suelo pensaba: «Joder, como me hagan soplar ahora, la hemos cagao».

Y en ésas, me desmayé.

Al despertar estaba en la sala de espera de urgencias, rodeado por todos los de mi conga. Algunos todavía no se habían desenganchado; habían venido corriendo detrás de la ambulancia.

Bueno, las urgencias en Nochevieja, hay que vivirlas. Si en la sala caben cincuenta personas, el dueño ha metido a ciento cincuenta... Como el de la discoteca. Y como allí también es Nochevieja, el camillero lleva un gorrito de moro, la enfermera un collar de hawaiana, y el que te cose la ceja unos dientes de Drácula, ¡que te da una confianza...! El tío te dice:

—¿Qué ha sido? ¿Con una moto?

—No, con una conga.

—¡Ay!, si es que van como locos con las congas...

Cuando salí de allí me quería ir a mi casa, pero como era Nochevieja, acabé a las ocho de la mañana con la ceja grapada en un bareto...

—Oiga, póngame un chocolate con churros.

—Pues sólo nos queda Nesquick y algunos dónuses... Es que los últimos churros se los han tomado los de una conga, ¡traían un cachondeo...! ¡Había un gordo que llevaba un casco de vikingo...! ¡No le digo más! Y es lo que yo le digo a los clientes: si no disfrutas en Nochevieja, ¿cuándo vas a disfrutar?

Pues eso: que me siento como un toro.

Libros Tauro

<http://www.LibrosTauro.com.ar>